EL
ANJEL DEL BOSQUE

RECREACIONES MORALES—LIBRO PARA LA FAMILIA.

NOVELA ORIJINAL

POR

BERNARDINO TORRES TORRENTE

> La práctica de la moral produce en el hogar doméstico la dicha; en la sociedad el órden i la paz; en el presente el consuelo i la esperanza; en el porvenir la felicidad en Dios.

BOGOTA

Imprenta de Gaitan

1876

EL ANJEL DEL BOSQUE.

RECREACIONES MORALES.

LIBRO PARA LA FAMILIA.



CAPITULO I.

La visita del viajero.

Al frente de uno de esos bellísimos bosques del valle del Cauca * en donde los burilicos, las palmas i los písamos, elevando al cielo sus verdes copas, dejan descender sus flores para alfombrar el suelo, se

* En el Estado del Sur de la Union Colombiana.

hallaba una casa pintoresca i rara porque presentaba a la vista del observador dos aspectos bien marcados: uno a la distancia de una milla i otro acercándose a ella. Los edificios del campo en ese hermoso valle, ostentan cierto aire de belleza i elegancia, pero esa casa vista a lo léjos, presentaba la perspectiva de uno de esos castillos de la vieja España en la edad média, abandonados por sus dueños i deteriorados por el tiempo, destacándose en el fróntis algunas elevadas columnas en desórden aunque de graciosas cornisas. El paisaje era tan risueño, que inspiraba el deseo de conocerlo de cerca i de examinarlo detenidamente, apesar de que en toda la comarca formada por el valle se disputan los paisajes los poéticos aspectos de sus multiplicadas bellezas.

En el año de 1873 pasó por el frente de ésa casa un viajero, i al verla se detuvo en su camino para contemplarla e impulsado por la curiosidad se dirijió hácia ella i fué sorprendido, mas que por los encantos que la ornaban, por los sucesos que en ella

impresionaron. Algun tiempo despues de su estacion en ella, refirió lo siguiente:

"Yo iba de viaje, sin destino cierto, buscando calma a mi espíritu abatido por el peso del infortunio. Una de esas mañanas de luz clara i apacible del verano, dejaba ver a distancia las bellezas rústicas donde sonrie la naturaleza haciendo gala de sus gracias. Se presentó a mi vista una casa semejante a un castillo. Al ver ese raro i singular edificio en un pais nuevo donde no han penetrado las costumbres moriscas, ni el boato i ostentacion de las fortificaciones del feudalismo europeo, invité a mi compañero (habitante del Cauca) para que fuéramos a verlo, pues no se hallaba sino a la distancia de una milla del camino que llevábamos. A mi invitacion me dijo:

—Vamos, pero es inútil la ida, si es que usted intenta conocerlo en sus detalles, porque, segun se dice, ese edificio es el asilo misterioso de un hombre que habla con los muertos, i pocas veces abre sus puertas a los curiosos.

—¿Que habla con los muertos?

—Es lo mismo, pues habla con las almas de los muertos.

—¿Usted lo ha visitado?

—No, señor, jamas me he acercado a esa casa, i no por temor o miedo, pues yo no creo en nada de lo que cuentan que sucede en ella, sino porque yo no acostumbro a ir donde no tengo dilijencia que me produzca algun provecho, que es lo positivo.

Sinembargo de esta observacion, siguió conmigo, pues yo habia dirijido mi bestia hácia el sitio enunciado i continué el diálogo, diciendo:

—¿I qué es lo mas notable? ¿Qué sucede en esa casa de raro?

—¡Ah! cosas mui estrañas; especialmente la aparicion de una sombra o figura en forma de ánjel, bajo la enramada del bosque.

—Eso...... parece curioso. ¿Ha oido usted detalles sobre ese cuento?

—Diré a usted lo que me han dicho. El que habita esa casa es un señor Rafa, i dicen que es un espiritista, es decir, un visionario, que sinembargo de ser un hombre

instruido i benévolo, cree en las apariciones de las almas de la otra vida, i se asegura que las evoca i entra en comunicacion con ellas cada vez que lo quiere. Pero sobre todo, tiene la idea, segun cuentan, de ver siempre la aparicion del ánjel, especialmente en la espesura del bosque.

—¿ I hai jente que crea esas cosas ?

—Yo, lo que juzgo es, que él sufre un trastorno mental, i que toma por realidades los fantasmas de la imajinacion, porque el que se muere, se muere, i no tiene mas cuentas con este mundo.

A medida que nos aproximábamos iba disipándose la ilusion que a lo léjos producia la fachada del edificio: desaparecia el aspecto de castillo para presentar llana i simplemente una casa que tenia por cimiento una pequeña colina a cuyo pié se hallan erguidas palmas que a distancia simulan columnatas.

Llegamos a la portada del edificio. Un hombre de fisonomía agradable, aunque de piel tan negra como el ébano, salió a recibirnos. Hablábamos con él cuando se nos

presentó el dueño; nos hizo entrar i ordenó al sirviente que pasara las bestias a la caballeriza. Me llamó la atencion su mirada dulce i su semblante risueño; su trato era afable i sus maneras delicadas. Tendria unos cincuenta años. Su vestido era tan decente como sencillo, consultando el clima. Le manifesté que el atractivo del paisaje de su posesion nos habia conducido a contemplar de cerca la belleza, pidiéndole perdon por la llegada intempestiva, embarazándole, quizá, sus ocupaciones.

Se sonrió, diciendo: que estaba a nuestras órdenes, que tenia suma complacencia en recibirnos i que le seria mui grato hacernos conocer la casa i sus departamentos, apesar de que no hallariamos otras singularidades que las que presentaba la naturaleza.

Poco despues nos invitó a pasear el jardin i a ver el bosque i el lago, las tres maravillas que adornaban la habitacion.

Al visitar esos tres bellísimos encantos de esa posesion campestre, bosque, lago i jardin, sentíase uno como enajenado i sor-

prendido por el juego caprichoso de las bellezas que encerraban. Mas, al recordar la apariencia o la perspectiva que habiamos visto de ese edificio a la distancia de una milla, parecia que se operaba un encantamiento: la decoracion cambiaba completamente, llegando uno a dudar si lo que veía era una realidad o una fascinacion. El espíritu quedaba arrobado i contemplativo admirando la naturaleza, que se ostentaba allí risueña, embellecida por el arte i acariciada por la mano de Dios: la vejetacion espléndida del bosque se dibujaba con graciosos contornos i variadas tintas sobre las apacibles ondas del pequeño lago; este se hallaba surcado por aves acuáticas que en sus movimientos imitaban al cisne, cuando juega entre las finjidas perlas de las aguas; sobre el manto de púrpura que forman los písamos floridos, posaban las garzas de gracioso cuello i blanquecinas plumas; el aire estaba saturado de perfumes i la enramada ofrecia en su sombra la frescura. Bajo de aquel cielo habia que convertir en realidad el mito del Eden. La primera idea que me

acudió al contemplar tanta belleza, fué la de que así debia ser la habitacion del jenio de la poesía, i vinieron a mi memoria estos dos nombres: Francisco José de Cáldas i Jorje Isaacs, hijos del Cauca.

Despues de haber contemplado en éxtasis los ornatos de aquella mansion, volvimos a la casa i fuimos obsequiados con jenerosidad: en el servicio reinaban la sencillez, la modestia i el gusto delicado: nada de lujo, nada superfluo, nada de vanidad.

La conversacion de tan jeneroso huésped era agradable i, sobre todo, con la familiaridad que inspira la franqueza i la satisfaccion. Yo noté que faltaba solamente allí, el ánjel del hogar, la mujer, que es el complemento de la felicidad doméstica en los dias serenos de la vida i la fuente del consuelo cuando llega la desgracia.

CAPITULO II.

La primera aparicion.

Los goces se deslizaban por nuestros sentidos en aquella morada deliciosa. La vista, con especialidad, hallaba sorpresas agradables, unas en pos de otras. Mas, la fruicion del espíritu llegó a su colmo oyendo a nuestro huésped. Despues que dí mil rodeos en la conversacion, conseguí conducirlo a que nos hablara de sus ocupaciones, de sus proyectos i aun de su vida pasada, pues en ocasion propicia le pregunté si tenia familia. Al contestarme que no, se le escapó un suspiro, i yo pensé, que ese hombre, embriagado con los perfumes i circuido por la belleza, podia ser desgraciado, i para consolarlo le dije:

—Comprendo que usted ha pasado por la via dolorosa del padre o del esposo; si no se avivara su pena con los recuerdos, yo le estimaria......

No me atreví a continuar la frase, por falta de intimidad, i para concluirla despues de la suspension dije:

—......que nos tratara con familiaridad; en el campo, la Naturaleza inspira la confianza.

Mi huésped comprendió perfectamente que deseaba oir algo de los acontecimientos de su vida, pues nos dijo:

—Los hechos mas notables que pudiera narrar, pertenecen a la historia de mi vida íntima, i aunque, verdaderamente, raros i aun de sensacion, no me atreveria yo a traspasar los límites de la franqueza para con ustedes.

—A la verdad, no somos acreedores a la familiaridad que demandan las historias del hogar; sinembargo, usted sabe que todos los viajeros observadores se hallan dominados por el deseo de inspirar confianza con el fin de obtener la referencia de los

hechos curiosos, especiales o estraordinarios. El paisaje de esta su linda i rara habitacion indica, sin duda, que debe tener su historia i......

—Sí, señores, la tiene. I una vez que ustedes manifiestan deseo de oir algo raro, tendré la complacencia de narrar lo que me parece mas notable de mi personal historia.

Nos condujo a un gabinete que dominaba al jardin, al bosque i al lago i que parecia haber sido hecho en aquel departamento de la casa para gozarse en la contemplacion del vistoso i variado panorama que formaban los tres hechizos de ese campo. Luego que nos sentamos allí le dije:

—Todo aquí me ha parecido encantador, todo se ostenta con el sello de la beldad, usted debe vivir contento.

—Puedo asegurar a ustedes que gozo de algunos bienes en la vida apesar de hallarme solo en este campo, i esto no por mi voluntad, como ustedes van a saberlo: a la edad de treinta años tomé la compañera que me habia destinado el cielo; la ví i la amé; ella tambien me amó; unificados por

ese noble sentimiento que enjendra i produce la armonía en el universo, atamos nuestra suerte con el indisoluble lazo del matrimonio. Emilia gozaba de una clara intelijencia; su educacion habia sido esmerada, ya en el sentido moral, ya en la direccion científica. Leía con placer las producciones del jenio, sin cuidarse de la opinion ajena, sobre el mérito o censura del contenido de ellas, erijiendo en juez a su propia razon; era relijiosa sin fanatismo i benévola para todo el mundo. Preferia la vida del campo a la de la corte, para complacerse en la contemplacion de la naturaleza vírjen i gozar del esplendor de sus bellezas.

Por eso elejimos para nuestra morada este retirado sitio. Aquí se deslizaba nuestra existencia con dulzura i apacibilidad, como se desliza el agua de las fuentecillas entre las flores que viven en sus riberas.

Emilia era el ídolo de nuestros *agregados.* * Protejia a los ancianos i acariciaba a los niños. Siempre hallaba el des-

* Este es el nombre que se da en el Cauca a los arrendatarios o familias pobres que viven en heredad ajena.

graciado o desvalido que a ella se acercaba, un alivio a sus dolores o un consuelo a sus pesares.

A los diez meses de nuestra union, el acontecimiento mas solemne del hogar doméstico vino a coronar nuestra dicha i a estrechar el lazo del amor: el dia 24 de diciembre al irradiar la aurora su luz de perla, dió al mundo Emilia un ánjel encarnado como fruto de nuestra union. En el instante de nacer el hermoso niño, ví dibujarse sobre su cuna la sombra o figura de un sér humano que desapareció luego. La vision fué instantánea, pero duró el tiempo suficiente para evidenciar en mi conciencia la realidad de la aparicion. Oculté a Emilia tan estraño accidente por temor de causar daño a su delicada situacion. Estuve preocupado todo el dia, teniendo fija en la imajinacion esa figura misteriosa que me parecia ser un ánjel. Por la noche entré a mi cuarto de estudio.........

Quedó nuestro huésped pensativo por unos segundos; apoyó los codos sobre la mesa i cubrió su cara con sus manos. Luego dijo:

—Perdonen ustedes; la impresion viva i palpitante de los sucesos de que ha sido teatro esta casa, me impide continuar por ahora la narracion. Despues volveré a ocuparme de ella, i me dirán ustedes, si he sido un visionario como aseguran algunas jentes.

CAPITULO III.

La choza de los huérfanos.

La historia del señor Rafa llamaba ciertamente la atencion, empezaba a interesarnos, pero no era prudente nuestra permanencia en su casa por mas tiempo: habiamos llegado a ésta, solamente por el deseo o curiosidad de conocerla: era mui justo seguir nuestro camino a pesar nuestro. En efecto, despues de haber hablado algo mas, le dije:

—Hemos tenido suma complacencia en haber conocido a usted i le damos las gracias por la jenerosa i amable acojida con que nos ha favorecido i esperamos que nos cuente usted en el número de sus amigos, en donde quiera que nos hallemos, puede

darnos sus órdenes i serán cumplidas con mui buena voluntad.

Diciendo esto le tendí la mano en despedida.

—Yo esperaba, nos dijo, que honrarian mi casa con la permanencia de ustedes en ella hasta mañana. Han venido con el objeto de conocer el paisaje ¿no es verdad? pues la vista mas preciosa de él, especialmente la del bosque i el lago, es la que presenta a la claridad de la luz de la luna, i como ésta se levanta ahora ántes de la média noche, alumbrando con esplendidez, debian ustedes hacer el sacrificio de la demora a cambio de presenciar ese panorama en los misterios de la noche.

Yo contesté, repitiéndole las gracias i añadí:

—Seria mui grata para nosotros esa vista, i sobre todo la amable compañía de usted, pero es posible que estemos embarazándolo en sus ocupaciones i......

—No, señores, dijo, estimaré que me favorezcan hasta mañana con su presencia.

Mi compañero se escusó absolutamente

de quedarse, diciendo que no podia demorar su viaje sin perjuicio. Yo acepté la invitacion, de buena voluntad; deseaba sobre todo, oir la conclusion de la historia empezada; en ella esperaba hallar algo que se asemejara a los acontecimientos de mi vida. Uno se complace en hallar semejanzas en su condicion social, i cuando éstas son por el lado de la desgracia, se sienten como un consuelo. Ademas, yo no tenia urjencia de continuar mi viaje i me hallaba bien allí, sentia algo que me atraía, un sentimiento confuso i misterioso me dominaba en el sentido de permanecer en esa deliciosa morada. Me quedé, pues; mi compañero se despidió.

Mi huésped se manifestó mui complacido por mi demora i continuó prestándome toda clase de atenciones, con suma delicadeza i sin la menor afectacion. Una hora despues se presentó un sirviente a preguntarle si preparaba el caballo. Entónces mi huésped me dijo:

—Si usted quiere, podemos salir a dar un paseo; iremos a una granja cercana. Así, conocerá algo mas de esta posesion i

yo gozaré al mismo tiempo de su estimable compañía.

Le manifesté mi reconocimiento. Dió la órden para que prepararan dos caballos, i algunos minutos despues de esto, nos pusimos en camino. A cada paso hallaba nuevos paisajes que admirar i objetos variados dignos de contemplacion. La Naturaleza sonreía en el campo que atravesábamos: grupos de árboles i arbustos formando bosquecillos ornados de festones colgantes de colores varios i plantas trepadoras o enredaderas, formando pabellones i finjiendo grutas; la llanura accidentada por colinas tapizadas de verdura; las casitas de los labradores, embellecidas por los caimitos, cauchos i cocoteros, dando éstos sombra i frescura a los alrededores de ellas; las aguas diamantinas, deslizándose por cauces caprichosos, cuyas orillas estaban bordadas de yerbas gateadoras, acaules i bellas florecillas de nardo i terciopelo. La Campania con todos sus encantos, la Italia con todas sus bellezas, envidiara el espléndido i vistoso panorama que ofrece aquel paraiso.

Yo esperaba que en las horas del paseo continuaria mi huésped la historia que habia enjendrado mi curiosidad i que esperaba con deseo supremo; pero debo confesar que me equivoqué absolutamente, pues mi huésped tomó por único tema de la conversacion, el interes, el cuidado i la proteccion que demanda la niñez.

—Los niños, me decia, son ánjeles proscritos, puestos por la Providencia en este planeta al cuidado del hombre: el desarrollo de su sér físico i la direccion de su espíritu hácia el bien, dependen, sin dudarlo, de la instruccion, moralidad e interes de sus padres; mas si éstos faltan o se hallan hundidos en el abismo de la ignorancia o en el de la miseria, es un deber sagrado i una virtud laudable socorrerlos con el sustento del cuerpo i con el pan del alma. Los adultos se hallan en posibilidad de buscar uno i otro por medio del trabajo, que es dón del cielo, pero los niños se hallan en impotencia física i en la oscuridad moral. El que no se enternece al oir llorar a un niño desvalido, no tiene corazon o ha per-

dido lo mas precioso de su sér, el sentimiento de caridad i de benevolencia. De todos los placeres inocentes, me decia, ¿hai alguno mas grato i delicioso que el inspirado o infundido por la májica sonrisa de los niños?

Cuando esto hablaba, llegábamos a una casa pajiza de pobre apariencia, pero de esmerado aseo; al sentirnos salieron cinco anjelitos, alegres como el paisaje, risueños como la aurora i bulliciosos como los cabritos que triscan en contorno de la madre; todos se dirijieron a mi huésped, gritando "mi padrino, mi padrino;" éste se hallaba ya en tierra i todos lo rodearon; alzó en los brazos al mas pequeño i acariciaba a todos con la ternura de un padre; sacó luego del bolsillo algunas golosinas i se las repartió, entrando en seguida a la habitacion. La escena fué para mí conmovedora; envidié a ese hombre, a quien reputaba en ese instante como el mas feliz de los mortales. Yo habia sido padre i podia valuar el goce que producen la gratitud i las sonrisas de la infancia. Habia sido amoroso i tierno con

mis hijos, indiferente i áspero con los ajenos, i confieso que me avergoncé ante mi propia conciencia al presenciar tan bella como elocuente leccion i prometí, en mi interior, enmendarme en adelante.

Pasados unos minutos salió mi huésped de la choza, montó i regresamos.

—Estos cinco niños son huérfanos, me dijo, su padre murió en una batalla prestando sus servicios a la patria, pero como era un pobre agricultor, un hombre del pueblo desvalido, ni la patria, ni el gobierno recuerdan su sacrificio, ni protejen a sus hijos. La madre de éstos se halla postrada, enferma i sin recursos. Por esto vengo cada tercer dia a fin de consolarla en sus penas i a entretener a los niños ; el mayor de éstos es mi ahijado, pero todos me llaman su padrino ; pobres criaturas, se han quedado tristes por mi pronta despedida ; siempre me detengo para darles algunas lecciones.

Guardó silencio i yo le dije : perdóneme usted, pues involuntariamente he causado una pena a usted i a los niños, puesto que por atenderme se ha privado usted de una

satisfaccion i ellos de sus lecciones i del placer de estar con usted; yo habria esperado i visto con suma complacencia el tiempo empleado en esa caritativa ocupacion; i diciendo esto recojia las riendas de mi caballo, deteniéndolo, como para indicarle que podia volver.

—No, me dijo, mañana subsanaré la falta, sigamos. ¿No siente usted siempre afecto hácia los niños?

—Le contestaré a usted con verdad i franqueza que, a escepcion de mis hijos, he visto a los demas niños con indiferencia, i a veces, con desden. Esto sin premeditacion, ni cálculo, sino como un efecto de mi naturaleza o modo de ser; pero debo confesar que la escena conmovedora i tierna, que ahora acabo de presenciar, ha despertado en mí la idea de la ventura encarnada en los sentimientos de afecto hácia los niños i la necesidad de amarlos, aun por egoismo, para esperimentar el dulce goce de las caricias de la inocencia. Mi carácter ha sido mui duro o por lo ménos inaccesible al afecto hácia la niñez.

—No lo estrañe usted, pues esto sucede casi siempre a todos: el hombre por lo jeneral es víctima de un error de cálculo: juzga que su bienestar consiste en atesorar los goces para él solo o cuando mas para las personas de su hogar, sin advertir que la dicha se halla en razon directa del ensanche de relaciones afectuosas, en la espansion de ese grato i dulcísimo sentimiento del amor. ¿No es verdad que los placeres que otros séres gozan por causa nuestra refluyen sobre nosotros mismos con la agradable dulzura de la satisfaccion del bien? La fruicion es intensa siempre que uno considera que es autor de la felicidad de otros. ¡Feliz el que emplea los medios que posee en aliviar la suerte del desgraciado! No estrañe usted esa indiferencia, probablemente involuntaria, de usted respecto de los niños, pues yo los veía lo mismo i aun me incomodaba su presencia, sus travesuras, sus gritos i su llanto. Ahora siento de un modo diverso i me siento bien.

—¿I cómo ha podido usted variar?

—Por la gran misericordia del Creador.

En los sucesos notables de mi vida, que he ofrecido relatar a usted, si tiene a bien, hallará la causa de la metamórfosis que ha esperimentado mi espíritu, o la razon del cambio en todos mis procederes.

CAPITULO IV.

El derecho de la defensa ante la lei moral.

Continuamos el camino en silencio, i despues de unos minutos de haber callado mi huésped, vimos a un mismo tiempo, en la via que llevábamos, un pliego de papel en forma de carta. Yo eché pié a tierra, lo tomé i ví que estaba el sobreescrito dirijido a mi huésped i se lo entregué; él lo abrió i despues de haberlo leido me lo devolvió, diciéndome que me impusiera del contenido. Este era en letra mal formada el siguiente:

"Esta noche asaltarán su casa seis disfrazados para robarle; he sido convidado i no he podido escusarme sin riesgo. Este aviso se lo doi en agradecimiento de un servicio que usted me prestó i que no olvido."

Al terminar la lectura pregunté: ¿conoce usted la letra?

—No señor, i poco valdria el conocerla.

—¿Cree usted que este proyecto sea una cosa real i que lo lleven a efecto?

—Es posible.

—¿I qué piensa hacer usted? ¿Cómo piensa evitar el golpe?

—En verdad, no pienso sobre esto. ¿A usted se le ocurren medios?

—¿Cuántas personas tiene usted en la casa?

—Cuatro, contando en éstas el ama de llaves i la cocinera.

—¿Puede contar usted con agregados (arrendatarios) fieles para este caso?

—Creo que todos pueden servirme de buena voluntad.

—¿Tiene usted armas de fuego?

—Hace mucho tiempo las proscribí de mi casa por inútiles i aun peligrosas.

—Armas blancas?

—La herramienta de labor del campo.

—Pues bien, creo que debe usted hacer llamar inmediatamente a unos ocho agregados, armarlos con las hachas, machetes, palas &,ª con lo que se pueda, a fin de ase-

gurar la defensa i escarmentar a los bandidos. Debe usted contar conmigo. No tenga usted cuidado ; "a guerra avisada no muere soldado."

Nos acercábamos a la casa, mi huésped guardó silencio ; estaba pensativo, lo que me hizo juzgar que la amenaza habia afectado su sér desfavorablemente.

El sol declinaba entre nubes rojas i sus postreros rayos teñian los objetos de color de sangre. Yo veía esto como un mal presajio. El hombre se preocupa siempre con todo lo que de algun modo se relaciona con el pensamiento que lo domina en las situaciones difíciles o anormales.

Llegamos al patio de la casa ; un negro esperaba en la puerta ; nos desmontamos i éste llevó las bestias al interior. Entramos a la sala principal, i en ella se hallaba una mujer llorando, la que dijo a mi huésped que deseaba le oyera a solas unas palabras ; éste salió con ella al corredor, hablaron durante unos tres minutos i volvió él a entrar a la sala i la mujer se despidió. ¿ Qué pudo decirle esa mujer ? Mui natural era

juzgar que fué a fin de anunciarle tambien el asalto. La piedad es injénita en las mujeres i posponen todo a la salvacion de sus amigos o protectores. El, nada me dijo; yo esperaba con ansia que empezara a dar órdenes para prevenir el ataque, i sobre todo, que mandara llamar a los agregados, pero nada me hacia notar alteracion en ese hombre; su quietud me hizo juzgar que estaba aturdido o anonadado.

Las sombras de la noche empezaban a estenderse sobre el horizonte; al mismo tiempo se iba formando en la atmósfera un manto de nubes que presajiaba tempestad o por lo ménos una oscuridad tenebrosa. Parecia que la naturaleza estaba dispuesta para protejer el crímen. Yo meditaba entónces sobre las ventajas que hai en los poblados para un caso de esa clase; fácilmente se obtiene ausilio, en tanto que en el desierto del campo no hai amparo i a cada hora se halla espuesto el hombre a ser víctima de los malvados.

El peligro me parecia bien grave si no se preparaba alguna jente armada para la de-

fensa. Yo esperaba por momentos que se dictaran órdenes a efecto de procurar la seguridad, pero en tal sentido no advertia nada: todo en la casa indicaba quietud i completa confianza.

Al fin mi huésped llamó al negro i le dió órden para que pusieran luces en la entrada i corredores de la casa. El ama de llaves se presentó en seguida, diciendo: ya está todo preparado.

Calmó el temor i sobresalto que me preocupaban, pues juzgué que la mujer del llanto habria recibido órden de citar a los agregados, que éstos ya se hallaban en la casa i que todo estaba preparado para la defensa; pero mi huésped sacó del error mi pensamiento, diciéndome:

—Vamos, esta señora es enemiga del ayuno, de tal modo que aun en cuaresma le hace a uno pecar contra el precepto de la iglesia: la mesa está servida; cuando anuncia que está preparado todo, no consiente en que haya demora en acudir, vamos.

Fuí conducido al comedor; estaba éste espléndidamente alumbrado i embellecido

por vistosos floreros que despedian aromas esquisitas. Sentados a la mesa, mi huésped empezó a manifestarme que sentia i habia sentido siempre un placer indecible contemplando la hermosura i belleza de las flores i que era tal la pasion que lo dominaba por esas hijas de la poesía del Creador, que no pasaba dia en que no dedicara algunos momentos en su cultivo i algunos minutos en la contemplacion de sus graciosas i atractivas formas. A medida que me iba refiriendo algunos detalles sobre el cultivo, hibridaciones e injertos que habia ejecutado con éxito feliz, se animaba su fisonomía e iba mostrándose mas comunicativo. Disertaba sobre los poderosos medios con que el arte ausilia a la naturaleza en estos últimos tiempos, habiendo alcanzado el hombre, por el avance a la perfeccion de aquel, el aumento en la hermosura i colorido de las flores i el gusto dulce i delicado de los frutos.

Yo estaba confundido con la indiferencia i aun el olvido de ese hombre respecto del ataque anunciado para esa noche ; sinem-

bargo presumia que en alguna disposicion dada, i que me habia ocultado, fincaba la seguridad que se revelaba en él.

Pasada la hora de la colacion continuó hablando de varios jéneros de plantas, de las propiedades vitales de éstas, de su sensibilidad, necesidades, sufrimientos, goces &,ª concluyendo por decirme que él hallaba entre algunos animales i las plantas, como séres vivientes, la sola diferencia de que aquellos gozan de la facultad del movimiento de traslacion i éstas no.

—Vamos, me dijo entónces, al cuarto de mi escritorio. Si usted no está cansado, seguiré refiriéndole mi historia; en ello siento una mezcla de placer i de tristeza que me complace mas que el goce depurado

Al levantarnos no me pude contener en mi ansiedad de saber lo que habia dispuesto para la defensa, i le dije:

—Me permite usted preguntarle, puedo saber qué medidas ha tomado usted para impedir el asalto?

—Ninguna otra que hacer iluminar los corredores i la entrada para que no hallen

tropiezos en el caso de que lleven a efecto la visita. ¿ Sabe usted por qué me he desentendido de eso ? Es lo mas sencillo decírselo : porque tengo la conviccion de que nadie puede hacerme daño si yo no lo merezco ; i al contrario, si lo merezco, debo ser víctima hasta del mas insignificante insecto. Hai algo superior a toda tentativa humana : Alejandro i Aníbal, Napoleon i Wellinton, Washington i Bolívar, i mil i mil guerreros, fenecieron recostados en su lecho, sinembargo de haber paseado con denuedo en los campos de Marte, cruzando entre los rayos de la muerte. ¿ Por qué ? Hai una Providencia que en el ejercicio de su justicia, retiene o no, el brazo que intenta herirnos. No se preocupe usted ; estamos mas seguros así, indefensos como nos hallamos, que si nos preparáramos a resistir con armas. ¿ Seriamos mas felices si, por evitar un daño, matáramos a un hombre o lo hiciéramos inútil de por vida ?

—Pero la defensa es natural i la permite la lei ; ademas, no hai responsabilidad en herir o matar cuando es uno atacado.

—Perdone usted que contraríe su opinion sobre eso: es verdad que la defensa es permitida por la lei, i que ésta no hace responsable al defendido aunque llegue a causar la muerte de su agresor; pero hai un poder mas elevado en el órden social, que preside a la ejecucion de las acciones humanas, i es, el de la moral, que prohibe absolutamente hacer el mal, sin escepcion de personas, de motivos, ni de situaciones. El que priva a otro hombre de la vida, puede escapar del castigo de la lei humana, pero en el antro de la conciencia i ante la lei moral, lleva por dondequiera la sierpe del remordimiento i arrastra la soga de Cain en su camino. Siempre aparece de mejor condicion la víctima que el victimario.

Ahora comprenderá usted por qué no tengo ni una sola arma ofensiva en mi casa. El uso de armas ofensivas es peligroso aun para los que piensan como he manifestado a usted que pienso sobre la responsabilidad moral del matador; ¿por qué? la contestacion es obvia: porque hai veces que la sangre del hombre provocado hierve, el delirio

de la fiebre le acomete, se ofusca la razon, predomina el instinto de la fiera i el arma sirve de instrumento al estravío.

—¿De modo que no debe emplearse medio alguno de defensa?

—Sí, amigo mio, el amor, la justicia i la caridad. Estas son las armas defensivas de mas eficacia para desarmar al enemigo. Es cierto que para conseguir estos medios es necesario que éntre en batalla el espíritu con la carne, la razon con el instinto, para abatir el orgullo, aniquilar el egoismo i perder la vanidad, i que todo esto no se consigue en un momento; pero una labor constante i sostenida en tal sentido, al fin produce el resultado a que se aspira. *Guta cavat lapidem;* * este es un axioma reconocido en el mundo.

No vaya a creer usted, amigo mio, que yo soi un hombre justo, ni que haya profesado en mi vida estos principios: he sido pecador; he pasado por las sendas del mal, dejándome llevar al impulso de las pasiones malévolas; he sido víctima de la incredu-

* La gota cava la piedra.

lidad sobre los destinos de mi sér; he sido torturado por la duda, vagando en las tinieblas de la incertidumbre sobre un mas allá de esta vida terrestre; he fincado la felicidad en el tanto por ciento, en el cálculo del interes; he puesto mis acciones en un platillo de la balanza i en el otro, el oro o el placer mundano; miraba la evolucion vital de cada sér como la de la molécula de agua que nace del océano en forma de vapor, que vaga o cruza por los aires i desciende luego a las montañas o a los valles i vuela o corre hasta volver al fondo a confundirse con su oríjen; i para economizar palabras, diré a usted, que me hallaba sumerjido en las tinieblas, hasta hace poco tiempo que el espíritu de mi esposa bajó del cielo trayendo un rayo de luz que hizo penetrar en mi espíritu.

Guardó silencio; tal vez la evocacion de algun recuerdo selló sus labios. Yo no pude resistir la impaciencia por oirle i quise reanudar su relacion desde su última palabra diciéndole:

—¿Cómo?

—Permítame usted volver al principio de la relacion de la historia de ese período de mi vida que empezó a los destellos de la luna de miel. Involuntariamente he anticipado uno de los hechos mas importantes que han iluminado el camino recto del porvenir para mi espíritu.

Serian las nueve de la noche. Se oyó un gran ruido de caballos i frenos en el patio de la casa. Yo me sobrecojí; mi huésped se levantó en el acto i se dirijió a la puerta; yo me le interpuse embarazándole el paso: queria salvarlo, ocurriéndome la idea de asegurar por dentro la puerta i guardarnos allí hasta que los salteadores o bandidos hubieran escapado despues de haber ejercido su profesion en los demas departamentos; pero no lo pude contener; salió, dirijiéndose al encuentro. Cuatro hombres bien montados hablaban paso inmediatos al corredor de la entrada; al ver a mi huésped, esclamaron a una voz: "buenas noches," i uno de ellos añadió: "¡hola, primo, hemos llegado como convidados al baile!"

—Desmóntense ustedes, ¿a qué debo tan grata visita a estas horas?

—Pasábamos por el camino de regreso a la hacienda, vimos iluminada la casa i resolvimos venir a participar de la funcion.

Ya los dos sirvientes de la casa i otro que venia con los visitantes, habian tomado los caballos i empezaron a desensillarlos.

Despues de la salutacion i abrazos de cariño e instalados todos en la sala principal, dijo mi huésped:

—Si la iluminacion atrajo a ustedes, creyendo que habia aquí alguna funcion o pasatiempo, han sufrido un chasco; mandé poner luces en los corredores porque esperaba una visita anunciada.

—¿De quién? preguntó uno de los recien llegados.

—De unos amigos, contestó mi huésped.

I como para no dar lugar a mas investigacion sobre eso dijo:

—Verdaderamente me ha parecido estraño el arribo de ustedes a esta hora.

—Gracias al faro de su casa, que nos hizo presumir que usted se hallaba en pié;

pues aunque habiamos pensado pasar aquí la noche, que en realidad está oscura, tenebrosa, juzgamos ántes de ver las luces que ya estaria durmiendo i habiamos determinado seguir.

Siguieron hablando de asuntos de familia i luego la conversacion rodó sobre la constitucion i faces de la luna. Conversacion provocada por haber dicho uno de ellos, viendo un retrato que se hallaba sobre una mesa:

—He visto hoi unas planchas fotográficas tomadas de las faces de la luna, en Lóndres, por medio de un telescopio de gran potencia. Se ven las montañas de ese satélite semejantes a las de nuestro planeta i hai un volcan parecido al vesubio de Nápoles.

—De modo que no es mal fundada la opinion de algunos sobre la existencia de habitantes en la luna, dijo otro.

—Esas no son mas que meras conjeturas, dijo el tercero.

Mi huésped callaba pero interrogado por uno de ellos sobre esto último, dijo:

—Es razonable i lójico creer que el soplo

de Dios animó la creacion de todo el universo; i que los mundos, las estrellas, los soles i todos lo astros que pueblan el espacio infinito i que vienen a ser el resultado de la accion constante i progresiva del Cósmos en los siglos, son otros tantos lugares destinados para habitacion de los séres que entonan sus alabanzas. La pluralidad de las existencias en los diferentes medios de nuestro globo, en el aire, en el agua, en la tierra, en la savia de los troncos, en las hojas de las plantas, en los órganos de los animales, en las secreciones, en la sangre, en todas partes, en todos los lugares, nos hacen juzgar por analojía, que no hai astro alguno destituido de séres vivos e intelijentes que lo pueblen. Natural es que sus formas sean variadas segun el medio atmosférico en que se hallen, como lo son en la tierra las de los que habitan en los diferentes medios o lugares de existencia.

En el principio, átomos de igual naturaleza material, de iguales dimensiones i propiedades i con una misma esencia o fuerza anímica dotada con el sentimiento del

amor, móvil o impulso hácia el progreso; átomos lanzados en el espacio sin límites, atrayéndose en torbellino perpetuo, buscándose i uniéndose para formar los mundos del infinito microscópico, así como las estrellas i los soles del infinito jigantesco ruedan incesantemente en las profundidades del éter, formando pléyades inconmensurables de orbes luminosos, impropiamente llamadas *nebulosas.* Hé aquí, la admirable obra de la sabiduría infinita: sencillez i uniformidad en la creacion, grandeza, hermosura i esplendor en el desarrollo de ella..........

Despues de haber hablado sobre varias cosas, pasamos al dormitorio. Eran las doce de la noche.

No pude conciliar el sueño, meditando en los acontecimientos del dia i, sobre todo, en el carácter i modo de ser de mi huésped. Su conducta franca, amorosa, caritativa i resignada a las contrariedades de la suerte, me hacian ver en él un modelo del hombre virtuoso, un tipo del sér humano mas feliz sobre la tierra. Yo estaba ansioso de oir la relacion prometida de su historia,

principalmente porque en ella debia hallar los motivos seductores que habian operado en él ese cambio de su modo de ser moral. Yo no debia abandonar aquella mansion sino despues de haber satisfecho mi escitada i viva curiosidad. Yo me sentia inclinado a seguir la direccion que habia tomado ese hombre en el camino de la vida; empezaba a esperimentar en mis ideas, en mis juicios, una modificacion semejante a la que se nota en la flor marchita por los ardores del verano al recibir las primeras gotas de la lluvia que le hacen revivir; sentia como el despertar de un sueño pesado i delirante a tiempo que el ruiseñor saluda con armonioso canto los primeros resplandores de la aurora. Resolví demorar mi viaje por todo el tiempo necesario a la satisfaccion de mi vehemente deseo.

CAPITULO V.

La humildad en accion.

Cuando la primera luz del nuevo dia empezó a penetrar por los intersticios de la ventana de la pieza del dormitorio, yo permanecia aún en vijilia aguijoneado por el pensamiento; pocos minutos despues un sueño apacible adormeció mis sentidos, pues mi espíritu continuó la vision, soñando en las bellezas seductoras de un paraiso cuyas puertas estaban siempre francas para todos los que subian a él por la escala del sacrificio de las pasiones carnales.

Dormí por una hora i soñé por un siglo; al levantarme hallé al salir a la pieza inmediata la mesa del lavatorio preparada con todos los objetos dedicados al aseo; me serví de ellos i en seguida pasé al comedor a tomar el desayuno, invitado por el sirviente de ordenanza. Mi huésped ha-

bia salido, recomendando que me dijeran que volveria pronto i que esperaba que yo tendria la bondad de favorecerlo esperándolo. Los pasajeros que pernoctaron en la casa se habian ido.

El sol se alzaba como saliendo de entre una brillante cuna de perlas; su fulgor de oro iluminaba el campo i embellecia los bosques; las montañas parecian galvanizadas i el cielo retocado con un azul retinto. Empecé a sentir, a pensar que sobre ese encanto de la naturaleza en la mañana; que sobre esa belleza en los detalles; que sobre esa armonía en el conjunto, habia algo superior; algo mas noble i poderoso, i era, la concepcion que los abarca, i que esta concepcion era apénas una de las facultades del sér esencia, del espíritu del hombre. Fué la primera vez que apostaté del materialismo: la belleza que yo estaba contemplando, no pódia ser Dios, porque mi espíritu la sojuzgaba; mi espíritu tampoco podia serlo porque era impotente para crear. La armonía universal proclama, dije, un supremo Sér que dirije la creacion.

Me dirijí al bosque; el aire estaba fresco i embalsamado; las aves entonaban sus cánticos dulcísimos como en concierto; el lago estaba plateado por la luz del sol. Al penetrar en la enramada me hallé con mi huésped que salia del bosque. Una sonrisa fué el primer saludo i estrechándome la mano me dijo:

—Buenos dias.

Venia acariciando una paloma que posaba sobre su brazo izquierdo.

—Perdóneme usted, me dijo, que lo dejara solo, tengo la costumbre de visitar el bosque a la salida del sol. Emilia me acompañaba a esta hora cuando moraba conmigo en la tierra; desde que voló al cielo, traigo esta paloma por compañera.

Regresamos a la casa dando un rodeo por las orillas del lago. Me referia en qué se ocupaba regularmente en las primeras horas de la mañana. A cada paso llamaba mi atencion hácia algun objeto que ostentara la belleza, diciéndome: esta es la espresion clara i elocuente del idioma de Dios para comunicar a sus criaturas la infinitésima

parte de las obras en que brillan su bondad i su sabiduría supremas.

Cuando llegamos a la casa, hallamos en el corredor cinco mujeres del pueblo i cuatro niños, vestidos pobremente. Mi huésped los saludó con afabilidad i les suplicó que esperaran unos momentos. I volviéndose a mí, dijo:

—Estas son deudas sagradas que estoi obligado a pagar i que despues de satisfechas me hacen gozar o sentir uno de los placeres mas puros i gratos a el alma.

Entramos; me condujo a su cuarto de estudio. Poco despues me dijo:

—Si usted es amigo de los libros, puede entretenerse leyendo miéntras voi a practicar una dilijencia; pronto volveré a gozar el placer de su compañía; espero de la fineza de usted que me dispense.

Le dí las gracias por sus jenerosas atenciones hácia mí, manifestándole al mismo tiempo, que deseaba i me seria honroso el que me tratara con la franqueza familiar. Salió, i yo me quedé rejistrando las obras de su librería; ésta no era abundante en

volúmenes, pero en cambio, los que habia en el estante eran escojidos i de autores afamados, como Pelletan, Allan Kardec, Reynaud, Flammarion, Pezzani, Lineo, Ganaut, Girardin; i otros sobre filosofía moral, sicolojía, magnetismo, historia, jeolojía, botánica, física, mineralojía, química i otros. En revisar los libros del estante pasaria una média hora, i luego tomé uno de los tomos de las obras de Pelletan a fin de leer algunas pájinas; me acudió el deseo de encender un cigarrillo i pasé al comedor en donde habia dejado por la mañana un paquetito. Al entrar allí, presencié otra escena que elevó a mis ojos la nobleza i la virtud de mi huésped al hallarlo en ejercicio de la humildad i de la proteccion. Los cuatro niños que habiamos encontrado con sus madres en el corredor, estaban risueños sentados a la mesa, i mi huésped en persona les servia los platos, de pié, con mas acuciosidad e interes que el mozo mas práctico i atento en el servicio. Sus frases cariñosas i sus chistes, inspiraban a los niños la confianza i el contento.

—Esto que usted ve, me dijo, es para mí una fiesta; es una especie de capricho en que siento un goce; así es que no tiene otro mérito que el de la orijinalidad.

Yo no me pude resistir a la tentacion de imitarlo, i los niños tuvieron dos sirvientes a la mesa, ellos se miraban unos a otros, estrañando mi participacion en su obsequio, pero luego sonrieron al oirme algunas palabras afectuosas.

En tanto que esto sucedia en el comedor, yo meditaba qué seria de las madres; i apénas acabó el servicio, salí al corredor para ver en qué se ocupaban; pero fué vana mi pesquisa allí, pues ellas estaban en otra pieza, servidas por el ama.

Cuando todo esto concluyó, se despidieron, llevando ellas algunas provisiones i los niños algunas canastillas con frutas.

Por lo espuesto hasta aquí puede naturalmente deducirse, que mi huésped era un capitalista, o por lo ménos, que era un hombre, como se dice, bien acomodado en materia de intereses: pues nada de eso; sus haberes solo consistian en la propiedad

del terreno, que era de poca estension i en el fruto del trabajo aplicado a la agricultura, con unos pocos animales de servicio, algunas *suertes* de caña de azúcar i un *injenio* o molino.

Cuando las mujeres i los niños iban distantes de la casa, me atreví a preguntar a mi huésped si me seria permitido saber porqué llamaba "deudas sagradas" esos oficios de caridad evanjélica, i me dijo:

—Amigo mio, yo poseo mas de lo que merezco, i por otra parte esta *chagra* produce a veces algo más de lo necesario a la comodidad de mi casa. No tengo hijos que hereden el fruto de mi trabajo; si los tuviera, sin perjuicio de ejercer la caridad, emplearia el sobrante de mis gastos i el producto de los ahorros o economía doméstica, en darles, primero, educacion moral, i luego en cultivar su intelijencia, para que pudieran penetrar en el santuario de la ciencia hasta donde le es permitido al sér humano: más claro, el cofre en que guardaria el tesoro de su herencia, seria su cabeza; porque en él no entran ladrones, ni aun la muerte

lo disipa, puesto que es nuestro espíritu inmortal. I sinembargo, no me descuidaria en protejer al desvalido. Así, pues, si no tengo hijos, tengo hermanos i éstos son mis semejantes, mis prójimos; es a éstos a quienes debo los sobrantes que constituyen la herencia. Estas son las deudas sagradas de que hablé a usted, que debo pagar relijiosamente. Si tuviera parientes pobres, ellos serian atendidos por mí, en primer lugar.

En seguida me hizo una relacion de los bienes que formaban su haber; los que he descrito anteriormente.

El ama de llaves se presentó anunciando que estaba servido el almuerzo. Pasamos al comedor. Un sirviente presentaba una salvilla con agua, llevando un paño de manos en sus hombros. Sobre el blanco mantel de la mesa habia dos jarros de plata, dos cubiertos del mismo metal, una bandeja con frito i los platos de servicio; luego nos presentó el negro que nos atendia, otra bandeja con carnes de res i de cabrito, despues una escudilla de grandes dimensiones con sopa de tortilla, en seguida un cha-

rol provisto de panecillos de maiz, pan de trigo i bizcochuelos i, por último, queso i chocolate. *

La conversacion de mi huésped era, como siempre, agradable, instructiva i por lo regular doctrinaria; su voz dulce i sus maneras delicadas; se insinuaba con gracia e inspiraba con su espresion los sentimientos de cariño, de simpatía i de amor que saben enjendrar los hombres de talento.

—Es envidiable, le dije, la vida que lleva usted en este precioso campo.

—En verdad, todos los dias doi gracias a Dios por sus bondades, pero usted sabe por esperiencia, que "no es oro todo lo que brilla;" no me faltan sinsabores aunque procuro evitarlos, i de ellos o de la mayor parte, soi yo mismo la causa: ésta consiste en no poseer la ciencia o el arte de conquistar la voluntad de todos aquellos con quienes tenemos necesidad de estar relaciona-

* Este es poco más o ménos el servicio del almuerzo en todas las casas de los hombres regularmente acomodados del Cauca.

dos. Muchas veces contrariamos por descuido los intereses ajenos, sin advertir que en ello contrariamos los nuestros; i digo con descuido, porque el hombre en sociedad se debe todo a ella i debe esmerarse en evitar todo lo que ofenda o perjudique a cada uno de sus miembros. Así sucede que sin intencion de hacer daño, algunas ocasiones lo causamos por nuestra conducta indiferente o apática. Ahora, ¿qué puede esperarse cuando nos complacemos en censurar las faltas o defectos ajenos, vulneramos la honra o consentimos en ello? Es verdad que no somos ánjeles, pero debemos aspirar a ello por medio del trabajo i el sacrificio. Con buena lójica podemos asegurar que moralmente hai comunidad de intereses entre los hombres.

CAPITULO VI.

La familia del empresario.

AUNQUE yo sentia que gozaba de la felicidad en aquella casa, no era justo ni prudente permanecer en ella por mas tiempo. La interesante historia de mi huésped, apénas principiada, me habia detenido, i aunque yo no tenia urjencia en continuar ese dia mi viaje, estaba abusando de la jenerosidad hospitalaria. Dije pues al negro que me hicieran el favor de traer mi bestia.

—¿Tiene usted urjencia de seguir hoi su marcha? me dijo mi huésped.

—Urjencia no, pero......

—Me prometia yo el placer de presentarle la servidumbre de mi *chagra* o, hablando con propiedad, los compañeros de mis labores campestres. Si usted no sufre perjuicio, me seria mui grato que fuera su permanencia aquí indefinida; hasta que

sienta el fastidio. Los que vivimos retirados de las poblaciones, los que estamos destinados al campo, deseamos siempre visitantes como usted, para dar espansion al espíritu en la comunicacion del pensamiento; para comerciar en el cambio de las ideas, una vez que este es uno de los factores del progreso de la humanidad. I como creo que seré favorecido por usted; esto si no tiene inconveniente, haré preparar caballos para ir al establecimiento.

Le dí las gracias, poniéndome a sus órdenes. Un poco despues seguiamos en direccion al injenio de azúcar. La vejetacion se mostraba por todos lados vigorosa; la frondosidad de las selvas entraba en competencia con lo gracioso de las colinas; a medida que avanzábamos variaban la decoracion del campo i los accidentes del terreno. Mi huésped estuvo pensativo mas de quince minutos i yo no me atreví a interrumpir su meditacion; al fin me dijo:

—¿Quiere usted que continúe el relato de mi historia?

—De mui buena voluntad, pues manten-

go vivo el recuerdo del principio, i he deseado con ansia la continuacion.

—Pues bien; habia dicho a usted que mi adorada Emilia habia dado a luz un niño, mas bello i mas gracioso que el ánjel del amor inventado por el jenio para coronar a Vénus naciente entre las espumas de las aguas. Mi placer era supremo al contemplarlo despierto, entre mis brazos, o dormido en los ajuares de la cuna. Yo espiaba inquieto su semblante, esperando con impaciencia el dulce i amoroso encanto de su primera sonrisa: llegó el momento deseado i mi sér quedó en éxtasis contemplándolo i sintiendo la emocion mas grata de la vida: la dulzura, la gracia i el amor se dibujaban en su rostro iluminado por la aurora de la inocencia. Ya puede usted figurarse cuáles serian mis cuidados para conservar su existencia, siendo yo panteista, es decir, creyendo que al morir terminaba la vida, yendo el sér a confundirse con lo absoluto, como la chispa que luce i se apaga, volviendo al fondo de donde salió, a perderse en el todo de su oríjen.

Suspendió por un instante su relacion, como impresionado, i luego me dijo:

—Juzgo que debo anticipar algunos rasgos de mi vida anterior a mis desposorios, para que al fin resalte mas el cambio que han producido en mi espíritu los sucesos posteriores de mi existencia.

Mi padre era un cristiano a la antigua: creía en Dios a ojo de ciego; rezaba i hacia rezar en la casa como un católico i cumplia lo mejor posible los preceptos de la Iglesia. Descendiente de uno de los conquistadores, heredó estensos terrenos en este valle i sostenia el cultivo de ellos con los brazos de mas de veinticinco esclavos que habia comprado. Comprometido en favor del Gobierno colonial en la guerra de la independencia, perdió la mayor parte de sus bienes, pero salvó la vida oculto en un sitio de Cajamarca, protejido por una familia de indíjenas. Pasada la borrasca, halló la proteccion de uno de los libertadores i se dedicó a trabajar para reponer algun tanto las pérdidas que habia sufrido. Yo tenia entónces ocho años; empezó mi edu-

cacion entregándome al cura para que me diera las primeras lecciones de latinidad; a los siete años, me llevó a la capital i me colocó en el colejio con la mira de que siguiera la carrera eclesiástica. En los dos primeros años de estudio observé una conducta un tanto formal i sumisa, pero al tercero empecé a desviarme del camino que mi padre me habia elejido: me inclinaba mas a los encantos del matrimonio, que a la ventajosa suerte que prometia en esos tiempos la sotana i la corona. Para no fatigar a usted con la narracion de mis locuras, le diré, que me convertí en un solemne calavera i que mi padre hacia el gasto, pues yo siempre le escribia con trozos de latin, i manteniendo sus ilusiones le decia: que no esperaba sino la edad para ordenarme. ¡Pobre padre mio! a vuelta de correo me llegaba la remesa doble. Mis lecturas favoritas eran de preferencia en las obras de los que en el siglo pasado se titulaban filósofos despreocupados, como en las de Holbac, Condorcet, Voltaire i otros por el estilo, obteniendo por resultado que vine a formar para mí la

creencia de los panteistas. Creia que la vida era como el fuego fatuo que brilla i se estingue sin dejar rastro despues de su aparicion. A los veinticinco años de mi edad murió mi padre, i vine a encargarme de lo poco que poseia. Mi madre murió dos años despues. Parece que yo iba entrando en juicio; sinembargo, conservaba la aficion al baile i a otros pasatiempos como él, que si acaso pueden ser diversiones inocentes, no dejan en el alma vestijios de provecho, propiamente hablando.

Un dia llegué a Mulaló a tiempo que una familia compuesta de dos jóvenes i hermosas niñas, sus padres i un sirviente, iban a embarcarse para pasar el rio del Cauca; como era natural, presté mis atenciones a todos i especialmente a las dos niñas. Al dar la mano a la mayor para que entrara en la embarcacion, fijé en ella mis ojos a tiempo que ella fijó los suyos en los mios i la ví palidecer i sonrojarse al instante; yo sentí algo desconocido i semejante a una conmocion eléctrica; pero a la vez suave como la brisa del mar cuando refresca los ardores

del sol tropical, dulce como el céfiro de la mañana. Desde ese momento empezó una trasformacion en mi modo de ser: pasaron por mi memoria como fantasmas acusadores los hechos de mi disipada vida i me juzgaba indigno de aspirar a la posesion de una belleza en quien se hallara encarnada la virtud; e impresionado así, dejé la senda de los desaciertos i tomé decididamente el camino del bien i de la honradez para hacerme acreedor a las consideraciones de la sociedad, i sobre todo, aceptable a los ojos de Emilia. Esta fué la niña de mi encuentro en el paso de Mulaló. Tres años de trabajo i de prueba, mejoraron algun tanto mi condicion moral; yo llegué a ser en realidad otro hombre; tal es el imperio que ejerce la mujer.

A este punto de la narracion llegó mi huésped cuando entrábamos a las enramadas del *injenio.* Mas de quince personas de ámbos sexos nos rodeaban, saludando a mi huésped con sonrisa i marcado afecto; dejaron todos sus oficios para recibirlo. Él, luego que echó pié a tierra, fué estrechan-

do la mano de cada uno, diciéndole algunas palabras de cariño, como si fuera el padre amoroso de esos séres i no el amo severo o indiferente a la condicion de sus sirvientes o asalariados. Despues de esto, volviéndose hácia mí, dijo:

—Aquí tiene usted mi familia, tengo el placer de ponerla a sus órdenes.

En seguida me paseó por el establecimiento; en éste se hallaba todo con arreglo i limpieza; el órden en que se hallaban las hormas de azúcar imitaba el de una colmena; los obreros continuaron sus oficios, cantando unos, riendo otros i todos contentos, como en una fiesta de familia: llovian los chistes i las graciosas chanzonetas.

El molino estaba compuesto de tres cilindros de piedra con tambores de madera dentados, i sus planos en posicion horizontal; el que ocupaba el centro, tenia la parte superior de su eje prolongada mas de tres metros i en su estremo estaba asegurado, pero de modo que pudiera jirar para poner en movimiento el conjunto; de ese estremo i 30 centímetros hácia abajo par-

tian dos listones tambien de madera en forma oblícua i un travesaño que los ligaba, formando un triángulo isósceles; los dos lados iguales de éste se prolongaban un metro hasta dar con las corvas de un caballo de regular estatura para atar las correas del aparejo de una bestia a cada lado. No se necesitaba sino la fuerza de un caballo para poner el tren en ejercicio, pero se ponian dos para aumentar la velocidad i hacer ménos duro o ménos laborioso el esfuerzo de los animales. La hornilla era de reverbero, con tres fondos, i se alimentaba con poca leña i el bagazo i hojas de la caña. Todas las operaciones de la fábrica desde el corte de la caña hasta la cristalizacion de la azúcar, me parecieron recreativas con aquellos operarios; i aunque allí el agua i el vapor no eran empleados como ajentes o motores, el producto no bajaba de un veinticinco por ciento, como término medio, sin dejar de incluir el interes del capital invertido en el establecimiento i el del terreno ocupado por la empresa.

Despues que hice mis observaciones i

que obtuve los informes que pedí, le supliqué a mi huésped que me permitiera tomar nota de aquéllos i de éstos, i al efecto me senté en una banca, bajo la misma enramada del molino, i tomando el lápiz empecé a escribir en mi cartera. Entre tanto que yo me ocupaba en esto, mi huésped relevó en persona a uno de los obreros, diciéndole: "todo no ha de ser rigor, déjame tu puesto." Despues de unos veinte minutos llamó al obrero para que volviera al trabajo, se levantó i fué a reemplazar a otro.

Aunque yo habia hecho ya mis apuntamientos, finjia que continuaba en ello; esto, a fin de no impedir a mi huésped su libertad, i al mismo tiempo para observar hasta dónde alcanzaba la abnegacion del hombre en servicio de los jornaleros. No pude averiguar esto, porque poco despues llegó un amigo de mi huésped a quien éste daba el nombre de "El Filósofo," i así lo llamaré al ocuparme de hablar sobre las ideas científicas de mi huésped en relacion con las emitidas por el recien llegado, dignas de mencion.

Fué recibido por mi huésped el visitante, con la cordialidad injénita que le caracterizaba, e inmediatamente me lo presentó i le hizo mi presentacion, siempre con palabras benévolas i marcada finura.

—Nos iremos para la casa, dijo, pero ántes iremos a pasear los entables de caña para que este caballero que ha venido a visitar el establecimiento, pueda tomar nota llevando así algo nuevo en su cartera i un recuerdo mas en su memoria.

Decia esto último aludiendo a mí. Inmediatamente partimos. Realmente era digno de visitarse ese campo cubierto de la preciosa caña de azúcar, color de oro, con penachos verdes por corona. Tres hombres se ocupaban en cortarla, tres en limpiarla i dos en conducirla para el molino; operaciones que ejecutaban al compas de su canto.

Regresamos, i al pasar por las enramadas del establecimiento, nos obsequiaron los obreros con un refresco rústico i delicioso: habian colocado una mesa cubierta de naranjas, caimitos, nísperos i cocos tiernos partidos en dos cascos; todo esto bajo las

sombras de una hermosa platanera, cuyas hojas de una frondosidad i estension fabulosas, daban al sitio la frescura i el encanto.

—Aquí tienen ustedes, dijo mi huésped, el convite de mi corte i el palacio de mis convites: no hai vasos de oro, ni cristal de Islandia; no hai vinos de la Mancha, ni pudin de Lóndres; pero en cambio tenemos el sabroso néctar i el delicioso jugo elaborados por la madre tierra, servidos en las mismas copas en que fueron fabricados por la jenerosa naturaleza.

Verdaderamente, pudiera despreciarse el lujo i etiqueta de la mesa i los palacios de los reyes en cambio de aquel rústico banquete.

CAPITULO VII.

Especulaciones Filosóficas.

MEDIA hora despues nos hallábamos en la casa, disfrutando del trato amable i delicada finura del Filósofo, el que, segun me informó mi huésped, tenia predileccion por los estudios de la metafísica i le gustaba conferenciar, en sus visitas, sobre ideas abstractas o filosofía trascendente. Yo, que deseaba oirlo, manifesté a mi huésped que me seria mui grato que le suscitara alguna cuestion relativa a ese estudio. En efecto: habiendo salido todos tres por la tarde a gozar de la vista i de la frescura del bosque, llamó mi huésped nuestra atencion hácia una planta cuya flor aprisionaba los insectos que llegaban a posar en el centro de su corola, diciendo:

—Es admirable el progreso que ha venido alcanzando el reino vejetal si contemplamos

que sus primeras manifestaciones empezaron en este planeta por el musgo.

—La naturaleza, dijo el filósofo, ostenta en sus manifestaciones una constante i sempiterna labor en la mejora de todas i de cada una de las obras de la creacion; o mejor dicho, el universo creado marcha en ascension constante en la escala del progreso, bajo la direccion de la fuerza o el espíritu, que es la esencia. Esto desde el globulillo imperceptible a que damos el nombre de *átomo*, hasta los jigantescos soles que pueblan el espacio i que sirven de núcleos de atraccion a las familias planetarias que se mecen incesantemente en las rejiones del éter como lámparas del cielo. Pero se muestra como objeto primordial de la grande obra, el desarrollo i adelanto del espíritu, en el campo científico i en el mundo moral: la ascension indefinida hácia la lucidez.

—Sin duda, dije yo, el progreso es lo mas bello de lo creado.

—No; me replicó, el progreso no es creacion, sino resultado del desarrollo de la creacion.

—Mui bien. Ha dicho usted que la ascension en esa escala es indefinida i esto para mí equivale a decir que el espíritu no alcanza jamas a la perfeccion.

—Así es, verdaderamente. Las criaturas no pueden llegar a un grado de escelsitud que limite su progreso, es decir, a una situacion en que cesaran sus aspiraciones i muriera su esperanza, fuentes de amor, de consuelo i de placer. La escala del progreso es indefinida puesto que en la ascension en ella nunca se puede llegar a la perfeccion absoluta que es cualidad esclusiva de

EL ESCELSO.

—Siendo el progreso indefinido, la materia que sirve de instrumento para alcanzarlo, debe ser eterna ?

—Si usted entiende por eterna, la duracion o existencia indefinida de la materia, no hai una cosa mas evidente ; pues no se concibe lo finito en la obra de lo absoluto emanada de Dios, sino abismándose en la nada, es decir, en la aniquilacion de toda existencia, i esto es un absurdo. Es mas fácil concebir que la materia ha surjido de

la nada, que formarse la idea de su aniquilacion. Sinembargo, juzgo, que se ha tenido una falsa creencia al asegurar que hai algo que proviene de la *nada*, palabra vaga, sin idea de significacion alguna de existencia física o moral. La materia, pues, no viene de la nada: es una emanacion del Creador, que es el Sér por escelencia. I como Él es, ha sido i será suprema actividad e infinito en todo, la materia es coetánea con su esencia divina. ¿Se puede concebir un último instante a la existencia de lo creado?

¿Se puede concebir término a la numeracion de los átomos que pueblan los abismos del espacio infinito?

¿Se puede formar la idea de un último grado en el progreso de los séres de la creacion?

Lo finito solamente existe en nuestra concepcion para hacer comparaciones de un modo relativo. En lo absoluto no hai finito, pues dejaria de ser absoluto. Para Dios no hai finito una vez que en todo es infinito; se dice, la altura infinita i el abismo infinito ¿son dos infinitos? No; es uno i solo

infinito, el espacio. Desde luego que se dividiera el espacio infinito, aun por la imajinacion, dejaria de ser infinito, pues se le hallaria el límite en el punto de la division.

—Volviendo a tratar de lo anterior, he leido en varios autores i entre éstos en una publicacion de M. Littré, la opinion de que la fuerza es un atributo del átomo, así como lo es la estension o la impenetrabilidad. Tambien se ha dicho, que las facultades intelectuales del hombre, no son otra cosa que el resultado de ciertas funciones orgánicas de la materia cerebral o que es un atributo de la masa del cerebro, fundándose esta opinion en que al alterarse la salud de esos órganos, se alteran esas facultades hasta el punto de estraviarlas, produciéndose la locura o lo que se llama enajenacion mental, la manía, la imbecilidad &.ª

—Esa es la base del sistema llamado materialista, pero, nada hai mas erróneo que el tomar el efecto por la causa. Para examinar la opinion sobre si la fuerza (el espíritu) es un atributo de la materia, entraremos en las consideraciones siguientes:

1.ª Qué entendemos por materia;

2.ª A qué damos el nombre de atributo;

3.ª Cuáles son las condiciones necesarias a la existencia de la materia segun nuestros conocimientos actuales.

Espero que ustedes me dispensarán la trivialidad que hallen en la esposicion i exámen de estos puntos, necesarios para aclarar tan importante cuestion. Ademas, mis observaciones no son el *ultimatum* de la verdad científica; son únicamente el producto de la investigacion de ella en el asunto.

Segun el Diccionario de la Academia española i en la acepcion física, "materia es la sustancia estensa e impenetrable capaz de recibir toda especie de formas." Así pues, tenemos que las condiciones de la existencia de la materia son, la impenetrabilidad i la estension, es decir, que estos son sus atributos esenciales, sin los cuales no puede concebirse su existencia.

Atributo es la cualidad o propiedad de alguna cosa; hai atributos esenciales i atributos accidentales. Los atributos esenciales

a la existencia de la materia son, la estension i la impenetrabilidad; los accidentales, varios como la forma, la pesantez, la porosidad &.ª Se concibe mui bien la existencia de la materia sin la fuerza, luego ésta no es atributo esencial de la existencia de aquélla. Son pues dos cosas distintas la materia i la fuerza, luego ésta no debe representarse como atributo de aquélla.

La fuerza es un ente real, que tiene tambien sus atributos propios, que son: la intelijencia, la voluntad i el recuerdo. El *Cósmos* no es otra cosa que la union de la fuerza i la materia; i puede decirse con propiedad que la primera es el sujeto, desde el átomo, puesto que dirije todas las evoluciones de la materia. O hablando con más claridad: puesto que las evoluciones de la materia son, nada ménos que las evoluciones del espíritu o la fuerza impulsiva.

Desde remotos tiempos se ha reconocido en esa dualidad, espíritu (fuerza) i materia, la superioridad del espíritu. En el idioma latino hallamos la palabra *subjetum* para denominar el sér intelijente, i la palabra *objec-*

tum para denotar la cosa o la sustancia material.

La esencia i lo más noble de la creacion, es, la fuerza con sus atributos. Nótese que hago uso indistintamente de las palabras fuerza i espíritu; esto porque en el fondo son una i misma creacion, aunque se le ha dado el nombre de espíritu a lo que anima al hombre i fuerza a lo que impulsa los átomos o los cuerpos. Es verdad que se nota diferencia entre uno i otra, pero esta diferencia no es sino de modo, i consecuencia de su desarrollo por grados desde su primitivo estado de simplicidad hasta el más alto grado de su desarrollo en el planeta.

El pensamiento, pues, tampoco es un producto de los órganos materiales del cerebro, porque la materia es incapaz de producir un efecto de naturaleza inmaterial. Algun filósofo ha dicho, con razon, que, "todo efecto intelijente tiene una causa intelijente." Esto es lo mas lójico. Nótese que todo en el universo se halla enlazado i en relacion por medio de ese espíritu, fuerza

directriz. No hai en la naturaleza cuerpo alguno aislado: los satélites de Júpiter, las lunas de Saturno, la de nuestra tierra &.ª, son hijos de cada uno de estos planetas respectivamente, así como los planetas del sistema solar son hijos del sol, lo mismo que éste es hijo de la gran masa cósmica que forma la nebulosa a que pertenece, siendo ésta a su vez uno de los infinitos grupos siderales que pueblan el universo infinito.

El equilibrio de la fuerza en las masas, constituye la armonía.

Las leyes de la mecánica celeste, son las mismas que rijen los movimientos de los átomos en sus evoluciones químicas. Así, la órbita de cada familia planetaria contiene todo lo necesario para su existencia, nada más, ni ménos, i como hai solidaridad en todo, los mundos se hallan relacionados unos con otros ejerciendo siempre una influencia mutua.

Los cometas son cuerpos celestes que eslabonan los sistemas planetarios o las familias siderales para mantener la relacion

entre ellos i contribuir a la armonía universal.

Habiamos llegado a lo mas espeso del bosque por una senda artificial que conducia a una gruta formada por la arboleda i tupida por bejucos de miosótis, pionías, convólvulos azules i adónis. A la entrada se hallaban suspendidas bellísimas guirnaldas de pionías enlazadas con el miosótis i a los lados los convólvulos i el adónis formaban cortinajes bordados con sus flores.

—Esta es la gruta sagrada, dijo mi huésped, donde venia con mi Emilia a elevar al cielo las oraciones de la mañana, a la misma hora en que las aves entonan con más dulzura sus notas de amor i de armonía.

Este hombre, dije en mi interior, contemplando el arte i la belleza que ostentaba la gruta, este hombre alterna aquí en todas las condiciones de la vida; es señor i siervo, amo i labrador, empresario i filósofo, campesino i poeta; es verdaderamente un tipo singular, digno de respeto i admiracion.

Regresamos a la casa, todos tres en silen-

cio, como si la vista o la presencia de la gruta sagrada nos hubiera inspirado a todos el recojimiento i la meditacion. El Filósofo pidió su bestia i se despidió, ofreciendo volver al dia siguiente.

CAPITULO VIII.

Aventuras de un republicano.

Despues que partió el Filósofo pregunté a mi huésped si me era permitido saber de dónde era ese amigo suyo. Me contestó dándome otra vez su nombre i los detalles que siguen.

—Es un hombre notable, me dijo, por sus ideas i por su carácter, como singular por sus aventuras i por los sucesos de su vida. Manifiesta que es oriundo de la patria del Cid, i refiere varios acontecimientos históricos de la península española; posee con propiedad los idiomas inglés, italiano, frances, aleman i castellano. Hizo la campaña de la Crimea incorporado en el ejército de la Francia, llevado por el amor a su padre que era uno de los jenerales que mandaban una division de aquel Estado. En la toma de Sebastopol salvó la vida a un soldado

frances llamado Remieur a riesgo de perder la suya: este soldado habia quebrantado su consigna i debia ser afusilado por la condena de un consejo de guerra; el Filósofo se presentó en sacrificio, diciendo que él i no Remieur era el autor de aquel quebrantamiento; el soldado fué puesto en libertad i el Filósofo sufrió el arresto i juicio consiguientes, pero su padre obtuvo que se aplazara el juicio que luego fué olvidado. Fué uno de los cómplices de la tentativa de asesinato meditada por Orsini contra Napoleon III, i en consecuencia fué arrestado i conducido a una estrecha prision. Hubiera sido víctima de la venganza como lo fueron sus compañeros, si la Providencia no hubiera presentado la ocasion a Remieur de ejercer los santos oficios de la gratitud, pagando su deuda: éste se halló un dia en clase de sarjento, mandando la guardia de la prision de aquél i le proporcionó su fuga, suministrándole un vestido de cuartel para que saliera disfrazado, i embriagando al carcelero para obtener la llave del calabozo. Logró, pues, escaparse

i fué a parar a su patria, donde permaneció algun tiempo con su padre i una hermana. Conspiró contra la reyedad de Amadeo i fué perseguido; pero consiguió evadirse, dándose a la vela en las playas de Cádiz en un buque norte-americano; esto despues de la muerte de su padre. Llegó a Nueva York, i pocos dias despues se marchó, haciendo parte de una espedicion, para Cuba, embarcándose en el *Virginius;* este buque fué presa de la escuadra española cerca de las playas de la hermosa isla i fueron degollados incontinenti los espedicionarios, escapando solamente unos pocos i entre ellos él. ¿Pero cómo? Lo condujeron a las playas de la Habana i al desembarcarlo i para evitarle la fatiga del camino, le asestaron el golpe de gracia con un puñal, dejándolo tendido en la arena bañado en su sangre a merced de las aves de rapiña. La mujer de un pescador pasó por allí al acercarse la noche, vió el cadáver ensangrentado i corrió a llamar a su esposo para que ejerciera una de las obras de misericordia, si

no enterrando al muerto, arrojándolo al panteon de las aguas.

La casa de aquella mujer distaba de aquel sitio, poco más de un kilómetro, i cuando ella volvió con su esposo, habia desaparecido el muerto.

—Aquí estaba, decia la mujer; alguno ménos cachazudo que tú le haria el servicio. Esto es de todos los dias, estos condenados peninsulares no van a dejar jente buena en la isla.

—Calla, mujer, ¿ya quieres que te envien a Filipinas o que te despachen para el otro mundo? Tus labios necesitan candado; calla, mujer.

Al decir esto sintieron crujir la arena; un hombre se aproximaba; temblaron; la oscuridad de la noche apénas dejaba distinguir un bulto. Acercándose éste, dijo:

—He oido las palabras que han acabado de pronunciar i ellas han alentado mi esperanza; necesito el ausilio de ustedes; necesito que ustedes ejerzan una obra de piedad ocultándome en un lugar donde los bárbaros no me hallen. He sido presa de

ellos i al desembarcar, al salir a la playa, un asesino me dió una puñalada i me dejó tendido como un muerto; el puñal resbaló por una de las costillas i solamente me ha causado una herida que juzgo será superficial. La mayor parte de mis compañeros han sido asesinados en el *Virginius*.

Inmediatamente fué conducido a la casa del pescador i allí le prestaron los servicios que están dispuestas a hacer las almas caritativas.

CAPITULO IX.

La proteccion de una monja.

A LOS cinco dias de haber arribado el *Virginius* llegaba el pescador al convento de monjas carmelitas encargado de llevar un billete a la madre María de la Encarnacion Soler. El billete contenia las palabras siguientes:

" El pescador hablará de la desgracia, si el cielo fuere propicio.

" *Lucio*, hijo de Andres i Eujenia."

Este es el nombre del Filósofo. El pescador debia hacer a la monja una relacion de lo acontecido a Lucio, añadiendo que no contaba con más recursos que los que el mismo pescador en medio de su pobreza podia prestarle.

El laconismo del billete indicaba el temor de un accidente que pudiera hacerlo caer en manos de los que llevan el nombre

de voluntarios (esbirros de la tiranía) i que por él fuera descubierto.

La lectura del billete causó una gran sorpresa a la madre María de la Encarnacion; era una mujer caritativa i deseaba las ocasiones de socorrer a los desgraciados.

Oyó con ansiedad la relacion del pescador i al fin le dijo:

—Buen hombre, que el cielo te proteja por tus buenas obras con ese desgraciado. El bien enjendra el bien, Dios te pagará el ciento por uno. Yo proveeré a las necesidades de ese infeliz hasta ponerlo en salvo. I miéntras more en tu casa, espero que vengas todos los dias a informarme de su estado.

La monja dejó al pescador esperando en el locutorio, i despues de unos minutos volvió i tuvo con él este diálogo:

—¿La casa en donde vives se halla en el poblado? ¿En la ciudad?

—No, señora; se halla a doce cuadras del puerto i cerca de la pequeña ensenada del Morro.

—¿Tienes familia?

—No tengo más que mi tornillo.

—Qué ¿algun hijo?

—Ah! no, señora; mi mujer.

—Cómo ¿no la amas pues? ¿No eres tolerante con tu cara mitad?

—Precisamente por eso me ajusta la tuerca a su gusto; he de hacer cuanto a ella se le antoja. Siempre me está obligando a que dé proteccion a los insurjentes i mal haya el fruto que de ello he sacado; siempre está esponiéndome a que un dia de estos me ahumen la cabeza o me tuerzan el pescuezo.

—Dios te librará de todo mal, pues las buenas obras salvan al hombre de la desgracia. ¿Cuál es el nombre de tu mujer?

—Eufracia.

—Pues bien, llévale estas monedas, por ahora, para lo que necesite i a fin de que sea ella la que venga todos los dias a traerme noticias del que han protejido; así hai ménos riesgo de que te puedan tomar como sospechoso. I a ese desgraciado le entregarás este paquetito.

Al hacer la narracion de la historia de

Lucio, hai necesidad de hacer la de su hermana, pues que hasta cierto punto la suerte de estos dos séres, en su peregrinacion terrestre, estaba ligada; los sucesos del uno tenian su influencia en los sucesos de la otra, i viceversa. Usted recordará que le dije, que ella estaba en España cuando Lucio pudo salvarse de la venganza de Napoleon III, por la tentativa de Orsini. Pues bien, parece que estos dos hermanos vinieron al mundo a luchar con la desgracia, impulsados por la suerte, de azar en azar, así como el marino que amenazado por las borrascas se salva de un escollo para ver luego estrellar su nave contra un arrecife, i salvarse de éste en un bote para ser despues el juguete de las olas i de los vientos. Empezaré, pues, la historia de ella; ya porque es indispensable al referir la de Lucio, como he dicho a usted, ya porque es mui interesante aun aislada de aquélla.

Un anciano precedido por una muchacha se presentó pidiendo a mi huésped limosna; éste se levantó i pasó con ellos al interior, pidiéndome permiso.

CAPITULO X.

El panteon de la familia real.

Despues de haber socorrido mi huésped al anciano, continuó la historia de María: este era el nombre de la hermana de Lucio. María a los quince años de edad, es decir, a los pristinos resplandores de la aurora de la ilusion, era un tipo de la belleza olímpica; hubiera servido a Fídias de modelo para inmortalizar su buril i a los estatuarios de la antigua Grecia para eternizar su nombre, copiando la beldad de sus facciones i los contornos de sus formas, para representar a la diosa de los encantos. Su tierna i lánguida mirada, su dulzura i su gracia, formaban un centro de atraccion poderoso. Bien se puede suponer, que hácia ese hermoso luminar, hácia esa fulgurante i radiosa estrella, hácia ese bellísimo lucero, jiraban, en órbitas diversas, numerosos satélites. No hai nece-

sidad de hacer mencion de su pié lijero, de su talle flexible i de su blonda cabellera; baste decir, que era una hada, o hablando a lo oriental, era una bellísima i encantadora hurí. Usted sabe que entre las mujeres españolas suele hallarse el tipo de la beldad circasiana, con cierto aire gracioso i una soltura peculiar en sus movimientos. María era, pues, una verdadera emanacion de la gracia i de la belleza. Ademas, pertenecia a la nobleza por familia, a la aristocracia por riqueza i a la sociedad escojida por su instruccion e intelijencia.

Entre los pretendientes a su mano, enamorados de sus brillantes dotes, figuraba el príncipe Luis, de la familia Borbon; es decir, uno de los miembros de una de las casas más ilustres de Europa en el sentido monárquico. Este príncipe habia manifestado francamente, al padre de María, que la amaba con delirio, i que estaba resuelto, decidido, a unirse a ella con el vínculo del himeneo, si, como lo esperaba, le concedia su mano. El padre le contestó, que tanto para ella como para la familia seria mui

honrosa tal union; que sinembargo de tener derechos como padre, i de contar con la docilidad de María, era preciso consultarla, porque en proyectos de esa naturaleza debia contarse con el corazon ántes que con la cabeza, una vez que no era un enlace por razon de Estado o de intereses monárquicos; que María, meditando bien para decidir sobre su futura suerte, aceptaria, sin duda, tan brillante como ventajoso partido. Las palabras del padre de María hicieron brillar el faro de la esperanza para el príncipe, miéntras que las de éste anublaron para aquél el cielo de su hogar.

El príncipe tenia veinticinco años de edad; su cuerpo era gallardo, el semblante noble, en el sentido de la bondad, su carácter frívolo i caprichoso; dominado siempre por el espíritu de vanidad, propio de los miembros de toda dinastía; su instruccion era poco más que mediana, su jénio un poco altivo, i de un carácter tenaz en sus propósitos: toda contrariedad lo irritaba hasta el estremo de cegarse.

Otro de los aspirantes a la mano de Ma-

ría, era un jóven de la clase média, de edad de treinta años; su fisonomía era simpática aunque vulgar; tenia ojos chispeantes i espresivos, manifestando, en todo, viveza de imajinacion i claridad de intelijencia: pudiera decirse que el jénio de la inspiracion se hallaba encarnado en él: era filósofo i poeta; esto último es suficiente para dar la idea de su posicion rentística, por no decir de su pobreza. Su nombre era el de Leonídas i su profesion la de injeniero.

No hai para qué retratar a los demas pretendientes a la mano de María, que hemos dicho ya que eran numerosos, puesto que en esta historia solamente figuran en primer término, el príncipe Luis i el enamorado Leonídas.

María, como la flor mecida dulcemente por el céfiro, adormecida por el murmurio de las hojas del bosque i acariciada por las brisas de la mañana, recibia, o hablando con propiedad, soportaba con delicado tino los amorosos requiebros del príncipe; no lo amaba, pero no podia hablarle con franqueza: rechazarlo era lo mismo que dictar un

fallo de persecucion i desgracia contra la familia, contra su padre, contra su hermano, contra ella misma i, sobre todo, contra Leonídas, que era el dueño de sus pensamientos. Por otra parte, al verlo con desden, avivaria la pasion, i se espondria a mayores dificultades. Ademas, advertia que la ira del poderoso desdeñado no se aplaca, sino con los rayos de una venganza sin medida.

Cuando el padre le habló a María sobre las pretensiones del príncipe, ésta enmudeció por algunos instantes; fué para ella esa declaracion una desagradable sorpresa, pues contrariaba sus sentimientos amorosos. El padre la sacó del abatimiento que notó en ella, diciéndole:—Tu voluntad es la que debe decidir; el príncipe tiene sus cualidades i sus defectos, como todos los hombres; la vanidad es su flaco, pero no hai pasion que no pueda domarse; me parece que se te presenta un ventajoso partido. Yo no tengo otro interes que el de asegurar tu suerte para el porvenir; yo me hallo en el último tercio del camino de la

vida i me seria mui grato dejarte convenientemente colocada ántes de mi partida para la eternidad.

Dos lágrimas preciosas se deslizaron de las pestañas de María, como las gotas de rocío ruedan por la corola del inclinado lirio; dirijió una mirada de ternura a su padre i éste la tendió los brazos i la estrechó contra su seno; pasó una escena muda i sentimental por unos segundos. Luego le dijo el padre, que era su deber hablarle así, pero que él no trataba de obligar su voluntad; que ella debia ser el árbitro de su suerte. María respiró.–¡Padre mio! le dijo, yo no amo al príncipe......

El padre, desde la tierna edad de María, habia procurado inspirarle los sentimientos de confianza, franqueza i cariño que las hijas deben tener para con sus padres, como que éstos deben ser salvaguardia de su honor i ausiliares precisos en los peligros que traen la debilidad i la inesperiencia. María le abrió su corazon; sin reticencia alguna le manifestó que amaba a Leonídas. El padre cambió de semblante, mos-

trándose triste i taciturno. Esto, no porque se desvanecieran las gratas ilusiones que tal vez le acudieron al concebir la esperanza de ver a su hija unida en matrimonio con el príncipe, brillando en la corte i mereciendo las atenciones de la aristocracia, no; era demasiado filósofo para ver esa existencia fantasmagórica de oropeles i ceremonias con interes; tampoco se manifestaba pesaroso porque María hubiera elejido a Leonídas entre sus pretendientes para su esposo, pues aunque éste era pobre i de condicion humilde, reconocia en él la verdadera nobleza, es decir, la honradez en sus procedimientos i los títulos del jénio i del trabajo en el desarrollo de la intelijencia: su cabeza i su brazo eran suficientes dotes para que hiciera feliz a su hija. Era que preveia el encono del príncipe al dejarlo desairado; en una palabra, temia la venganza como consecuencia del fuego de la pasion burlada o de la herida mortal hecha a su carácter de ensimismamiento i vanidad. Nada reprochó a María; era testigo de la finura i atenciones que ella observaba

para con el príncipe a pesar de la repugnancia con que ve una mujer los obsequios de aquel a quien no ama.

Era mui natural que pensara así el padre de María, pues el estudio i la esperiencia le habian suministrado el conocimiento del corazon humano; amaba tiernamente a su hija, miraba con desden la nobleza hereditaria de la sangre, que juzgaba como una quimera, i se atenia solamente a los títulos de la ciencia i de la virtud, a la nobleza de sentimientos.

María hizo a Leonídas sabedor de las pretensiones del príncipe i de la declaracion de éste al padre. Al oir aquél lo que se le habia contestado al príncipe enmudeció, su tez palidecia i dos gruesas lágrimas anublaron sus ojos; no pudo contenerlas; creia disipada la vision de su ventura; las palabras de su amada herian de muerte su esperanza. No era creible para él, que teniendo tan temible rival pudiera el padre de María desechar el fausto i ostentacion que debia prometerse para ella, i ésta al enlazar su suerte con la de un personaje como lo era el príncipe

Luis, debia considerarse feliz. Apénas pudo balbucear: "Pero te amo, sí, te amo i...... seré la víctima....." Entónces le dijo María:

—No, Leonídas, no me injuries. ¿No eres mi bien? Qué, me juzgas desleal? ¿Piensas que el brillo de un príncipe seduzca el alma que delira por tu amor? Te perdono, Leonídas; piensa únicamente en los medios que debemos emplear para vencer las dificultades que embarazan la ejecucion de nuestro enlace, i cuenta con que en el último caso, en el último estremo, diré ante el mundo: "Leonídas o la muerte." Mi padre, mi bondadoso padre, no contraría mis sentimientos: yo le he hablado con franqueza, le he descubierto mi pecho i lo sabe ya todo. Habla con él sin temor, con la intimidad i la confianza de un hijo.

Leonídas cayó postrado a las plantas de María, como el ánjel redimido; le dió las gracias, le pidió perdon i, como un holocausto a su firmeza, le ofreció su vida como esclavo, repitiéndole sus juramentos de amor.

El mismo dia se presentó Leonídas al

padre de María i tuvieron una conferencia de tres horas; de ésta salió Leonídas satisfecho i quedó citado para el dia siguiente, con el objeto de entrar en la discusion de los medios que debieran adoptarse para llevar a efecto su proyectada union matrimonial; así como para escojitar las medidas a propósito de evitar la ofensa al príncipe i la venganza que éste, por su amor propio ofendido, descargaria contra la familia.

Al dia siguiente concurió a la cita a la hora señalada, llevando en su imajinacion un plan que, obteniendo la aceptacion de María i de su padre, los salvaria del resentimiento i venganza del príncipe; esto, si era ejecutado con destreza i se preparaba todo lo necesario al efecto. Habia en la ejecucion de ese plan algun riesgo, pero estaban en el predicamento de jugar el todo por el todo. Era el siguiente: María a los ojos del príncipe debia pasar por muerta: para ello se finjiria enferma i postrada en su lecho por el tiempo de una semana; al fin de ésta se le suministraria un narcótico en la dósis suficiente para que sus miem-

bros fueran paralizados por cincuenta horas; tiempo necesario para hacer las exequias e inhumacion. Pasadas las ceremonias fúnebres, seria extraida de la bóveda la noche del dia de la funcion mortuoria, e inmediatamente seria conducida por Luis a una de las Antillas a donde la seguiria Leonídas pasados unos tres meses. Reunidos en consejo, Lucio, María, el padre i Leonídas, fué aceptado el plan de éste i se procedió a preparar todo para llevarlo a término. Quince dias despues, María cayó enferma; se le puso a su cabecera un médico afamado. El príncipe no salia de la casa sino a las horas en que era indispensable su presencia en la suya. A los pocos dias, un grito del ama que la servia anunció su muerte. El príncipe sufrió un vértigo i cayó de sus piés. Los oficios del médico se contrajeron a su cuidado; lo hizo conducir a su casa inmediatamente. La noticia de la muerte de María se divulgó por toda la ciudad con la celeridad del rayo. Todo el mundo ocurrió a ofrecer los últimos servicios a la infeliz niña. Las exequias fueron pomposas;

tuvieron lugar al dia siguiente de su muerte; ésta habia acontecido el ocho de enero a las once i média de la noche.

Cuando iba la procesion fúnebre para el cementerio, despues de la funcion de iglesia, a inhumar el cadáver, se presentó el príncipe, lloroso, pálido como la muerte, i exijió que condujeran el cuerpo de María al panteon que guardaba los restos de la familia Borbon, al último asilo de sus deudos. Lucio i su padre, que precedian el convoi, se detuvieron indecisos i como petrificados de espanto. El panteon de la familia de los reyes era inaccesible para penetrar en él por otra parte que por sus puertas, las que estaban aseguradas por verjas de hierro i pesados cerrojos. Sinembargo, habia que acceder a la exijencia del príncipe i se accedió en efecto; no debia contrariarse.

Las puertas del panteon jiraron sobre sus goznes i la procesion llegó al pié de una de las bóvedas suntuosas que decoran aquel monumento donde yacen los despojos de la familia ilustre. Previo el oficio de difuntos, fué colocado el cuerpo de María en esa bóveda

i ésta fué inmediatamente cerrada. Sobre ella se incrustó una losa de mármol negro en la que habia hecho poner el príncipe con letras de oro el siguiente epitafio:

"Aquí yace marchita para siempre la flor de mi esperanza: María, la perla de España i la felicidad de un príncipe de la familia Borbon."

Pudiera haberse agregado al epitafio: "I la ventura de Leonídas."

A prima noche se divisaban tres bultos entrando al panteon al favor de las sombras. Uno de ellos debia ser el empleado real encargado de las llaves i de la seguridad de esa mansion sagrada. Poco tiempo despues se levantó la luna en el oriente como sobre un paño mortuorio i disipó las tinieblas, iluminando plenamente los objetos con su plateada luz. Entónces pudo verse clara i distintamente que dos hombres embozados con largas i protectoras capas, calando sombreros alones, se paseaban delante de las rejas de la entrada del panteon, como ejerciendo el oficio de centinelas. Uno de esos hombres era el príncipe; velaba como si

temiera que fueran a robarle el tesoro de su desgraciado amor, encerrado en la tumba. Estaba dominado por esa clase de presentimientos que son verdaderas intuiciones del alma, visiones confusas del espíritu, veladas por la envoltura material que ofusca i no permite ver con claridad. El otro era un caballero que acompañaba al príncipe.

Dejemos a María en la mansion de los muertos i volvamos a la casa del pescador, pues interesa llevar estas dos historias a la vez. Este habia regresado del convento de las carmelitas; entregó a Lucio el paquetito i refirió a Eufracia, su mujer, el resultado de su entrevista con la monja.

—¿Ya ves? le decia Eufracia, nunca se pierde el tiempo en darles la mano a estos pobres insurjentes. Ya ves que tus escusas i temores de que te cojieran los voluntarios no tienen fundamento. Siempre te resistes, como la mula resabiada, a seguir mis consejos. Ahora seré yo la que hable con la buena monja; ya no tendrás miedo de que te pesquen como arenque en las calles. Ahora lo que importa es atender al caballero; hai

que mudarle las hilas, yo sé bien este oficio; de algo me habia de servir el tiempo que me arrestaron en el hospital para que curara a los heridos. Toma este pedazo de trapo i las preparas miéntras voi a tibiar el agua. La herida es gorda; se advierte que el asesino intentó enviarlo de redondo al otro mundo; pero como nadie muere la víspera......

Lucio abrió el paquetito que recibió sellado. Cualquiera se puede figurar que el contenido era oro amonedado o billetes de banco, pero se equivocaria, era solamente un escapulario de seda bordado con la vírjen del Cármen. La monja quiso probar si le era entregado a Lucio sin quebrantar el sello, pues en una tira de papel habia escritas estas palabras: "¿Lo ha recibido usted intacto?" Ella esperaba contestacion.

Al siguiente dia a las ocho de la mañana llegó Eufracia al convento con un retazo de papel en el que Lucio habia escrito únicamente: "Sí; sellado," i la mujer del pescador llevaba instrucciones para responder a las preguntas que le hiciera la monja. En

efecto, despues de entregado el papel fué preguntada:

—¿Cuál es el estado de ese pobre?

—Está mejorado, señora, gracias a mis cuidados, yo sé el oficio, no se me resiste ninguna herida cuando no han acertado a darla de lleno.

—¿Podrá embarcarse pronto?

—Eso sí me parece peligroso; por tanta prisa podria marchar a la eternidad.

—Entónces, la herida es grave.........

—No, señora, quiero decir, que los sabuesos están rabiosos con las presas del *Virginius* i le pueden seguir el rastro.

—Es decir que si pudiera irse con seguridad no le embarazaria la herida?

—Pues...... en un caso de apuro...... pero, seria mejor que aguardara unos ocho dias i yo me comprometo a cerrarle en ese tiempo la herida; i ademas necesita buenos alimentos para que le vuelvan las fuerzas, porque fué mucha la sangre que derramó por la herida.

Ya la monja tenia preparada una canastilla provista de pastillas de chocolate, biz-

cochos i otros comestibles i se la entregó a Eufracia diciendo:

—Esto es para que cuiden al herido, va tambien ese paquetito que debe entregársele.

Luego le dió un escudo diciéndole: "Este es para la cirujana Eufracia."

Antes de las diez estaba ésta de regreso, entregando a Lucio la canastilla i el paquetito. Llegó haciéndose lenguas del cariño i jenerosidad de la monja. "Es una santa," decia.

CAPITULO XI.

El acto solemne de la oracion.

OYENDO a mi huésped esa historia, yo estaba embebido, i él mismo se habia olvidado del convite que el dia anterior nos habia hecho a mi compañero de viaje i a mí, para ver el lago i el bosque a la luz de la espléndida luna, i no habiamos recordado que debiamos tomar algun alimento corporal. El arjentado i luminoso disco del hermoso satélite alzándose con perezosa majestad sobre el horizonte, nos advirtió que era la una de la mañana. Estábamos sentados en un gabinete que daba vista al bosque; nos levantamos entónces i alcancé a ver el brillo de las tranquilas aguas del lago i a su márjen los árboles corpulentos que parecian a esa distancia jigantes puestos de pié, coronados de guirnaldas.

Es ahora la ocasion, dije a mi hués-

ped, de acercarnos a contemplar el panorama que, segun usted ha dicho, ofrecen los tres encantos de esta mansion: el jardin, el bosque i el lago iluminados por la luna.

—Perdóneme usted, habia olvidado todo; pasemos al comedor; me he descuidado de nosotros mismos i nadie nos ha llamado; esto porque, como a veces viene por la noche el Filósofo i pasamos con él luengos ratos en conferencia, he dado órden a la jente de mi casa para que no venga a interrumpir por razon del servicio; pero vamos, hallaremos algo preparado para no prolongar el ayuno.

Pasamos al comedor.

Sobre la mesa se hallaba servido lo siguiente: un charol colmado de bizcochuelos, pan i queso; una dulcera provista de frutas en almíbar, * una bandeja con carnes, otra con pastelillos i la loza i cubiertos de ser-

* Los dulces o conservas de dulce que se confeccionan en el Cauca, son una especialidad entre todos los conocidos en Colombia; llevan por lo regular, ademas de la grata canela de Ceilan, los perfumes de la vainilla i del *quereme*, productos de ese mismo suelo.

vicio. En un estremo de la mesa habia una especie de cafetera u ollita de Papin, con chocolate frio. Mi huésped tomó una bujía i le puso fuego a la pequeña lámpara de alcohol que se hallaba debajo de la marmita, diciéndome luego:

—Tomemos asiento, i vamos dándole satisfacciones al apetito, miéntras tanto estará preparado el chocolate; dentro de tres minutos. Estos pobres sirvientes mios, tienen ocupacion material durante el dia i es mui justo dejarles libre la noche para que descansen. Ademas, ellos se despiertan i se levantan a los primeros albores de la mañana i es justo contemplarlos, haciéndoles ménos pesada la carga; por todo eso, no los llamo en el curso de la noche, sino en un caso estremo, i yo mismo hago sus oficios, como ahora.

Diciendo esto se levantó i dirijiéndose a la marmita, tomó un molinillo que tenia en el estremo superior dos correas angostas envueltas, la una en sentido contrario de la otra, lo puso dentro de la marmita i valiéndose de éstas hizo jirar en ámbos sentidos

el molinillo, quedando así batido el chocolate en ménos de un segundo; tomó luego la marmita por el manubrio i sirvió las dos tazas, rebosando en ellas la provocadora espuma.

—No tenga usted recelo, me dijo, porque haya permanecido el chocolate frio en esta olleta, pues no es de cobre; en el servicio de la casa perteneciente a la cocina, no hai vasija alguna de ese metal, que he proscrito por los perniciosos efectos que produce en la salud el uso de utensilios de cobre. Esta chocolatera es de fierro por fuera, i por dentro de porcelana. Muchas veces las enfermedades en la familia provienen de la falta de aseo o de precauciones respecto de las vasijas del servicio culinario, i no hai mas editor responsable de esos descuidos, que la mujer encargada de dirijir los oficios de la casa.

Despues de haber hecho los honores de la mesa, dijo mi huésped:

—Está espléndida la luz de la luna, podiamos dar un paseo cerca del bosque, pero son las dos de la mañana i es mui justo

ir a buscar el nido, pues solamente nos quedan tres horas para gozar del sueño.

Tomó una luz, me condujo al dormitorio i se despidió.

Pasó la noche; desperté i salí cuando la luz del sol empezaba a iluminar el valle. Me dirijí al bosque i entrando en él, tomé la senda que conducia a la gruta de las guirnaldas. Ya cerca de ella, ví a mi huésped postrado de rodillas en oracion en el dintel de la gruta; la paloma compañera gorjeaba con su encantador arrullo dentro de esa poética enramada. Me devolví con paso liviano, respetando su recojimiento i santa ocupacion. Era su hora solemne: la criatura se hallaba por medio de la oracion comunicándose en espíritu con su Creador. Mi llegada imprudente le habria hecho descender del empíreo a donde se eleva el espíritu en la contemplacion del Gran Sér para darle gracias por su bondad, por su amor i por su misericordia. Despertarlo de su éxtasis, habria sido una profanacion. Me devolví, repito, crucé por otro sendero i al pié de un hermoso i bellísimo písamo, do-

blé la rodilla i empecé a orar alzando mi espíritu a las rejiones del infinito en alas de la fe. Yo, incrédulo obcecado, creyéndome en posesion de la verdad filosófica, proclamada en "El sistema de la naturaleza" de Holbac; creyéndome dueño de los secretos del mundo, de los misteriosos fenómenos del nacimiento, de la vida i de la muerte, juzgándolos como obra ciega del acaso, emanados nada mas que del movimiento que impulsa la materia; creyéndome superior a la multitud de las jentes que persiguen la sombra como un objeto real, formándose ilusiones fantásticas de otro mundo mejor i de otra existencia gloriosa despues de haberse convertido nuestra humanidad en polvo al desaparecer del teatro de la vida, yo, digo, me postré humillado a orar. ¿Fué una inspiracion? Aún no lo sé: el acto humilde de recojimiento i adoracion en que hallé a mi huésped delante de la gruta del bosque, me pareció sublime, sí, me pareció sublime, majestuoso, i me hizo sentir algo supremo i edificante, digno, mui digno de imitarse. Oré i me sentí como inun-

dado en una atmósfera suave i deliciosa; perdí la tierra elevándome al cielo: era que mi alma abandonaba la materia para remontarse a la mansion de los ánjeles. Pedí entónces a Dios que iluminara mi espíritu ofuscado por las sombras é imbuido en las ideas de las teorías filosóficas sobre el materialismo, rogándole que disipara las tinieblas del error en que me hallaba.

Al levantarme del suelo, cayó una lluvia de flores sobre mi cabeza, * i los *chicaos* ** con su amorosa voz, dulce i canora, inundaron el aire de armonía. Yo habia recibido el bautismo del espíritu por el espíritu. Ya estaba inclinado a creer en la existencia del sér espiritual. En aquella mansion hechicera, habia encontrado a Dios, o se me habia hecho visible a los ojos del alma: la

* El písamo que en otros paises lleva el nombre de *cámbulo*, es un árbol frondoso que al empezar el verano se despoja de su lujoso vestido color de esmeralda i se viste con un manto de grana formado con sus flores que reemplazan a las hojas, i hai veces que deja desprender en lluvia sus corolas, alfombrando el suelo que lo sustenta.

** Toches.

naturaleza con su lenguaje elocuente i espresivo, llevó a mi espíritu la conviccion de la existencia del Autor escelso de toda belleza, de toda hermosura, de toda maravilla, de todo lo creado en el universo. Yo me sentia dignificado por mí mismo, reconociendo el oríjen de mi sér i la conciencia de mi Yo, distinto de la materia. Ya no era esa quimera del acaso, para mí, la fuente de los sucesos del mundo; así como dudaba ya de que la naturaleza material fuera la productora de la idea i la madre jeneratriz de la armonía universal.

Me parecia que estaba saliendo del caos de las tinieblas a un cielo de luz i de esperanza. A la miserable, triste i aterradora creencia del aniquilamiento del sér en la hora de la muerte, se habia sustituido en mi alma la intuicion clara i evidente de la inmortalidad de mi esencia humana. La flor, el ave, el cielo, el aire, tenian un mismo idioma i resonaban para mí, con un mismo acento, diciéndome: hai una INTELIJENCIA SUPERIOR, infinitamente sábia i poderosa que preside el universo; un Sér benigno

i amoroso que se recrea en las bellezas que surjen de su grande obra en el constante juego de las evoluciones de sus criaturas. Tal fué la influencia bienhechora de la oracion sobre mi espíritu apenado.

Desde entónces fijaba mi atencion en todas las obras de la infinita sabiduría: las bandas de nubes multicolores que decoran el Oriente al aparecer el faro que forma nuestro claro dia; los vívidos i brillantes celajes que deja en pos de sí ese sol que muere o que se oculta; los copos blanquecinos que ostentan los vapores en la atmósfera, imitando todas las figuras conocidas e imajinables; la reverberacion del aire azul en el espacio; el brillo del relámpago; el estallido de la tempestad; la sublevacion majestuosa e imponente de las olas del océano, el calor i el frio, la luz i la sombra, todo se manifestaba para mí, dominado por el órden i presidido por la armonía.

En aquella mañana, sí, bajo de aquel bosque fresco i oloroso, acariciado por el aura i embellecido por la luz, repito, mi espíritu recibió el bautismo de la rejenera-

cion. Al meditar profundamente en todo esto, se renovaron en mi memoria las esplicaciones que el dia anterior habia hecho el Filósofo sobre el Cósmos i concebí, distintamente, la superioridad del espíritu sobre la materia.

CAPITULO XII.

La expiacion.

En esa mañana de la oracion, en el bosque, cuando yo salia de la enramada, ví a mi huésped que, de la casa, se dirijia a mi encuentro. Al acercárseme tendió la mano i, con su cariño, dulzura i jenial sonrisa, me dió los *buenos dias*, preguntándome luego, cómo habia pasado la noche.

Al llegar a la casa llegó uno de los obreros del establecimiento i refirió, que seis disfrazados habian robado varios objetos, la noche anterior, en una de las casas de campo de la vecindad; haciendo relacion detallada del suceso.

Mi huésped se quedó por algunos instantes pensativo, i cuando el obrero se retiró de allí, entramos al gabinete i me dijo:

—El vecino a quien los ladrones han robado, debe dar gracias a la Providencia.

—¿Por qué? le pregunté yo.

—Porque ese contratiempo es acaso una expiacion. Dios, en todo, es suprema justicia, así como es misericordia suprema.

—I bien, ¿qué provecho puede obtenerse para la enmienda cuando no se sabe que el perjuicio sufrido es en realidad la expiacion de una falta?

—Amigo mio, la conciencia lo hace advertir: siempre que se nos hace mal, recordamos el que nosotros hemos hecho, i hai veces que el daño que se nos hace, es de la misma especie i aun con los mismos caractéres que el mal que hemos causado. Yo puedo referir a usted varios hechos históricos en confirmacion de esta última hipótesis, si puede tenerse por tal. Es el siguiente uno de ellos:

En uno de los primeros años de mi estudio en el colejio de San Bartolomé de la capital de la República, paseando un dia por la alameda que conduce a San Diego ví un grupo de hombres que conducian al hospital de caridad a un indio moribundo, con el cráneo abierto i todas sus facciones i vesti-

do bañados de sangre. Ya puede usted suponerse cuál seria la curiosidad o el deseo de saber quién habia sido el agresor i cuál habia sido la causa. En efecto, en toda la ciudad se refirió el hecho de la manera siguiente:

En una de las haciendas de la Sabana de Bogotá, cerca del cerro de Suba, solian los indios de la vecindad, echar a pastar sus ganados ocultamente en los potreros de esa hacienda, aprovechando para ello las noches oscuras. El mayordomo de la hacienda, Manuel Rios, habia reconvenido varias veces a los indios por tal abuso i aun los habia amenazado, diciéndoles que los castigaria si llegaba a encontrar sus ganados dentro de algun potrero de dicha hacienda. Una noche en avanzadas horas se propuso ir a ver si hallaba esos ganados en los potreros. Ensilló un caballo, se terció un machete i salió. Efectivamente halló los ganados en uno de los potreros i a cuatro indios pastoreándolos. Al hacer a los pastores una fuerte reconvencion, el más atrevido de éstos le contestó con dureza i en el acto sacando

Rios su machete, acometió al indio i le partió el cráneo, postrándole al suelo. Viendo Rios que le habia dado la muerte, volvió a la casa de la hacienda, tomó otro caballo mejor, se echó lo que pudo a los bolsillos i partió, escapando de la persecucion de la justicia. El indio murió el mismo dia. Luego que se dió el denuncio del hecho a la autoridad, se dictaron las órdenes del caso para aprehender al delincuente, i aun se libraron exhortos requisitoriales a los alcaldes de varios distritos. A los tres dias se tuvo noticia de haber visto a Rios en la venta de "Sisga" i en direccion al Norte por el camino de Tunja. Se juzgó entónces que iria a refujiarse a Sogamoso, de donde era oriundo, i en el acto se mandaron requisitorias a las autoridades de aquella poblacion i a las de las comarcanas de ella. Mas tarde se supo que efectivamente habia llegado a Sogamoso i que ausiliado por sus parientes habia partido sin demora para Venezuela. Por ese tiempo no existian, con esa nacion, tratados sobre estradicion de reos. Que-

dó pues a salvo de la persecucion de la justicia terrenal.

Tres años despues de aquel suceso, hice un viaje a la ciudad de Vélez, entónces capital de la provincia del mismo nombre, i hallándome un dia en la casa del Gobernador, que lo era el doctor Anjel María Flórez, hombre instruido, de grandes dotes intelectuales i severo en el cumplimiento de sus deberes, llegó un posta con un pliego de oficio dictado por el director del presidio que estaba destinado a la apertura del camino del Carare. El contenido, poco mas o ménos, era el siguiente:

"Hoi (7 de febrero) la 3.ª seccion del presidio de la que era capataz Manuel Rios, estaba trabajando en la rocería o desmonte, cerca de Guayabito. Dicho capataz fué insultado por Eusebio Gachapá, natural de Güepsa, porque Rios lo reconvino porque no trabajaba; entónces éste lo amenazó i en el instante Gachapá le dió con el *calabozo* de rozar un machetazo que le abrió en dos el casco de la cabeza, dejándolo en el sitio sin vida."

En el momento me vino a la memoria la muerte del indio de la hacienda de Suba i me sorprendió el oir el mismo nombre del que le habia dado igual muerte, i me atreví a preguntar, si ese capataz Manuel Rios era de la província. Subió de punto mi admiracion cuando se me dijo: "No; este hombre es oriundo de Sogamoso. Estuvo en Venezuela donde hizo una gran pérdida en el comercio de mulas i habiéndose venido, llegó a esta ciudad recomendado por un pariente suyo para obtener el destino de capataz en el presidio de Carare. Segun los informes de la recomendacion, era un hombre que sabia cumplir sus obligaciones satisfactoriamente i se le dió el espresado empleo. Es de lamentarse su muerte porque a la verdad era uno de los mejores empleados."

I bien, amigo mio, ya ve usted la coincidencia; murió de un machetazo, partido el cráneo como el indio que él mató. Yo podria referir a usted muchos acontecimientos que, en cierto modo, confirman el cumplimiento de aquella sentencia que dice: "Con la vara que mides, serás medido." Danton,

Marat, Robespierre, que hicieron rodar las cabezas de sus conciudadanos por las gradas de la guillotina ¿no llevaron igual muerte, cayendo bajo el filo de la cuchilla? Solo que Marat no alcanzó el honor que sus compañeros, pues cayó herido al golpe del puñal, dado por el brazo de una mujer.

CAPITULO XIII.

Existencia del alma—su inmortalidad.

HABLANDO mi huésped sobre algunos hechos en el órden moral, que sorprenden i que no pueden esplicarse de un modo satisfactorio, me decia:

—La humanidad apénas está iniciada en esos misterios.

Luego me preguntó si yo habia leido la obra titulada "Maravillas celestes" de Flammarion. I habiéndole contestado que no, me dijo: usted tendrá un rato de recreacion, leyéndola miéntras voi a dar una vuelta al *injenio*. En el estante de los libros la hallará usted. Le dí las gracias i pasé a la pieza de la librería. El partió.

Tomé el libro i me abismé en las profundidades inconmensurables del cielo: mis ojos veian las planchas que representan las nebulosas i mi espíritu sufria el vértigo,

contemplando en una sola de éstas, millones de millones de soles. Tratando el sabio estudioso Flammarion de la *Via láctea* solamente, dice:

"William Herschell, con ayuda del poderoso telescopio construido con sus propias manos, pudo hácia el fin del último siglo, enumerar las estrellas que comprende esta zona: emprendió su trabajo, dividiéndolo por partes. Su constancia fué coronada del mejor éxito por una hábil comparacion entre las partes máximas de condensacion de las estrellas, i aquellas en que toca en su mínimum, i por el exámen del espacio ocupado por estos anillos inmensos, el gran observador encontró que la Via láctea no encierra ménos de *diez i ocho millones de estrellas.*

"¡Diez i ocho millones de estrellas en la banda ecuatorial de la nebulosa a que pertenecemos! I no es ese el número total de que se compone, pues no hemos tratado aquí de las partes laterales de este jigantesco conjunto: que todas las estrellas situadas a una i otra parte del plano de con-

densacion, no están comprendidas en este número."

Mas adelante dice: "La Via láctea no es única: todas las nebulosas del Universo son otras tantas vias lácteas mas o ménos parecidas a la nuestra."

Me enajené, me embebí en la lectura de ese precioso libro que conduce al espíritu a las rejiones del éter para decirle: hé ahí levantada una punta del ropaje inmenso i majestuoso del Universo, revelando la grandeza, la sabiduría i la bondad infinitas; hé ahí en esos quintillones de quintillones de planetas, de estrellas, de soles, de mundos, que se ostentan a la mirada de una débil criatura, una puñada de polvos de oro lanzados al espacio por la mano del Creador, como un destello de su belleza, como una manifestacion de su poder, como un vislumbre de su gloria, diseminados en el espacio para formar miriadas de miriadas de estrellas.

Me hallaba estasiado leyendo las "Maravillas celestes" cuando se me presentó el Filósofo i saludándome con marcada entona-

cion a fin de que le oyera, me sacó del éxtasis, pidiéndome perdon por haberme interrumpido, i me instó para que siguiera la lectura. Le dí las gracias i empezó el diálogo siguiente:

—Me es mui grata la presencia de usted, le dije, i me he felicitado por haber tenido la fortuna de haberme hallado ayer aquí a tiempo de su visita, porque me ha proporcionado el honor de entrar en relaciones con usted, las que me serán provechosas. Como viajero voi acopiando en mi cartera observaciones útiles, i en mi alma un tesoro de impresiones.

—Doi a usted las gracias por los jenerosos conceptos que se ha formado i que no merezco. Juzgo que yo soi el protejido con la amistad ofrecida por usted. El viajero investigador, tiene mas que ofrecer, que recibir. El solo hecho de haberse dedicado a viajar para obtener el tesoro de que me habla, es suficiente para felicitarme por la ocasion de nuestro conocimiento.

—Debo ser franco, yo no me he dedicado a recorrer el mundo con tal objeto; he

abandonado mi patria, huyendo de la desgracia que ha desolado mi casa: perdí en el curso de quince dias a mi esposa, mi madre i dos hijas, es decir, los séres que se hallan identificados con el padre de familia, haciendo parte de su existencia i de su bienestar, i sobre toda desgracia deploro el haberlos perdido para siempre! verlos hundirse en el abismo de la nada!!!............

—No, amigo mio, no hai en lo creado nada que se aniquile: esos séres amados cuya muerte lamenta usted, existen aún, i únicamente han dejado sobre la tierra los despojos carnales. Es lei eterna la trasformacion de la materia, pero el espíritu le sobrevive, es la esencia del sér humano, que así como el perfume de la flor sube al cielo al marchitarse o al morir.

—¡Oh si yo pudiera beber en la fuente de esa filosofía! Hace tiempo que vago errante como el viajero perdido en los tostados arenales del desierto, buscando el agua que pueda refrescar mi frente, ardida con el infierno de la duda.

—Supongo que usted como sér inteli-

jente i hombre instruido, reconoce la existencia de Dios.

—Confieso a usted, que he nutrido mi intelijencia con las ideas de la filosofía del siglo; en el estudio de la ciencia de la medicina a que me he dedicado, he inquirido ese misterio de la vida, he buscado con el escalpelo en la mano esa alma, ese sueño de la humanidad, esa esencia vaporosa cantada por los poetas i acariciada por los sacerdotes; i no he hallado sino una masa nerviosa formada por tejidos en que se halla el fósforo preponderando entre otras sustancias que organizadas forman redes de hilos conductores de la electricidad, que superabunda en el hombre; pero,nada, absolutamente nada estraño a la materia; nada que presente cosa distinta de la materia, nada físico que revele eso a que dan el nombre de espíritu. Ademas, está plenamente comprobado, que a las perturbaciones orgánicas del cerebro, corresponden indefectiblemente perturbaciones en la intelijencia. ¿Esto no demuestra que el organismo es el todo i que las facultades que se atribuyen a un

sér quimérico, son nada mas ni ménos que los resultados de las funciones orgánicas netamente materiales?

—Declaro que no soi mui fuerte para que pudiera llevar a su espíritu la conviccion contraria a las ideas que usted ha conquistado en sus estudios i observaciones; pero concentraré mi pensamiento i ensayaré mis fuerzas, siquiera para iniciar cuestiones que usted mismo resolverá con su clara intelijencia.

Primero haré a usted algunas observaciones comparativas i en relacion con las que usted ha hecho en sus estudios filosóficos, patolójicos i quirúrjicos ¿Existe en los cuerpos de la naturaleza el fluido eléctrico?

—Existe, no hai duda.

—Pues bien, sostituya usted al escalpelo el instrumento que juzgue mas a propósito a fin de hallar esa alma de los cuerpos inorgánicos, ese fluido que los penetra. ¿Lo verá usted? ¿Podrá usted atraparlo?

—Para eso me basta desarrollar el fluido i así hago constar su presencia por la atraccion o por la chispa.

—Pero la atraccion i la chispa no son el fluido.

—Son sus efectos.

—Esactamente, así como el pensamiento i la palabra son efectos del alma. ¿Le parece que el símil conduce a la siguiente conclusion? La circunstancia de no ver o hallar alguna cosa que se busca, no es razon para negar la existencia de ella.

—Evidentemente.

—Luego el hecho de no hallar el alma con el escalpelo, no prueba que ella no existe.

Ahora vamos a valernos de otro símil con respecto a la alterabilidad o perturbacion de las manifestaciones del alma a consecuencia de las perturbaciones fisiolójicas de los órganos del cerebro. Si colocamos una luz dentro de una bomba o lámpara de cristal puro, iluminará la pieza en donde se halle, con cierta claridad ¿no es cierto?

—Así es.

—Esa lámpara o bomba se deja descuidada, se cubre de polvo con el tiempo, en una palabra, se mancha, i en ese estado coloca-

mos la misma luz que ántes habiamos puesto en ella ¿quedará la pieza en donde se halle, igualmente iluminada i tan clara como estaba cuando el cristal se hallaba limpio?

—Claro es que no.

—¿I la opacidad proviene de que la luz haya disminuido o de que se hayan modificado sus rayos?

—Tampoco.

—Luego la dificultad de las manifestaciones de la luz depende nada ménos que del estado en que se halle la lámpara o bomba. Una cosa mui semejante sucede con las manifestaciones del alma que es la luz colocada en la bomba del cerebro. I de aquí viene la desigualdad de las intelijencias. Es mui comun el tomar por causa el efecto o lo que aparezca cerca del hecho que se quiere examinar.

Al efecto voi a presentar a usted un ejemplo de un hecho mui comun en la jente del pueblo. El humo i los vapores, en un dia de verano, quitan a la atmósfera su diáfana trasparencia; al llegar el sol al

Ocaso se presenta de color de sangre al traves de esos vapores; las jentes ignorantes juzgan que el astro de la luz es el que se ha puesto rojo i sinembargo no hai error mas craso: el sol en nada se halla afectado por la capa atmosférica que opaca sus rayos. Algo así acontece a los fisiolojistas, que, con perdon de usted, toman a veces por causas los efectos.

— Verdaderamente lo espuesto destruye los argumentos aducidos, pero no prueba la existencia del alma.

—Mui bien, allá iremos; por ahora creo haber obtenido el triunfo de echar al suelo esa fortaleza en que se han encastillado los que niegan la existencia del alma fundados en que no la ven o en que las peturbaciones orgánicas del cerebro modifican las manifestaciones de la intelijencia.

Ahora vamos a entrar en el fondo. Usted sabe que los átomos viajan incesantemente en torbellino perpetuo como incansables obreros de toda edificaciom material, i que ora brillan en la seductora pupila de una mujer, ora en la cútis de ébano del etiope;

ya posan en la corola de las flores, ya se escapan en el perfume de ellas; ora se adhieren a las rocas, ora vuelan en corrientes de gas, i siempre sirviendo a las figuras i formas de los cuerpos, como artistas obligados, pero en esencia libres en sus evoluciones de eterna actividad. Pues bien: esos átomos forman el cuerpo humano, pero transitoriamente; de manera que pasado cierto período de tiempo que han morado en los cuerpos orgánicos, son reemplazados por otros; así las sustancias materiales que constituyeron mi cuerpo en la infancia, no fueron las mismas que lo formaron en la juventud, i éstas tampoco fueron las de mi edad adulta &.ª, i segun las observaciones científicas, a los siete años se halla completamente renovado el cuerpo animal; i sinembargo el Yo, la esencia pensadora, el espíritu, es el mismo: uno e indivisible, invariable, persistente e impalpable. Si el alma fuera el efecto de las combinaciones i trabajo de los átomos i de las funciones de los órganos materiales, constituyéndola el organismo, ¿no debia desaparecer o cambiarse

al escaparse aquellos i venir otros? Las funciones de los órganos cerebrales renovados cada siete años ¿no nos debian hacer necesariamente aparecer un Yo correspondiente a ellas, distinto del que produjeron las de siete años ántes? La evidencia que nos asiste del Yo persistente arguye lo contrario, i esto hace reconocer que la voluntad, la memoria, la intelijencia, no pertenecen á la materia organizada como producto de ella; i siendo estas facultades efectos intelijentes, su causa debe ser intelijente, i esa causa es el Yo, el espíritu.

Mas, como una confirmacion de lo espuesto, fíjese usted en las formas i fisonomías diversas de las diferentes edades de un mismo individuo: la infancia, la juventud, la edad adulta i la ancianidad, tienen sus faces correspondientes i distintas de tal modo, que frecuentemente nos sucede que nos hallamos con un hombre que fué condiscípulo de escuela i que solo por algun accidente estraño a su fisonomía, lo reconocemos. Insisto en esto porque es importante....

Diciendo lo último sacó de su bolsillo una

cartera, i de ésta un pequeño álbum de retratos; de éstos me presentó el de un niño rubio, rollizo, su cabello color de oro estaba graciosamente rizado.

—¿Conoce usted el orijinal de este retrato? me dijo.

—No, señor, creo no haberlo visto.

Entónces me presentó el de un jóven gallardo, de vivaces ojos i cabello melado; su vestido era de militar.

—¿Recuerda haber visto el de este otro?

—Tampoco.

Luego me puso a la vista un tercer retrato; era el de un hombre algun tanto obeso, de fisonomía adusta, mirada penetrante i cabello totalmente negro así como la barba, que era mui poblada i abundante, i me dijo:

—Creo que éste sí va usted a decirme de quién es.

Me fijé mucho, me parecia haber visto una persona semejante, pero mi recuerdo era mui confuso; al fin le dije:

—Yo creo haber visto a alguna persona

de facciones semejantes, pero a la verdad no se me presenta el recuerdo con claridad, tal vez no conozco el orijinal.

Ultimamente me presentó el de un hombre de barba i cabellos plateados, de fisonomía grave a la vez que de mirada dulce, i al instante conocí que era el de mi interlocutor.

—Pues bien, me dijo, todos estos retratos son mios i me representan esactamente como fueron las formas de mi cuerpo i de mi fisonomía en mis pasadas edades; es decir, estos son los diversos vestidos carnales en que mi espíritu, que ha sido uno mismo, ha venido envolviéndose. Esta es una prueba de la diferencia que hai entre el alma i el cuerpo; i por otro lado una atestacion de la persistencia del espíritu, puesto que mi Yo ha sido el mismo; de lo que tengo plena conciencia.

Mas, todavía; usted puede preguntar a cualquier hombre si se cambiaria por otro individuo de mejores formas, de mas instruccion, mejor o mas clara intelijencia &.ª i la contestacion segura será la siguiente:

"cambiaria de cualidades i de posicion, pero no de sér." ¿Por qué? "Porque perderia mi personalidad cambiando de sér, i esto equivaldria a dejar de existir." La contestacion prueba la conciencia íntima de la existencia del Yo. Es que el hombre tiene la intuicion neta i clara de la personalidad constituida por el espíritu; i solamente la falsa filosofía del materialismo, que se atrinchera en las formas i que no da un paso hácia el antro de las ideas trascendentales, puede fascinar a los ignorantes o perezosos que no se toman el trabajo de estudiar con interes la verdadera i elevada filosofía sicolójica. I si nos argumentaran diciendo, que hombres estudiosos i de clara intelijencia, como los mas notables filósofos del siglo pasado han dicho, que no hai mas que materia i movimiento en el Universo, podríamos contestar por contraposicion, que los filósofos i sabios de mas de mil jeneraciones de la antigüedad, decian i enseñaban que la tierra era el centro de lo creado i que el firmamento era una bóveda tachonada de estrellas hecha esclusivamente pa-

ra servicio de la tierra. Esto porque no tuvieron la idea de la figura de ésta, ni de sus movimientos jiratorio i de traslacion. El argumento de autoridad es tan débil como quimérico i nada prueba. Creo haber hecho constar la existencia del espíritu. Ahora, permítame usted hablar algo sobre la supervivencia de él, despojado de su envoltura carnal. Si usted hubiera presenciado el fenómeno de las apariciones de los espíritus que desde remotos tiempos viene ostentándose a la humanidad, segun lo atestiguan los libros sagrados de todas las relijiones del mundo i que últimamente en este siglo ha llamado i llama la atencion de los sabios, por las multiplicadas manifestaciones, reconoceria que los padres de usted, su esposa i sus hijos, existen aún, conservando la misma personalidad que tuvieron sobre este planeta. Pero dejaré a un lado este modo de comprobacion de la inmortalidad del alma porque no quiero argumentar sobre mi sola palabra; beberemos en otras fuentes.

La historia de los antiguos pueblos del Oriente, que designa las faldas del Himala-

ya, jigante de las montañas i de los siglos, como cuna i oríjen de la jeneracion humana, nos da testimonio de que en la India se profesaba el credo de la supervivencia del espíritu i de su trasmigracion despues de la muerte corporal en este mundo. I lo mismo se refiere, con accidentes mas o ménos curiosos, respecto de la Persia, el Ejipto, la Grecia i demas sociedades de los primitivos tiempos. Los sabios de todas las edades a que alcanza la historia, Buda, Cristnam, Zoroastro, Cheops, Pitágoras, Sócrates, Platon, Heliel &.ª han dejado escritos varios pasajes que evidencian que la doctrina sobre la inmortalidad del alma es tan antigua como los anales que se tienen del jénero humano, i que ella estaba difundida en todos los pueblos.

Los poetas griegos cantaron a la trasmigracion i a la metempsícosis de las almas, de las edades pasadas. En Roma, llamada la Ciudad Eterna, cuando la humanidad habia distribuido el mundo entre los héroes i los dioses, dominaba la idea del Elíseo donde habian de morar las almas de los

buenos; i la fábula de la mitolojía designaba los lugares destinados a ellos. Ovidio i Virjilio entonaban himnos conmemorando la creencia de la inmortalidad del alma en las antiguas edades; i Ciceron dejó en sus escritos una prueba evidente de esa creencia en las sociedades o jeneraciones de los siglos históricos.

Así, no debe reputarse la idea de la inmortalidad del espíritu como una conquista de la civilizacion moderna, ni como un invento de las teogonías do los últimos tiempos: ella aparece entre los bárbaros, entre los salvajes i en los pueblos civilizados, como una verdadera intuicion; como un enjendro en el pensamiento del pensamiento, como consecuencia de la lei de amor o sea la lei del progreso indefinido.

En los siglos del paganismo, bajo el velo de la fábula se traduce la idea reinante de la inmortalidad del alma. La historia de la mitolojía se ocupa, en numerosas pájinas, de la descripcion de diversos lugares destinados para mansion de los espíritus o almas de los muertos. Hablando de Aquiles,

el mas célebre de los capitanes griegos, dice la historia mitolójica, que amó con delirio durante su vida a la bellísima Helena, i que despues de su muerte se desposó con ella en la isla de Leuci. Siendo de notar que los antiguos colocaban los Campos Elíseos en esa isla, i la tenian como lugar destinado a la habitacion de las almas de muchos héroes. Como este pasaje, se hallan otros que prueban evidentemente que la creencia en la inmortalidad del alma era jeneral en los pueblos paganos de aquellos siglos.

En el idioma griego la palabra *psyché* significaba alma i, tambien, mariposa. ¿No querrian presentar con esta última significacion la vida terrestre i la vida del cielo? ¿No es una feliz ocurrencia presentar en la misma palabra un símil entre el alma que se despoja de la materia que la tiene afija al suelo para volar a mejores mundos, i la mariposa que ha dejado el vestido de oruga con que se arrastraba sobre la tierra, para alzarse en sus alas de íris a gozar en su vuelo del aura perfumada por las flores?

Nada mas natural; i esa idea símil de la palabra *psyché*, esa bellísima concepcion, tuvo oríjen, sin duda, en el nacimiento del idioma griego.

La fábula del Fénix, cantando en su agonía de muerte para renacer de sus cenizas, ¿no es un idilio de la inmortalidad del alma?

Todo esto naturalmente inclina, por lo ménos, al estudio de esa importante cuestion, puesto que esa uniformidad de creencia en todos los siglos i en todos los lugares, ejerce en todo hombre pensador cierta influencia seductora. Pero no crea usted que esta lijera reseña histórica, la haya aducido como prueba concluyente de la inmortalidad del alma, pues estoi distante de admitir, así como de emplear, el argumento de autoridad como base de razonamiento lójico. Ya he probado la existencia del espíritu; ahora voi a emplear los medios que aconseja la verdadera filosofía para demostrar la evidencia de la inmortalidad de él, i para ello me bastará enunciar algunas proposiciones basadas en principios científicos, en hechos demostrados.

1.ª La fuerza o espíritu es un sér real que tiene sus atributos i cuya existencia está plenamente comprobada;

2.ª La ciencia demuestra, sin dejar duda, que la fuerza o el espíritu tiene como esencia la facultad directriz de la materia, i que las evoluciones de ésta en sus diferentes modos de ser, provienen de la existencia de ese motor;

3.ª La ciencia en sus diferentes clasificaciones, directa e indirectamente comprueba la persistencia de todo sér en la Naturaleza, la existencia indefinida, la existencia perpetua en el espacio i en el tiempo;

4.ª La ciencia pone en evidencia que únicamente las formas de la materia son perecederas, sinembargo que se reproducen semejantes; i que la fuerza o la esencia que las provoca i las presenta es de existencia eterna.

Estando, pues, comprobada la existencia del espíritu, queda comprobada su inmortalidad, puesto que no hai esencia que perezca. Por otra parte, usted recordará que en la conferencia que tuvimos ayer, se com-

probó que la materia no puede aniquilarse, que existirá siempre, porque existe. Siendo esto así, ¿no seria un absurdo juzgar que la esencia de ella, su motor, su ajente, su director, perece o se aniquila? Esto seria admitir la necedad de creer que la herramienta es superior al obrero o que la máquina es de mejores condiciones esenciales que el inventor de ella. A estas conclusiones ilójicas tienen que llegar los materialistas.

Llegó mi huésped i se suspendió el discurso, pero ya habia hecho su efecto en mi ánimo; me sentia elevado en la escala de los séres, contemplando que el Yo no es perecedero; sobre todo se me abrieron las puertas del cielo de ultratumba i brilló para mí el sol de la esperanza. Mis padres, mi esposa, mis hijos, esos idolatrados séres que hacian mi dicha i que yo juzgaba hundidos en el imajinado abismo de la nada, volvian a existir para mí: yo debia volver a hallarlos en la patria de la inmortalidad. Sí; existen, me decia en mi interior, existen, sí; me asiste ahora el sentimiento dulce i grato de su existencia. ¡Bendito sea el Crea-

dor, que ha dado a los hombres la luz de la ciencia para salvarlos del naufrajio de la incredulidad!

Mi huésped i el Filósofo hablaban, en tanto que yo me habia quedado concentrado en una meditacion profunda i deliciosa: mi espíritu se habia elevado a las mansiones celestes, contemplando la grandeza de la obra del Infinito.

El Filósofo me sacó del arrobamiento, dándome la mano en despedida. Las horas se habian deslizado instantáneamente para mí, yo no me habia apercibido de su curso: el sol o mas bien, la tierra ante él, habia jirado en un espacio mayor que su cuadrante.

Fuimos a dar un paseo a las orillas del lago; hablamos sobre la instruccion, intelijencia i verbosidad del Filósofo, i manifesté a mi huésped que la conferencia que habia tenido con este sabio, me hacia mas vivo el deseo de oir la continuacion de su historia.

—Ahora, me dijo, iremos a la choza de los huérfanos i tendré el placer de complacer a usted, continuándola.

En efecto, despues que volvimos a la casa dió las órdenes para que nos presentaran los caballos; montamos i nos pusimos en camino.

CAPITULO XIV.

El naufrajio.

PARA continuar mi relato, es necesario, me dijo mi huésped, cuando íbamos en direccion a la choza de los huérfanos, tener en cuenta los acontecimientos íntimamente relacionados con los mas notables de Lucio; reanudaré, pues, la historia de María. Habiamos dejado a esta heroina bajo la losa del sepulcro i al príncipe con un compañero, al frente de la gran reja de hierro de la entrada del panteon. ¿Cuál podia ser el motivo que llevó al príncipe a esa hora a ese lugar del silencio i de la quietud? ¿Por qué vijilaba en sus puertas como el esperto guardian de un gran tesoro? ¿Era que habia sospechado el engaño? El príncipe i su compañero esperaban delante de las verjas de hierro, al encargado de custodiar aquella morada de los muertos, en cuyo poder se

hallaban las llaves de la entrada. Por el diálogo siguiente entre el príncipe i el portero, que al fin llegó, va usted a saber el objeto que aquél se proponia.

—¿Estás dispuesto a servirme? le dijo el príncipe.

—Como vuestra señoría mande, dijo el guardian, estoi a las órdenes de su señoría.

—Bien. ¿Te atreves a sacar de la bóveda i conducir a mi castillo el cuerpo que hemos depositado hoi en el panteon?

—Conducirlo...... turbar el reposo..... escalar una tumba...... Señor, imponedme el castigo de la desobediencia. No me atrevo a ello; remover un sepulcro! No; no puedo.........

El guardian temblaba; el príncipe notó la impresion que habia causado su propuesta i acercándose a su compañero le dijo en voz baja: "este visionario tiene miedo a los muertos; es necesario que vaya usted a traer uno de sus sirvientes; será bien recompensado." El compañero partió, i el príncipe tentó de nuevo al guardian diciéndole:

—Los muertos no hacen daño a nadie, son

vanos tus temores. Mira, si te resuelves, te recompensaré con cien escudos.

—Señor, toda la riqueza de vuestra señoría no es bastante para infundirme el valor suficiente para profanar.........

—¿Las llaves?

—Han quedado en mi casa; ¿debo traerlas?

—Ahora mismo.

El guardian partió i el príncipe quedó paseándose al frente de la puerta. La luna iluminaba aquella mansion solitaria con su melancólica luz.

Volveré a dejar al príncipe ante las puertas del panteon para ir a las costas de Cádiz a ver zarpar un buque al siguiente dia; buque o nave que iba a tomar la direccion hácia una de las Antillas mayores. El destino llevaba en ese buque al padre de María, pues el término de su vida terrestre se aproximaba. Despues de algun tiempo de navegacion, una fuerte i amenazadora tempestad llevó a ese buque a las playas de Cuba; temeroso el padre de María de sufrir al reembarcarse, un naufrajio, resolvió

dejar en la Habana el tesoro que conducia, recomendado a una familia relacionada con la suya; a los tres dias se hallaba otra vez en alta mar. Sus presentimientos no lo engañaron: un recio temporal estrelló el buque contra una roca i perecieron la tripulacion i pasajeros, salvándose únicamente el capitan i cuatro personas mas, en un bote. La noticia fué para Lucio un golpe terrible; lloraba la pérdida de los dos séres mas queridos, su padre i su hermana; los séres que formaban su ventura pocos dias ántes. El golpe era cruel e irremediable.

Iba en este punto de la historia cuando llegamos a la choza de los huérfanos. Los niños estaban avanzados en el camino, esperando a su benefactor. Cada uno tenia en una de sus manecitas un hermoso níspero i los presentaron con graciosa sonrisa a mi huésped. El mayor de los huérfanos, que tendria siete años, entró a la casita, i volvió a salir con otro níspero i me lo ofreció. Este obsequio, esta fina atencion de ese niño en edad tan tierna, me sorprendió i me hizo comprender que en ese pais, hasta los

niños eran jenerosos i educados con esmero desde su primera edad. Mi huésped entró i me hizo entrar con él a la habitacion. La salita en su mobiliario correspondia al grado que ocupaban sus habitantes en la escala social; noté que en todo reinaba la limpieza; en uno de los costados habia un aposento; allí se hallaba la enferma. Al saludarla, intentó levantarse de la cama, pero mi huésped se lo prohibió. La hizo varias preguntas sobre los efectos producidos por los medicamentos, si todos habian sido aplicados, si el facultativo la habia visitado &.ª Luego salió, i llamando a los niños se colocó al pié de un hermoso caucho que habia en el patio i, rodeado de aquéllos, empezó a recibir i darles algunas lecciones de lectura. Yo deseoso de ejercer la caridad, contribuyendo con algo para aliviar la miseria de esos séres desgraciados, volví a entrar a ver a la enferma para dejarle unas monedas; pero hallé con ella al mozo que habia ido con nosotros entregándole el contenido de los cuchuvos. Yo no queria ostentar mi dádiva i esperé a que saliera. En efecto, apé-

nas salió el mozo, me acerqué a la cama i dije: tengo suma complacencia en haber conocido a la familia i deseo serle útil, como amigo del señor Rafa. Aquí, sobre esta mesita dejo estos reales que le servirán a usted como un auxilio a sus necesidades. "¿Por qué?" me preguntó, como en tono i actitud de rehusar. Despues sabrá usted porqué los dejo, recíbalos, le dije, alargando mi brazo· Los tomó tímidamente, diciendo: "Dios recompense a usted el beneficio!" i me dirijió una mirada de elocuente espresion de gratitud. Esto nadie debe saberlo, le dije al salir.

Mi huésped continuaba enseñando a los niños i concluyó dándoles consejos de amor i de dulzura para con su madre, para entre ellos i para con todos los que trataran; luego les dió unos dulces i nos despedimos.

CAPITULO XV.

Esperanza burlada.

El sol tocaba al horizonte en el Ocaso, la cordillera que domina a Cajamarca ocultaba su disco, ese disco de oro que orna el Occidente, pero la luz del crepúsculo difundia su arjentada claridad en el Valle.

Deseando yo la continuacion de la historia del Filósofo, se me ocurrió llamarle la atencion hácia ella, diciéndole:

—Usted no me ha vuelto a hacer mencion de Leonídas en la historia que me está refiriendo.

—Ciertamente. Yo no queria anticipar noticia alguna acerca de Leonídas, en mi narracion, porque pensaba dejar para el fin i como desenlace, el término de su historia a la par que el de su María; pero una vez que usted lo desea.........

—Prefiero el plan de narracion que us-

ted tiene formado; no era mi curiosidad sino un recuerdo. Puede continuar usted la historia a su voluntad; ella interesa i lo importante es la continuacion.

—Como no perjudica al relato de la historia de Lucio (que es lo principal de la narracion), el que anticipe lo que habia de referirle respecto de Leonídas, le diré que éste como su encantadora María, debian abandonar el mundo, porque teniendo los ánjeles la elevada idea de su beatífica mision, ven con desprecio los goces o placeres mundanos. Leonídas murió a los diez dias de haber sido depositado el cuerpo de su María en el panteon de la familia Real. La noticia del naufrajio le fué funesta, quizá fué la que le causó la muerte.

Volveré a seguir hablando de Lucio. Algun tiempo despues de la fatal noticia del naufrajio de su padre, la exacerbacion de las pasiones políticas en España, llevó a un estremo de locura a varios republicanos i combinaron un plan de conspiracion contra la vida del Rei Amadeo con el fin de proclamar luego la República. Lucio habia

bebido en la fuente de la filosofía social i se afilió entre los conspiradores. Ya dije a usted, anteriormente, la suerte que corrió desde entónces hasta su estacion en Cuba en la casa del pescador que lo protejió despues del naufrajio sufrido en el "Virginius," o mas bien, despues de haber caido herido en las playas de la Habana. Yo habia dicho que Eufracia le entregó un paquetito; esta vez llevaba éste unos billetes de banco por valor de cuatro mil pesos; luego sabrá usted cómo pudo la monja remitir esa cantidad i porqué razon obraba con aquella jenerosa prodigalidad. Ademas contenia el paquetito un papel, espresando lo siguiente:

"La permanencia de usted en esta isla seria peligrosa, estoi procurando conseguir un pasaporte a fin de que usted pueda volver al estranjero. Dios oirá mis oraciones."

Pasaron así catorce dias en correspondencia constante Lucio i la monja. Esta le habia remitido con Eufracia un pasaporte que habia conseguido para que pudiera embarcarse con direccion a España, bajo el nombre de Don Belisario Argüelles. Este era un

español que, hacia algun tiempo, estaba en la Habana relacionado con los principales miembros del gobierno. Teniendo Argüelles negocios en la corte española, pidió pasaporte para ella, i se le espidió incontinenti; pero habiéndose enfermado, aplazó su viaje. La monja tuvo conocimiento de esto, por informes de la esposa de Argüelles, con quien estaba relacionada por una íntima amistad, i aprovechó la ocasion, solicitando de ésta, que le cediera dicho pasaporte para salvar a un desgraciado insurjente que tenia bajo su proteccion. La esposa de Argüelles, mujer piadosa, no tuvo inconveniente i le llevó dicho pasaporte a la monja.

Un buque se hallaba en el puerto preparado para levantar el ancla; entre los pasajeros se hallaba Lucio; parecia que la fortuna, harto desdeñosa con él en todas sus empresas, ahora se manifestaba afable: ya gozaba de salud, habia obtenido un ausilio de cuatro mil pesos para hacer sus gastos i sobre todo iba a obtener si no el mayor bien, sí el mas precioso de la vida, la libertad. Dentro de dos horas estaria en alta mar, go-

zando de la vista de la inmensidad del océano i de la espansion de su espíritu, contemplándose libre de la cruledad ibérica.

Un incidente vino a turbar sus deliciosas ilusiones: un ajente del gobierno vino a exijir de los pasajeros los pasaportes, por órden del Capitan jeneral de la isla. Todos los presentaron, el ajente los tomó i, llevándoselos, dijo: volveré inmediatamente con ellos.

En efecto, cumplió su promesa el ajente, volvió acompañado de una escolta de *voluntarios;* empero al entregar los pasaportes, llamando a cada uno de los pasajeros para darle el que le correspondia i llegando al turno de Lucio, se presentó éste i en el acto fué apresado i conducido por la escolta a un oscuro calabozo. No era que se habia descubierto que Lucio fuera de los espedicionarios del *Virginius,* no; fué que el Capitan jeneral tuvo conocimiento por la lista de pasajeros que le pasó el Capitan del buque espresado, que uno de éstos intentaba burlar la policía del puerto, embarcándose al amparo del nombre de Don Belisario Argüelles a tiempo que dicho Capitan

jeneral sabia personalmente que Argüelles se hallaba en cama imposibilitado para hacer el viaje.

Lucio, pues, fué conducido a la prision como sospechoso, i reputado, por lo ménos, como insurjente o reo político. Su situacion era desesperada: si llegaba a descubrirse que habia hecho parte de la espedicion del *Virginius*, seria decapitado, como lo fueron sus desgraciados compañeros. De un momento a otro debia ser interrogado. ¿Qué esplicaciones o disculpas pudiera dar para salvarse? Ninguna; no podia comprobar que era de la isla, ni de dónde venia, ni qué objeto lo habia traido. Su nombre de familia, si llegaba a descubrirse, tambien lo llevaria al cadalso por su complicidad en la conspiracion contra el Rei. Intentó dar aviso a la monja, pensando que ésta pudiera obtener algo en su favor, pero fué inútil tal intento pues se le privó de comunicacion.

En las situaciones difíciles, en las desgracias supremas, cuando al hombre se le agotan todos los recursos de salvacion en la tierra, vuelve sus ojos al cielo, implorando

la misericordia. Lucio, en medio de la oscuridad de su prision, se postró de hinojos i oró con fervor, concluyendo con estas santas i humildes palabras de Jesus: "Hágase tu voluntad." Se levantó sereno; la oracion es el precioso bálsamo de consuelo en la desgracia. Jesus, el divino maestro de la humanidad, en la hora de la amargura elevó su corazon al Padre comun en el Huerto de los Olivos i bajó del cielo un ánjel a confortarlo.

Rechinaron los cerrojos de las puertas de la prision de Lucio; el carcelero abrió para dar entrada a la autoridad que iba a interrogarle. Llegaba el momento crítico.

En el instante se le ocurrió finjirse en estado de enajenacion mental i no contestar sino palabras incoherentes. Fué aquello como una inspiracion.

Empezó así el interrogatorio:

—¿Cuál es su nombre?

—Su Escelencia el Capitan jeneral.

—¿Cómo? Diga cuál es el nombre de usted.

—Sor María de la Encarnacion, monja carmelita.

Pensó que al nombrar a la monja llegaria a noticia de ésta su prision.

—¿Quiere usted burlarse? Será usted juzgado como insurjente.

¿Cómo obtuvo usted el pasaporte espedido al señor Don Belisario Argüelles?

—Andando el tiempo mensajero de las estrellas.

Despues de haberle hecho varias preguntas inútilmente, lo dejaron, recomendando a la guardia mas vijilancia pues debia ser, segun decia el empleado, una buena presa, cuando ménos, espía de los insurjentes.

El Capitan jeneral habia ordenado que se le informara sobre la declaracion indagatoria que rindiera el preso. En efecto, se le pasó copia inmediatamente. Esa declaracion era suficiente para condenarlo, pues el que confesaba el delito i el que no contestaba descargándose de la acusacion, llevaban igual suerte. La revolucion en la isla tomaba creces en esos momentos: habia noticias de al-

gunos triunfos de los insurjentes, cerca de Puerto-príncipe, i de la muerte de algunos jefes españoles. Así, el que llegaba a caer prisionero, no tenia esperanzas de vida.

Aquí volvió a suspender mi huésped la narracion.

CAPITULO XVI.

La meditacion.

Estabamos en el patio de la casa. La luz del sol habia desaparecido totalmente en nuestro hemisferio. El tiempo estaba sereno, la atmósfera diáfana i el cielo espléndidamente decorado por las estrellas. No se veia ni una sola nubecilla en la estension visible del espacio. En el valle i sobre las colinas brillaban millares de luciérnagas i cocuyos, como si la naturaleza intentara imitar sobre la superficie de la tierra, por medio de sus producciones fosfóricas, las luces de los cielos. La belleza se ostentaba como reina de esa noche, desplegando su manto salpicado de diamantes i topacios. En la *Via lactea*, en ese surco de color de leche que orijinó su nombre, veia yo, con los ojos de mi alma, los millones de mundos luminosos que Herschel ha descubierto con el telescopio.

Mi huésped habia entrado a la casa; yo me había quedado al pié de la palmera, contemplando el espectáculo grandioso del estrellado cielo: admiraba la majestad i magnificencia con que la naturaleza ostenta la sabiduría del Creador. ¿Quién soi yo, me decia, átomo viviente, mónade imperceptible, que puedo abarcar en mi alma i recibir en mis pupilas tan grandes como bellas i hermosas maravillas?

En ese instante me reconocia superior, no solo a la materia de mi organismo, sino a toda la materia que puebla los espacios. A cada hora, a cada minuto, iba percibiendo con mas nitidez mi personalidad espiritual i la escelencia de mi sér intelijente sobre los cuerpos brutos. Sí, decia yo en mi éxtasis, esos jigantescos i brillantes mundos que ruedan en armonía perpetua en las rejiones del infinito, deben ser verdaderamente la mansion de las almas de los buenos, como se ha creido por los sabios de la antigüedad i por los filósofos moralistas de nuestros dias. La tierra es un mundo imperceptible en presencia de ese universo de soles. No;

no puede ser este planeta, que ahora habito, la patria del espíritu, no; este globo es mui pequeño para que en él se cumplan los destinos de la humanidad que innegablemente marcha ascendiendo en la senda ilimitada del progreso. No; el grande Obrero no ostenta a la vista del sér humano esa fiesta incesante i majestuosa de las colosales esferas de luz para que sufra la sed del Tántalo de la fábula. No; el espíritu no debe quedar enclavado sobre la tierra. Si durante su mansion en ésta, tiene alas su pensamiento para elevarse a las alturas del empíreo, ¿cómo no ha de elevarse con todas sus potencias a esas mansiones celestiales al salir de las prisiones de la carne? Sí; no hai duda, el espíritu es inmortal, i en su inmortalidad debe peregrinar en esos mundos, de etapa en etapa, como el viajero terrestre recorre las diferentes zonas del planeta que habita.

Sopló el viento de Occidente; el susurro de la palmera interrumpió el silencio de la noche. Entónces ví a mi huésped, que se hallaba a pocos pasos de distancia del sitio

que yo habia ocupado; no supe si me acompañó durante todo el tiempo de la contemplacion en la inmensidad estrellada, pero seguramente notó que yo estaba meditando en las bellezas del firmamento, pues que al volverme hácia él, me dijo:

—No he querido interrumpir el goce de su contemplacion; la luz del sol ilumina las bellezas de la tierra que el manto de la noche eclipsa para que dirijamos la vista a las del cielo, donde se ostenta la grandeza de lo criado i el poder i sabiduría del Creador. Me llamó la atencion hácia la variedad de los colores de la luz de las estrellas, i me decia:

—Los ojos de la carne están nublados i son impotentes para descubrir la beldad celeste, pero el espíritu concibe que en la insondable inmensidad de los cielos, hai íris compuestos de soles, así como en la tierra se forman en gotitas de agua. La naturaleza se imita en todo.

CAPITULO XVII.

Una fiesta laudable.

Fué para mi espíritu la meditacion de aquella noche, el goce mas dulce i de mayor supremacía entre los que habia obtenido en mi existencia. Despues de haber disfrutado con la vista las bellezas del cielo, entramos a las piezas interiores. Empecé a notar algunos preparativos en la casa, como para dar alguna funcion o convite, pues las mesas estaban colmadas de objetos de servicio bucólico i el ama entraba i salia, abriendo las alacenas i trayendo i llevando algunas piezas de loza. Ademas, ví en una de las esquineras grande acopio de flores. Todos esos preparativos indicaban que al dia siguiente habria una boda o cosa semejante. Yo debia escusarme de asistir a ella de un modo indirecto i ántes de ser invitado. Para esto dije a mi huésped, que esperaba me

hiciera el favor de hacer preparar mi bestia para la mañana del siguiente dia, pues pensaba pasarlo en la casa del Filósofo, a quien habia prometido hacerle una visita.

—Daré la órden que usted desea, sinembargo que me prometia de usted un servicio.

—¿Cuál?

—Que usted me acompañara......no; seria un abuso de la confianza que usted me ha inspirado. Deseo complacer a usted, la bestia estará preparada para la hora que quiera.

—Si el servicio de que usted me habla es en obsequio suyo i no mio, estoi a sus órdenes.

—Hablaré a usted con la franqueza que me ha conquistado su bondad. Mañana es el aniversario de la muerte de Emilia, o mas bien, de la ascension de su espíritu a un mundo superior, i yo tengo la costumbre de celebrar ese aniversario con un convite. En vez de cirios i paños mortuorios, hago adornar la casa con flores i guirnaldas de olivas i laurel. Este es otro de mis ca-

prichos. Me prometia, repito, que usted me acompañaria a ejercer el oficio de sirviente, como me acompañó a servir, hace dos dias, el almuerzo a los niños. Pero no quiero embarazar a usted su paseo, i sobre todo el placer de oir a Lucio.

—Doi a usted las gracias por esta nueva i elocuente prueba de aprecio, i acepto de buena voluntad la ocupacion. Otro dia haré la visita al Filósofo. En todo lo que yo pueda contribuir a tan laudable recuerdo, estoi a sus órdenes. Ya he manifestado que mi deseo es el de obtener que me trate usted con franqueza.

Luego empezó a dar algunas órdenes; yo pretesté que deseaba continuar la lectura de las "Maravillas celestes" de Flammarion, i me condujo al cuarto de estudio. Mi objeto era dejar en libertad a mi huésped, pues probablemente debia ocuparse en los preparativos de la fiesta. Tomé el libro i fuí encantado con las bellezas que contiene; estuve leyendo hasta las doce de la noche. En seguida me fuí a dormir.

Me desperté cuando la luz del sol inun-

daba los valles i las montañas. Me levanté; en la casa todos estaban en movimiento; esto me hacia esperar que allí habia de conocer a los principales sujetos de la poblacion cercana i a los hacendados de la comarca, pues segun los preparativos, debian asistir en ese dia al convite mas de cien personas.

Me dirijí al bosque, tomé la senda de la gruta; la enramada estaba solitaria i el camino alfombrado de flores i romero. Al llegar a la gruta ví dentro de ella una gran jarra con una hermosísima rosa blanca i un boton adherido a ella; era, sin duda, un símbolo o representacion de la esposa i del hijo de mi huésped; al pié habia una guirnalda de siemprevivas. Me arrodillé allí i elevé mi espíritu en oracion al Sér Supremo, i concluí balbuceando el "Padre nuestro." Me levanté i volví a la casa; toda ella se hallaba admirablemente embellecida i adornada con lujosos cortinajes de musgos, de laurel i flores. Al entrar se respiraba un aire perfumado i la vista se deleitaba con los adornos.

Volví a entrar al cuarto de estudio i con-

tinué la lectura. Esperaba allí a que me llamaran cuando mi huésped lo tuviera a bien.

A las diez se me presentó mi huésped, me saludó i me dijo:

—Vamos, ya tenemos los convidados aquí, se hallan sentados a la mesa; le seré deudor de este servicio i como usted lo desea.......

—Iremos, le contesté, repitiéndole mil gracias, i levantándome del asiento seguimos.

Al entrar al comedor, se pusieron de pié los convidados i despues de mi salutacion volvieron a sentarse. La reunion era respetable: cincuenta ancianos se hallaban ocupando el contorno de la mesa. Todos estaban vestidos de blanco, uniformemente. Esta circunstancia me hizo conocer que era la fiesta de los pobres. Entónces comprendí que me hallaba en la casa de un Juan de Dios o de un Vicente de Paul. La virtud de mi huésped, sus ideas morales, sus obras, se elevaban sobre el comun de los hombres: era a mis ojos un verdadero justo, por no decir un ánjel encarnado. Era una concep-

cion feliz aquella de celebrar el aniversario de la muerte de su esposa con una fiesta espléndida en que brillaban el amor i la caridad. Invertir una suma de dinero en el regocijo de un dia para los pobres en memoria del alma de su amada compañera, en vez de gastarla en los oficios o funerales de difuntos que hacen celebrar la jeneralidad de los fieles cristianos, era una leccion digna de imitarse, era una obra verdaderamente piadosa, aceptable a los ojos de Dios, i mas eficaz para el bien del espíritu, pues procuraba un dia de gozo i de alivio a la humanidad doliente. Por otra parte, si la oracion influye en la mejora del espíritu de los muertos, cuánto mas grata debe ser la limosna que se da en su obsequio i en su conmemoracion!

Servimos lo mejor posible; mi huésped notó embarazo en algunos para hacer uso de los cubiertos, i dijo:

—Estamos como en familia i debe tenerse toda la franqueza que tendria cada uno en su propia casa; yo no los he traido a martirizarlos con los cumplimientos i cere-

monias que se usan entre estraños. El que tenga mas gusto en hacer uso de la mano mas bien que del cubierto, tiene completa libertad. En los pueblos del Oriente, los ricos i los pobres comen, tomando con las manos los manjares. Para todo se necesita práctica.

Es en vano decir que en aquella reunion reinaban la animacion i el contento. Terminado el almuerzo me llevó mi huésped al gabinete, el que se hallaba lujosamente ataviado de verdes follajes matizados de rosas, simulando cortinas bordadas en forma de pabellon. En el centro habia una mesa circular cubierta de hermosísimas frutas de distintas especies i colores: era una lujosa exhibicion de los productos de la horticultura. Un momento despues se presentó el ama, diciendo que nos esperaban los niños. Pasamos otra vez al comedor, donde yo debia tener otra nueva i grata sorpresa: veinticinco niños de igual uniforme en el vestido al de los ancianos, ocupaban un lado de la mesa, i al otro lado de ésta se hallaban veinticinco niñas con trajecitos blancos, el cabello

rizado i suelto sobre la espalda, adornado por una guirnalda de azucenas que ceñia sus sienes. Aquellos ánjeles daban al convite, con sus sonrisas i sus miradas inocentes, un aspecto poético i encantador.

Fuí colocado en la cabecera de la mesa i mi huésped tomó el asiento del frente. Al entrar, reinaba un silencio profundo, pero luego que nos sentamos, i escitada por mi huésped la conversacion entre los niños, empezó su algarabía, dando a su semblante la animacion i la gracia que ostenta en sus juegos la niñez. Mi huésped parecia satisfecho: su semblante revelaba el contento. Una hora despues todos los convidados ancianos i niños, paseaban en los alrededores de la casa. Al medio dia, se reunieron todos en los corredores. Cada uno tenia una flor en la mano. Mi huésped me dijo entónces:

—Esta es la hora solemne; vamos a la gruta sagrada a depositar en ella una flor en ofrenda a la memoria de Emilia. Reinaba entónces el silencio.

Seguimos en dos filas. Mi huésped llevaba una pequeña guirnalda en sus manos. Al lle-

gar a la gruta, las niñas alzaron en coro su voz, cantando el himno siguiente:

Como el rumor del aura que juega en el follaje,
Como el turpial modula dulcísima su voz,
Cual la paloma tierna que arrulla en el ramaje,
Quisiéramos llegara nuestro himno a tí, gran Dios.

Para pedir rendidas que el lampo de tu gloria
Circunde el alma pura del sér anjelical,
De Emilia, pues venimos a orar en su memoria,
¡Bendice, Dios benigno, su espíritu inmortal!

La esencia de estas flores inunde con dulzura,
Señor, de Emilia el alma, la esencia de su sér.
Es pobre nuestra ofrenda, pero, Señor, es pura
Como el amor primero, como el adios postrer.

Tan pura como llegan, Señor, a tu presencia
Las preces fervorosas del ánjel, la oracion,
Acepta la plegaria que entona la inocencia,
Como tributo humilde que eleva el corazon.

Cada uno depositó su flor al pié de la gran jarra i sobre ellas colocó mi huésped su guirnalda. Nos postramos de hinojos, en oracion, durante algunos minutos, i volvimos a salir del bosque, en silencio, guardando un relijioso respeto, pero el regocijo se ostentaba en todas las fisonomías. Un poco

mas tarde, niños i ancianos ocupaban los asientos del convite; mi huésped i yo fuimos los principales sirvientes. En seguida llegó nuestro turno i nos fué servida la mesa por los niños.

A las seis de la noche se despidieron los convidados, llevando cada uno algo de los sobrantes de la mesa para sus casas.

Todos los departamentos del edificio fueron plenamente iluminados. ¿Se esperaba otra funcion? Era de juzgarse que sí.

A las seis de la noche me invitó mi huésped para que pasáramos al gabinete que miraba al bosque. Luego que nos hallamos instalados en él, dijo:

—Esta noche para coronar la fiesta, voi a continuar la historia de mi hogar, puesto que en ella figura en primer término mi adorada Emilia. Dejarémos para despues la de Lucio, si es que usted me permite. Voi ántes a dar una órden i volveré inmediatamente.

—Estoi dispuesto a oirla con grande satisfaccion, le dije, porque es la que mas me ha interesado.

CAPITULO XVIII.

El ánjel del bosque.

AL volver mi huésped dijo:

—Pues bien: cuando Eliseo tenia ocho meses, éste era el nombre de mi hijo, ví sobre su cuna a la luz de una lámpara que iluminaba perfectamente la pieza donde se hallaba, ví, digo, dibujarse la misma figura de un ánjel como la que ví a su nacimiento, pero ahora, no como una sombra, sino con un ropaje blanco, semejante al color de la nieve i con algun resplandor; me fué visible por unos segundos. Al desaparecer la vision me acerqué a la cuna i noté que mi hijo fijaba en mí sus bellos ojos con ternura; una sonrisa anjelical dibujaban sus labios; lo tomé en mis brazos i en el instante sus colores de rosa desaparecieron, una palidez mortal los reemplazó, cerró sus párpados i sus miembros quedaron sueltos como la seda: habia muer-

to! Yo quedé como herido por el rayo, de pié, pero como la estatua del terror. Emilia estaba allí, i notando mi turbacion i el cambio de mi semblante, se levantó, diciendo ¿qué es? acudió hácia mí, i vió muerto a su hijo entre mis brazos; dió un grito lastimero i cayó de sus piés sin sentido.

Ese funesto acontecimiento para mí, entónces, trastornó mi cerebro, i dudé impiamente de la justicia i de la bondad de Dios. En mi delirio veía todos los acontecimientos del mundo, como un producto del acaso, en los que no podia intervenir ningun poder supremo. Llegué a negar la Providencia Divina. Abandoné la gruta, i solamente Emilia, despues de restablecerse de la enfermedad que le causó el sentimiento de aquella pérdida, volvió a orar en ella. La mujer es mas firme en la creencia relijiosa. Algunos meses mas tarde, ella me arrastró a la gruta, yo la acompañaba, pero no podia orar, no tenia fe. En una de esas visitas hechas al bosque, siempre en las primeras horas de la mañana, volví a ver al ánjel; la misma figura con su ropaje de color de nieve;

lo ví un instante no mas; no me sorprendió, pues confirmé el juicio que habia formado sobre esa aparicion, a saber: que yo sufria una ilusion de óptica. Yo habia contado a Emilia las dos apariciones sobre la cuna del niño, pero le oculté esta otra. Algunos dias despues yendo con Emilia para la gruta, volvió a presentarse el ánjel bajo la enramada del bosque; entónces le dije a ella, señalando con el dedo índice: ¿Ves? "Qué?" me preguntó ella, dirijiendo la vista a donde yo le indicaba. El manto de grana de los písamos, le dije, para no asustarla; pues ella no veia nada. Esta era para mí otra prueba de mi fascinacion óptica. Consulté con un profesor de medicina, refiriéndole todo lo relativo a las varias apariciones, i me dijo: los ojos ven los objetos que la imajinacion crea, como si realmente existieran. Usted ha sido impresionado fuertemente i no es estraño que la imajinacion le represente esa figura repetidas veces; es lo que propiamente se llama, una vision fantástica. En efecto, ví despues, repetidas veces en el bosque, clara i distintamente, la aparicion,

pero la faz del ánjel me parecia confusa, como cubierta con un velo. Siete meses despues de la muerte de Eliseo, cuando habian calmado algo las fuertes impresiones...... siete meses despues............

Mi huésped selló sus labios i sus lágrimas se deslizaban en abundancia de sus ojos. Sacó el pañuelo para enjugarlas i los sollozos le impidieron hablar; despues de unos minutos me dijo:

—Es difícil al hombre el sustraerse al sentimiento o al poder del instinto; me ha faltado en esta vez el valor, o mas bien diré, que me ha abandonado la razon. Perdóneme, usted amigo mio.

Sacó el reloj, eran las once de la noche i dijo:

—Otro dia me asistirá la cordura i continuaré la historia; lo que sigue es lo mas interesante; no se irá usted de mi casa sin que se imponga en toda ella. Nos retiraremos a descansar.

Me condujo al dormitorio, dándome las buenas noches.

Tomé la cama, pero sin sueño: cuando

el pensamiento se halla mui impresionado, hace guardar vijilia a los sentidos. Lo que estaba presenciando i oyendo en esa morada singular, me tenia enajenado. La paz, la inocencia, la bondad i las costumbres, que hacian la dicha de los patriarcas bíblicos, eran ante la vida i costumbres de mi huésped, bellísimos cuadros, pero comparados con los que presenciaba eran de tosco i pálido pincel. Aquí la luz i la sombra graduadas por el jénio de la virtud suprema, hacian destacar las figuras resplandecientes con asombrosa nitidez.

Pasó la noche; el dia amaneció lluvioso i triste: el cielo estaba encapotado por densos nubarrones, el bosque aparecia sombrío, ni una sola de sus aves dejaba oir las notas dulces i amorosas con que saludan la ma- ; el lago habia perdido su cristalino aspecto, presentando la superficie empañada i turbia; sobre los písamos de su orilla posaban encojidas i empapadas por la lluvia, las blancas garzas; las flores del jardin habian inclinado sus corolas hácia el suelo, abrumadas por el peso de la llu-

via. Las colinas i el valle no presentaban mejor vista, los ganados se hallaban inmóviles, su posicion indicaba en ellos el desconsuelo.

CAPITULO XIX.

La vida en el Universo.

Supe que mi huésped habia salido, con toda el agua, a socorrer a un vecino que se hallaba enfermo i del cual tuvo noticia esa mañana que estaba en riesgo de morir, Yo volví a tomar la obra de Flammarion "Maravillas celestes." Llegué al capítulo que trata de los sistemas de mundos planetarios que tienen por centros (a cuyo rededor jiran), no un solo sol, sino soles múltiples de colores diversos, brillantes unos como el ópalo, otros como la esmeralda, otros como el oro, otros como la escarlata, otros como el rubí, &,ª combinados en sus movimientos i dando a sus familias de planetas i satélites de éstos, matices mas bellos i variados que los de las mas vistosas flores de nuestros jardines i ráfagas de luz con los colores del íris decorando sus horizontes: celestes ma-

ravillas que verdaderamente ha llegado a vislumbrar el hombre por medio del estudio i de la observacion ausiliada por los poderosos instrumentos de óptica, por medio de los telescopios de gran potencia, fabricados en estos últimos tiempos, i sobre todo esto por las concepciones imajinarias deducidas por lo conocido. El espíritu contemplativo se abisma en la belleza de las bellezas contenidas en la inmensidad del espacio. Lo primero que se ocurre al que penetra con el pensamiento en ese abismo insondable de miriadas de soles inmensamente mayores que el nuestro, es, interrogarse a sí mismo: ¿todos esos innumerables i lucientes mundos que pueblan las rejiones del éter, son desiertos baldíos, estrellas solitarias, mundos muertos, sin flores que los perfumen, sin bosques que susurren, sin aves que gorjeen, sin espíritus que los habiten i contemplen? ¿No sería una blasfemia del pensamiento imajinar que ese universo espléndido, luciente i majestuoso, que ese océano de soles sin riberas, es un inmenso panteon dominado por la muerte i el silencio? La

tierra, átomo imperceptible ante esas moles colosales de luz difusa i de armonía perpetua, la tierra, digo, ¿habia de ser el único astro privilejiado para que morara en ella el encanto de la naturaleza i la vida de los séres? ¿Por qué? Solo a la ignorancia puede culparse de ese egoismo que ha reducido al hombre a formarse una idea estrecha i miserable del teatro de la vida, concretándolo al grano de arena que habitamos, a la tierra i solamente a la tierra; es decir, a un grano de mostaza perdido en un punto del espacio infinito.

Tales eran las reflexiones que me hacia, teniendo el libro en la mano i mi pensamiento en los mundos brillantes del universo.

Llegó mi huésped acompañado del Filósofo. La lluvia habia calmado; el manto de nubes que velaba ántes al sol, empezaba a rasgarse, dejando pasar los luminosos rayos con limpidez por varias partes; los campos aparecian dibujados por la luz i la sombra, ostentando una especie de mosaico pintoresco.

Poco tiempo despues de la llegada de mi huésped con su compañero, estábamos todos tres en el gabinete, disfrutando la agradable i nutrida conversacion del Filósofo. Siempre habia novedad en sus disertaciones i un fondo inagotable de pensamientos filosóficos: siempre me parecia inspirado por el jenio de la poesía i por el espíritu de la verdad.

Venian tratando de las diversas manifestaciones de la materia, ya en cuerpos sólidos, ya en líquidos, ya en gases. A escitacion mia continuó el Filósofo hablando sobre lo mismo, así:

—Los diferentes aspectos con que se ostentan los cuerpos, son nada mas que las diferentes posiciones en que se hallan sus moléculas. El calor, la luz, la electricidad i el magnetismo que son modos diversos de manifestarse el flúido universal que alimenta la vida, se hallan al servicio de las evoluciones atómicas en la marcha progresiva de lo creado. Así como la cohesion que une las moléculas homojéneas, la afinidad que une las moléculas heterojéneas i la gravedad

que inclina los cuerpos hácia un centro, son modos diversos de manifestar una sola i misma lei, la de la atraccion, o sea, la del amor. Los témpanos de hielo, esas diademas de cristal que coronan las montañas, las nubes que flotan en el cielo a impulso de los vientos, las fuentes, los mares i los rios no son una sola sustancia?

Los átomos en la creacion fueron de una misma i sola naturaleza, i así las clasificaciones que hacen los químicos llamando elementos de los cuerpos al oxíjeno, al cloro, al hidrójeno, al fósforo, al zinc, al oro, al azufre, al manganeso &.ª no son diferentes elementos en cuanto a su naturaleza; esos diversos aspectos de los cuerpos que la química denomina elementos, son manifestaciones diversas de los átomos segun las evoluciones de su esencia. Esto lo confirma la observacion hecha por los mismos profesores de química en los cuerpos *isómeros: unos mismos principios constituyentes*, en cantidades proporcionales iguales, dan por resultado cuerpos de caractéres diferentes, i aun opuestos: el aceite concreto de rosa i el gas

infecto del alumbrado, son productos formados por el carbon i el hidrójeno, combinados en las mismas proporciones; "en el aceite de limon tan suave i la esencia de trementina tan infecta, la composicion es idéntica i no hai la menor diferencia entre el número i cantidad relativa de cada uno de sus principios constituyentes." El carbon i el diamante, tan distintos en aspecto i propiedades, son una sola i misma cosa, de una i sola naturaleza; basta para que se presenten desemejantes, la disposicion en que se hallan colocadas las moléculas de cada uno. Pues bien: todo esto contribuye a probar que los átomos en su oríjen, en la creacion, fueron todos de igual naturaleza i propiedades i que, en las evoluciones a que se hallan sometidos por su *fuerza anímica*, han dado i dan segun la colocacion atómica o molecular, manifestaciones distintas.

De suerte que el modo de acumulacion de los átomos en la formacion de las moléculas i la diferente colocacion de éstas para formar los cuerpos, dan por resultado las distintas apariencias que presentan: los

grados de concentracion, el peso con relacion al volúmen, el color i aun el gusto i el olor &.ª Sinembargo las clasificaciones que hacen los químicos, facilitan el estudio de los multiplicados fenómenos que ostenta la materia en las mezclas i combinaciones de las moléculas.

—Segun esa teoría, dijo mi huésped, ¿el mineral, las plantas, el hombre, los planetas, el sol i las estrellas son formados de una sola sustancia?

—Esactamente, manifestada en diversas formas i grados de progreso a virtud de la fuerza o espíritu que los anima.

—¡Maravilla admirable! dije, que solamente puede emanar de un poder supremo dotado de una sabiduría infinita, i todavía mas admirable en presencia de las armonías del universo.

La conferencia terminó por la llegada de un nuevo personaje. A su presencia partió el Filósofo i yo pasé al cuarto de estudio para dejar a mi huésped solo con el recien llegado. Cuando éste se despidió fuí llamado al gabinete donde esperaba mi huésped.

CAPITULO XX.

El Adivino.

—¿ Se fijó usted en el sujeto que acaba de salir? me dijo luego mi huésped.

—Para corresponderle el saludo i nada mas, le contesté, pues yo tenia mi atencion ocupada en las ideas i razonamientos del Filósofo.

—Sabrá usted que este hombre es digno de ser conocido i admirado; se le llama *El curandero* o médico; su nombre i apellido, Pedro Mulines. Se le tiene por adivino i goza de una gran fama entre las jentes de la comarca de su habitacion, i aun llega a pueblos distantes esa fama, pues vienen constantemente de lejanas tierras a consultarle.

Se entiende que las personas que lo solicitan, son las del pueblo pobre e ignorante, prefiriéndole a los profesores graduados en medicina, ya porque Mulines apénas les pi-

de solamente algunos centavos por la receta, cuando la da por escrito, ya porque tienen fe viva en su facultad de curar. Es un hombre que en su mirada tiene un poder magnético poderoso: basta que la fije por tres o cuatro minutos sobre un vaso de cristal, para que éste salte en pedazos. Este fenómeno curioso a que da la jente del pueblo el nombre de "ojo" i que produce a veces la enfermedad en los niños i la muerte en los animales, es causado, como usted sabe, por una descarga del flúido llamado magnético; lo que se halla comprobado por la ciencia. Esto lo hevisto aquí mismo en este gabinete, sentado Mulines donde usted se halla, i el vaso de cristal en esa mesa del frente; saltó en pedazos, con solo haberle dirijido su mirada.

—¿Vive Mulines cerca de aquí?

—A distancia de unas tres leguas.

—I viene con frecuencia?

—No. I le diré a usted que tengo una preocupacion respecto de las visitas de ese hombre en mi casa. Ha venido nada mas que tres veces con esta. La primera vez fué

pocos dias ántes de la muerte de mi hijo; estábamos en este mismo gabinete, Emilia con Eliseo en sus brazos, i yo; se fijó en el niño i noté que ese hombre meneó la cabeza sin mover los labios. La segunda, pocos dias ántes de la muerte del sér mas querido; tambien habiamos tres aquí mismo, Emilia, otro amigo i yo; entónces fué cuando rompió el vaso con su mirada a invitacion de ese amigo, quien habia oido decir que hacia producir con la vista aquel fenómeno. Ahora......ya ve usted la coincidencia, se ha presentado hallando en el mismo gabinete tres personas. Siempre ha venido sin ser llamado i sin objeto aparente. Las cosas o hechos que de él se cuentan i que corren de boca en boca, son tan estraordinarias, como increibles. Cuando se pierde alguna cosa o se quiere descubrir algun hecho oculto, acuden a él para que les dé las noticias que desean. Hai quien supone que su adivinacion proviene del uso que hace de una sustancia que se llama en el pais "Tonga:" sustancia a que se atribuye un gran poder sobre los órganos del cerebro, desarrollando

en éste el magnetismo o sonambulismo vidente.

—I usted cree en estas cosas?

—Yo...... verdaderamente dudo, pero no me atrevo a negar que sucedan, puesto que no tengo razones en que fundar la negativa de lo que no conozco. I cuando estoi viendo en estos tiempos los milagros de la ciencia, i que los hechos que se tenian como cuentos fabulosos ahora tres siglos vienen realizándose hoi a la vista de todos, no veo cosa alguna como imposible. Ya recordará usted que a mediados del siglo XVI, segun refiere Juan Rodríguez Fresle, padre de algunos de los conquistadores de América, se fijó un papel en las paredes del Cabildo de Santafé de Bogotá, en que se decia que en ese dia habia naufragado en la Bermuda, el buque llamado *La Capitana*, * donde habian perecido los oidores Góngora i Galarza; i pasado el tiempo llegó la confirma-

* Segun el historiador citado, el anuncio fijado en las paredes del Cabildo era el siguiente: "Esta noche se perdió *La Capitana* en el paraje de la Bermuda i se ahogaron Góngora, Galarza i el Jeneral con toda la jente."

cion de la noticia o anuncio contenido en el papel fijado, lo que hizo averiguar cómo o quién habia podido saber aquel hecho sucedido a mas de doscientas leguas en el mismo dia, atribuyendo a poder del diablo i a obra de brujería aquel prodijio. Pues bien: hoi tenemos realizado el fenómeno, por medio del telégrafo eléctrico, obteniendo noticia instantánea de hechos sucedidos a millares de leguas. Hoi por medio de los que se llaman ajentes físicos, el calor, la luz i la electricidad, se hacen tales prodijios en las combinaciones que provocan los químicos, que dos o tres siglos atras se habrian reputado como obras de brujería: la trasformacion de la dextrina o fécula de algunos frutos i raices, lo que llamamos almidon, en goma, en azúcar i en alcohol, es verdaderamente un juego; lo mismo que la conversion del agua en vino por medio de las manipulaciones magnéticas.

—Verdaderamente merecen el exámen los hechos que se refieren que ejecuta ese hombre, buscando ántes la comprobacion de ellos. ¿No ha pensado usted en esto?

—Sí, muchas veces, pero no lo he intentado porque ya he dicho a usted, que tengo cierta preocupacion respecto de ese hombre; le tengo miedo. Ya referí a usted que pocos dias despues de su primera visita murió mi hijo i a los tres de la segunda, habia yo entrado a la gruta del bosque acompañado de Emilia; todo respiraba alegría, el sol doraba la enramada con sus rayos matutinos; las aves entonaban sus melodiosas voces; el perfume del ambiente era delicioso. Al salir de la gruta ví cerca de ella i a cierta elevacion el ánjel del bosque aplicando el dedo índice a sus labios, teniendo en la otra mano una guirnalda de azucenas. La vision fué momentánea. Al llegar yo al dintel de la sala ví a Emilia pálida como la muerte; se apoyó en mis hombros i me dijo: "me muero!" La alcé en mis brazos i la llevé a su lecho; le hablé i no me contestó; habia perdido el sentido; sí, para siempre en este mundo; habia muerto! Mi desesperacion llegó hasta la locura; veinte dias pasaron para mí entre angustias i dolores; viendo la vida con odio, intenté suicidar-

me, cargué de láudano una copa de agua i la apuré con firmeza; me vino el sueño de la muerte i perdí el conocimiento. Al siguiente dia supe que el médico, que fué llamado, advirtió que yo habia tomado láudano; conocimiento que tuvo por los restos que en la copa quedaron i por la postracion en que me halló. Hizo todas las aplicaciones necesarias para neutralizar el veneno i me volvió a la vida. Despues de esto quedé anonadado, me era difícil la resignacion a sufrir mi suerte.

CAPITULO XXI.

La luz del cielo. *

Pocos dias despues de la muerte de Emilia, los písamos del bosque se despojaron de sus lujosos mantos de flores, quedando como se muestran los esqueletos de los tilos i de los álamos en los rigores del invierno, nacidos mas allá de la zona tropical; me parecia que ellos habian ostentado su belleza para el recreo de la vida de mi amor i que muerta Emilia me acompañaban en mi duelo. Las aves no dejaban de entonar sus melodías en la enramada, pero solamente me impresionaba la voz tierna, triste i quejumbrosa de la tórtola, símbolo de los ayes del sér desgraciado en los dolores de la viudez. Los matices seductores del jardin, las bellezas encantadoras de los bosques, el juego májico i hechicero de los rayos de la luz

* El contenido de este capítulo es histórico i existen los documentos auténticos.

sobre las aguas, en los campos, en los montes, en los cielos, todo, sí, todo habia perdido sus encantos para mí; todo, absolutamente todo, me era indiferente: nada queria ver, nada queria oir; tan solo deseaba hundirme, abismarme en el sentimiento del dolor, aislándome de toda la naturaleza. En ese estado vino a mis manos un periódico espiritista i leí algunos capítulos que trataban de la comunicacion de los espíritus de ultratumba con los hombres, me llamó la atencion i me acudió la idea de probar si eso podia ser cierto. Yo era incrédulo, ya lo he dicho, pero mi situacion me conducia a la prueba. ¿Cómo hallarla? Yo no sabia la fórmula de las evocaciones; se me ocurrió escribir a un espiritista de Bogotá, suplicándole que me diera instrucciones para evocar el espíritu de mi esposa i pidiéndole los libros que pudieran instruirme al efecto. A vuelta de correo recibí carta de contestacion i tres libros, a saber: la filosofía del espiritismo o sea *El Libro de los Espíritus*, el de los *mediums* i *Roma i el Evanjelio*. Inmediatamente emprendí la lectura, i a

medida que avanzaba en ella, me sentia reanimado, revivia mi esperanza i mi alma empezó a confortarse, hallando en aquellas pájinas una fuente de consuelo para la desgracia.

Despues que leí esos tres preciosos libros, tomé la pluma i con todo recojimiento evoqué a mi ánjel guardian, e incontinenti obtuve la comunicacion manifestándome que estaba presente, que era el mismo espíritu de mi padre i que a su lado se hallaba el espíritu de mi esposa. En el acto me puse en comunicacion con ella, como era natural, i obtuve que escribiera por tres veces su nombre i últimamente su apellido con su firma o rúbrica, i con la misma forma de letra que usaba. Esto era bastante; me quedé enajenado i pensativo unos instantes; entre tanto vino una señora i se llevó el tintero; cuando volví a poner la pluma sobre el papel, sentí otra vez el impulso i la pluma corria rayando el papel, sin dejar el rastro de los caractéres, pues estaba seca; luego la mano fué impulsada hácia arriba i la pluma escribió, estando

seca, mas de diez renglones visibles: esto me sorprendió en estremo: ¡escribir sin tinta! i manifestársememe con palabras amorosas i las mismas espresiones de cariño que usaba para conmigo cuando su espíritu se hallaba encarnado! "Por qué permaneces indiferente al estudio i comunicaciones mias?" escribió; i mi contestacion tuvo que ser de conformidad con aquel estado de duda: "por falta de pruebas físicas," le dije. Donde habia terminado las palabras escritas, continuó la escritura de esta manera:

"Si eso fuera, ya tendrias otras disculpas." Confieso a usted que mi exaltacion llegó al estremo, viendo la mayor prueba de la comunicacion. Reiteré las exijencias i me dijo algunas cosas que pasaban por mi pensamiento. Se verificaban dos fenómenos a la vez: la penetracion de mi pensamiento i la escritura sin tinta. Estoi satisfecho, sigue, le dije; i continuó: "Sigue mis preceptos i no irás por mal camino; un esfuerzo de tu parte i serás salvado; yo no deseo otra cosa i es a lo único que aspiro." Yo fuera, de sí, dejo correr la pluma i escri-

be: "Amémonos, Rafa mio. En las grandes desgracias que aflijen a la humanidad, son muchas el resultado de su propio descuido. No le sirven de base las lecciones que la historia enseña, i jamas se ocupa de lo que comprende su misma existencia. ¿Cuánto no reportaría si supiese el grande beneficio que recibe cada dia en vez de apurar su pesada pena? Es difícil para el hombre atender a todo aquello que no materializa su sér: nada valen los hechos, el cálculo (de valor mundano) es su punto de apoyo, de aquí deduce el interes i donde éste no existe, es ménos la realidad.

"La verdad no es planta que brota ilusiones. Lo nocivo siempre lo es. ¿Qué fuerza obliga a tu espíritu a la mala direccion de las obras? Esto no se esplica sino por la inclinacion (instintiva o carnal) que domina; de ahí la pasion nace i donde no se trata de estirpar su raiz, el efecto es semejante a la causa que le produce; despues no se culpa sino a Dios que jamas se mezcla en lo que al hombre perjudica, siendo la razon de esto la pauta de todas sus acciones. Preten-

der medirlo todo por la existencia presente sin considerar lo mucho que se espera i debe esperarse en otras condiciones, es vivir la vida del bruto. Si el hombre no pone nada de su parte, la culpa es suya. Esto te convencerá de la necesidad de la enseñanza tan indispensable como la atencion que debes a ella. Porque ¿cuál seria la ventaja que se obtendria sin el estímulo que debe sacrificar la pasion insana? Tanto valdria que la luz fuera oscuridad.

“ La responsabilidad es mayor segun el estado de conocimientos adquiridos i proscritas las tinieblas del error. Sí; no hai que dudarlo. Apártate del mal; para eso tienes los medios a tu disposicion. La lei de Dios es el camino para llegar a Él; así tu vida se alijera i llegarás sin tropiezo; verdad es que su cumplimiento aterra al hombre porque la cree contraria a su libertad; no, lo que es contrario en su ejecucion, es el error, i ese no es la lei; la lei, es sencilla: “amar a Dios sobre todas las cosas i a tu prójimo como a tí mismo,” en nada escluye tu libre albedrío, porque amando nada pierdes.

¿Algo nuevo o imposible se te exije? ¿Qué sacrificio es este? nada hai que te impida cumplirlo; miéntras que la pérdida es grande si no conduces la vida segun ese precepto.

"Rafa mio, amemos." Puso su firma.

Ya puede usted considerar la impresion que me causó la lectura de lo anterior, escrito sin intervencion de mi pensamiento. Dejé la pluma i entré en una meditacion profunda i luego esclamé: ¡Bendito seas, Dios mio!

Habia bajado a mi espíritu la luz del cielo, traida por el espíritu de mi esposa! Vea usted aquí la causa de mi trasformacion moral. Prometí enmendarme i continuar el estudio de la doctrina rejeneradora, el espiritismo. Inmediatamente encargué a Bogotá todas las obras de instruccion espiritista, i he tratado de tomar la senda del bien, en cuanto me es posible. Soi creyente. Dios existe; el alma es inmortal, i el hombre es árbitro de su destino. Sí, amigo mio, esta es la verdad a la luz de la razon i delante de la ciencia.

CAPITULO XXII.

Reflexiones morales.

Me quedé admirado de todo lo que acababa de oir i en mi interior decia: ¿Es posible que el espiritismo, que yo reputaba como una supercheria, sea la espresion de la verdad? Yo he oido a hombres de talento i de instruccion, ridiculizar a los espiritistas: he leido algunas producciones del jénio, censurando con burla i aun con escarnio, esa doctrina; i aun he visto que ha sido condenada por serios pensadores, como una alucinacion de la fantasía o como un estravío de las facultades de la mente......¿Será posible? Pero este hombre que ha sido incrédulo como yo; que llevó en un tiempo la vida que llevan jeneralmente los demas hombres, es decir, la vida que se llama positivista; que ha sufrido como yo los duros golpes de la desgracia, i que tambien llegó

a blasfemar en su desesperacion, como yo, i luego viene a presentarse como un modelo de virtud......i vive tranquilo i feliz...... i presenta por causa de su trasformacion moral i de su actual conducta al espiritismo... No; es preciso investigar; sí, es necesario poner los medios para saber lo que hai de cierto. Es una gran necedad rechazar lo que no se conoce, i rechazarlo porque otros lo rechazan, tal vez sin haberlo profundizado. El error es patrimonio de la especie; no, digo mal, el error es la negacion del estudio i de las observaciones. No es racional seguir las opiniones de los que se dicen sabios, sin exámen ni comprobacion de que ellas encierran la verdad. La filosofía del siglo, hasta ahora, ha sido en esencia materialista; se ha dado i obtenido la instruccion intelectual, dejando relegada al olvido la instruccion moral, i no es de estrañarse que haya hombres instruidos sin que se hayan ocupado del estudio de la psicolojía i del de la ciencia de la moral. Es preciso investigar; poco importa la burla de los necios: las armas del ridículo pertenecen a la ignorancia i nada significa

la censura de los sabios sobre lo que no conocen.

Tales fueron las reflexiones que hice en silencio, delante de mi huésped, quien se habia quedado meditabundo. Todavía permanecí callado; puesta la mano derecha en mi mejilla i mis ojos fijos en él, como queriendo penetrar en su cerebro o en su alma, pues llegué a dudar de que se hallara su razon en el estado normal. ¿No podia ser un visionario, un loco o un hombre completamente fascinado? Los sufrimientos mismos ¿no podian haberlo estraviado hasta hacerlo caer en la monomanía? ¿Será todo eso un sueño? pensaba; pero....de todos modos.... yo quisiera soñar así: la paz del alma, el consuelo en la afliccion, la esperanza del cielo, la inmortalidad......volver a encontrar en otro mundo a los séres amados......Oh sueño celestial i arrobador! Yo quiero soñar así. ¿Podré? Si fuera cierto.........................

Al fin interrumpí el silencio preguntándole:

—¿Despues de eso ha seguido comunicándose con su esposa?

—Constantemente; su espíritu no me abandona; de tal modo, que no necesito evocarlo; siempre que tomo la pluma, ella la dirije; i siempre para consolarme, i siempre para instruirme en la ciencia de la moral, dándome saludables consejos.

—Yo quisiera.............

—Ya lo creo; nada mas fácil. Haga usted el estudio: empiece usted por leer la obra de la filosofía moral del espiritismo de Allan Kardec, el *Libro de los Espíritus.* Ahí tiene usted en el estante de mi cuarto de estudio algunas obras que iluminarán su alma con la antorcha de la ciencia a la luz de la razon. Lea usted con interes i la conviccion de la verdad que encierra la doctrina espiritista le acudirá, aun haciendo abstraccion de las evocaciones. No se necesitan éstas para entrar en el conocimiento de la vida trascendente: el estudio, solo, llevará a usted a las puertas del mundo moral, abiertas a toda intelijencia investigadora. Allan Kardec, Flammarion, Pezanni, Reynaud, lo llevarán a usted de la mano por una senda de flores i de estrellas a donde usted dice

que quisiera llegar. ¿No es esto? I para rectificar las citas de la historia, ahí tiene usted la Biblia, el libro de los Vedas, Zoroastro i la coleccion de escritos filosóficos de Pitágoras, Sócrates, Platon, Oríjenes i otros. Ademas hallará usted en el estante, la Revista de la sociedad espiritista de Paris, el *Criterio* de Madrid, la *Ciencia del Espiritismo*, publicada por una asociacion de sabios en Boston (Estados Unidos); *La Bandera de la luz*, tambien de Boston; en fin, hallará usted publicaciones periódicas de Lóndres, de Béljica, de Alemania, de Austria, de Italia, de España, de Méjico, de Chile, del Brasil i de Colombia. En algunas de ellas verá usted por la estadística, los millones de espiritistas que cuenta hoi la nueva doctrina, a pesar de que no hace 25 años que empezó a propagarse en el mundo.

CAPITULO XXIII.

Sorpresa.

Eran las cinco de la tarde del mismo dia; un sirviente se presentó diciendo que estaban preparados los caballos. Mi huésped me invitó a dar el paseo a la choza de los huérfanos, pero me escusé diciéndole, que me tenia preocupado su importante relacion i deseaba ocuparme en leer. Se puso en camino i yo me dirijí al cuarto de la librería, tomé *El Libro de los Espíritus* i pasé al gabinete a devorarlo todo, con la vista i con el entendimiento, si me es permitida esta frase.

A las seis i média de la noche llegó mi huésped, trayendo en la cabeza de la silla a uno de los huerfanitos. Salí a recibirlo i me dijo:

—Este niño ha dado hoi su leccion con tanto lucimiento, que me ha ganado el pre-

mio de traerlo para que pase aquí los dos dias que dejo de ir a su casa. Siempre me están ganando estos picarillos el mismo premio; cuando no el uno, el otro; i veces hai, que dos a un tiempo.

Yo esperaba que me preguntara o me dijera algo relativo a mi lectura, pero nada; no me habló ni una palabra sobre ella. Me dijo, que habia concebido la esperanza de la completa reposicion de la salud de la madre de esos niños, que la habia hallado mui animada. Al decir esto manifestaba cierta satisfaccion. Luego le promoví la conversacion respecto del Filósofo, i aun le pregunté si él tambien era espiritista, i me dijo:

—Sí, lo es, i voi a referirle a usted, en oportunidad, en la continuacion de su historia, cómo i cuándo se hizo espiritista.

Ya recordará usted que lo dejamos en la prision, despues que rindió su declaracion indagatoria en la que se finjió loco. Quince dias mas tarde fué confinado a una isla por tres años, pero ántes de remitirlo a ella, se descubrió que era uno de los espediciona-

rios del *Virginius* i se dispuso que se mantuviera en la prision, remachándole dos pares de grillos. Se le siguió una especie de proceso sumario i fué condenado militarmente a sufrir la pena de muerte. Unos dias ántes habia llegado a la Habana un caballero español de alta influencia en el gobierno de esta isla, i la misma noche que Lucio fué puesto en capilla, se le apareció dicho caballero español, habló con él en voz baja; luego le entregó un pliego cerrado i partió.

A las doce de la misma noche salia Lucio francamente sin que se lo estorbase la guardia. Al siguiente dia se divulgó la noticia de la fuga de Lucio; las autoridades dictaron las órdenes del caso para aprehenderlo, se practicaron visitas domiciliarias en su busca i se distribuyeron piquetes armados en todas direcciones, con tal objeto. El Juez de instruccion dictaba un auto, ordenando que se exijiese a la madre priora del convento de carmelitas, que diera franca entrada en el edificio monástico i sus departamentos, para ejecutar allí la pesquisa; esto porque el fun-

cionario se dijo: "en su indagatoria mencionó Lucio a la madre María de la Encarnacion Soler de aquel convento, es posible que ese hombre estuviera loco i se le escaparan esas palabras, dejando entrever que ha tenido alguna relacion con las monjas, es probable que se haya asilado allí." Por una casualidad el caballero español de que hablamos ántes, se hallaba en ese momento en la pieza del funcionario de instruccion, i juzgando tambien que pudiera estar oculto Lucio en dicho convento, le preguntó al funcionario por qué pensaba que se hubiera ocultado allí; i en respuesta le hizo leer estas frases de la declaracion de Lucio: "Sor María de la Encarnacion, monja carmelita." En el acto el caballero español se dirijió al convento de carmelitas a fin de procurar la salvacion de Lucio, si era que en efecto se hallaba allí. Al llegar al locutorio preguntó: si entre las madres habia una llamada Sor María de la Encarnacion. La portera le contestó que sí. El caballero español le suplicó que se la llamara.

La sala del locutorio se hallaba plena-

mente iluminada por los rayos del sol que penetraban por las claraboyas; el caballero español se paseaba ante la gran reja que divide la estancia en dos departamentos, el de los visitantes i el de las madres monjas; se paseaba, digo, delante de esa reja del panteon de los vivos, como se paseaba el príncipe Luis ante las verjas del panteon de los muertos en España: se hallaba ajitado, era viva su ansiedad de hablar con la monja, temiendo que llegase ántes de esto el piquete armado a rejistrar el convento en pesquisicion de Lucio.

Cuando la monja apareció a la reja, el caballero español estaba con la mirada fija en un cuadro en que se hallaba dibujada la urna cineraria de María Estuardo con una inscripcion al pié. Sor María de la Encarnacion habló; el caballero volvió hácia ella i al hallarse frente a frente uno de otro, un doble grito resonó en los ámbitos del locutorio: "María!" "¡El príncipe!" Ella perdió las fuerzas i el sentido; el príncipe Luis, que era el mismo caballero español, intentaba romper la reja como un loco furioso. Al

grito acudieron algunas madres i se llevaron en brazos a María. El capellan de las monjas i un compañero que llegaron a ese tiempo i que fueron informados del suceso, se llevaron al príncipe. Lucio se habia hecho a la vela en un buque inglés que partió al amanecer con direccion a Veracruz.

CAPITULO XXIV.

Desenlace.

La noche habia pasado; a la primera luz del dia, yo me hallaba de pié, continuando mi lectura. Cuando el sol apareció levantándose del horizonte como de entre una cuna de rubíes, yo me encaminaba a la gruta del bosque a orar, en accion de gracias, por los multiplicados beneficios que me dispensaba el Creador misericordiosamente. Mi huésped ya habria visitado ese lugar, sagrado a sus recuerdos, pues la gran jarra con la preciosa flor, ya no estaba allí; despues la hallé colocada en la mesa principal del centro de la sala. Volví luego al gabinete a continuar la lectura. Serian las diez de la mañana cuando se presentó mi huésped con el niño en los brazos saludóme con su afabilidad acostumbrada i me preguntó cómo habia pasado la noche. Le contesté que me habia des-

velado algo, meditando en la singular historia del Filósofo; que deseaba saber cómo habia ido María a vestir el hábito de las carmelitas en la Habana. Me dijo:

—Cuando el príncipe recibió las llaves del panteon trató de abrir la verja, pero apesar de dar vuelta las llaves, la puerta no cedía. El compañero habia vuelto con dos hombres mas. Todos metian el hombro a la verja, pero inútilmente. Estando en eso, oyen que echan a vuelo las campanas, tocando a fuego; se va uno a inquirir a dónde sucedía esa desgracia i vuelve al punto, diciendo que era en el mismo palacio del príncipe; corren éste i sus compañeros al lugar del incendio; al desembocar en la calle del palacio, ven que éste se halla envuelto en un torbellino de llamas, el príncipe atraviesa el umbral en direccion al interior con el fin de salvar a su hermana que juzgaba hallarla en una de las recámaras de dormir; nò la encontró; ella se habia salvado. Cuando el príncipe intentó volver a salir, se habia desplomado la parte del edificio del lado de la entrada i no le

quedó mas recurso que el de arrojarse a la calle por uno de los balcones del lado opuesto; a la caida se le dislocaron los huesos de las piernas i de los brazos i fué conducido en guando a la casa de uno de sus parientes, donde permaneció en cama seis meses, sin poderse mover. Así pues, fracasó su intento de pasar el cuerpo de María, del panteon a su castillo, o mas bien, así no llegó el caso de penetrar en la mansion de los muertos i hallar vacía la bóveda en que se habia depositado el cuerpo de María; pues ésta habia sido sustraida por su padre en compañía de Leonídas i Lucio, que fueron los tres bultos que se vieron entrar al panteon al favor de la oscuridad en las primeras horas de la noche. Así María pasaba por muerta para el príncipe, quien mantuvo la creencia de que los restos de su amada reposaban en el panteon de la familia real.

Inmediatamente fué María conducida por el padre en direccion a Jamaica a donde Leonídas debia ir a unirse a ella a los tres meses, pero el recio temporal que sufrieron

en la navegacion obligó al buque a arribar a la Habana. Allí el padre de María determinó dejarla, porque halló las comodidades que deseaba para llevar a cabo el proyecto de matrimonio de su hija con Leonídas. Este era el tesoro de que hablé a usted, que el padre de María habia dejado a cargo de una familia en la Habana. Ya sabe usted que el padre pereció en el naufrajio i que Leonídas murió de repente diez dias despues de la inhumacion del cuerpo de María, a causa de la noticia del naufrajio i de la muerte del padre con ella, pues él no supo que el padre la habia dejado en la Habana ántes del naufrajio. I cuando dije a usted que esos dos ánjeles, Leonídas i María, habian abandonado el mundo, hacia alusion a la muerte de Leonídas i a la profesion monástica de su prometida, la cual acaeció al llegar a la Habana la noticia de la pérdida de su presunto esposo.

Tambien tiene usted esplicados el interes i la jenerosidad estrema de la monja para con Lucio cuando éste se hallaba en la casa del pescador, pues que era su hermano.

CAPITULO XXV.

Hechos históricos de sensacion.

Por la tarde fuí a cumplir la promesa que hice al Filósofo de visitarlo. Habitaba en una casa pequeña situada al pié de una colina en un campo risueño. El agua serpenteaba inquieta en una acequia que pasaba por bajo los alares del edificio; varios montecillos de arbustos, erguidos i graciosos en sus orillas, se ostentaban como avanzados allí para protejerla con su sombra. La entrada tenia por adorno una doble hilera de hicacos, marañones i granados.

Cuando llegué, estaba el Filósofo regando en el patio granos de arroz a las torcaces o palomas silvestres.

Me recibió con agrado i me condujo a la sala. Rodó la conversacion, al principio, sobre la fertilidad del terreno, la abundancia de minas de metales preciosos i la profusion de las bellezas del Cauca.

Es uno de los paises mas privilejiados entre todos los que he conocido, me decia, o mas bien, el mas hermoso, el mas bello i el mas rico: es una canastilla de oro colmada de flores i de frutos.

—Verdaderamente, le dije, por la parte que he visitado juzgo que debiera llamarse el Valle suntuoso de los bosques i de las colinas, de los lagos i de las palmeras. Algo maravilloso habia de hallarse en este mundo de lágrimas i dolores; en esta mansion de miserias i quebrantos, donde la vida es un tormento.

—No se preocupe usted con la idea que jeneralmente se tiene sobre la desgracia de la humanidad en la tierra, juzgando que este planeta es un mundo miserable, un lugar destinado para el llanto i el dolor; no, esa es una idea falsa a toda luz. Recorra usted todas las faces del globo terrestre, llevando en la mano la antorcha de la filosofía, i hallará que esta esfera es una de las infinitas creaciones celestiales colmadas de gracias, de encantos i bellezas para el goce de los séres vivientes que la habitan, si éstos ob-

servan, relijiosamente las leyes de la moral eterna.

Ciego el hombre en medio de la luz, deja pasar desapercibido un mundo de placeres. El agua, la luz, el aire, la armonía, son mares de goces i delicias en que nos hallamos inundados. La anjélica sonrisa de la mujer amada al presentar el néctar rebosando en copa de oro a nuestros labios, diciendo: "Tomad, bebed el elíxir de la vida, vertido para la humanidad por la mano de Dios," ¿no es la esencia de la ventura o de la dicha? Despleguemos una parte del lienzo en que se hallan fotografiadas las bellezas de la tierra; ensayemos la descripcion de uno de sus pequeños rasgos, tomemos en él las primeras horas de la mañana de un dia de diciembre: hácia el lucero del alba, hácia ese diamante rodado del manto del Altísimo, se agrupan las nubes en tropel i a los primeros rayos de la aurora se ostentan vestidas de color de plata i brillan como la concha de la perla, tornando luego aquellas galas en vistosos tintes purpurinos con relieves de oro, finjiendo lujosas colgaduras sobre la

cuna del sol naciente, faro espléndido de los fulgores matutinos. Ante ese panorama de los cielos, despiertan los encantos i bellezas de la tierra: los capullos de las flores, que se habian cerrado durante los misterios de la noche, se despliegan exhalando la ambrosía de sus corolas; el céfiro suspira dulcemente a su paso por las hojas del bosque; de los prados, de las selvas i de las montañas se eleva el himno melodioso de los vivientes saludando al dia. Entónces el corazon se dilata, la vista se complace i el espíritu se extasía de placer. Ahora pregunto: ¿es este el mundo miserable de lágrimas no mas i de dolor? Mas si el espíritu llega a penetrar en el santuario de la ciencia, goces inefables siente la criatura, elevándose a los mundos siderales.

Suspendió el discurso i yo aproveché la ocasion para obligarlo a que me hablara sobre espiritismo, diciéndole:

—A propósito de ciencia, la del espiritismo llama en estos tiempos la atencion, yo no conozco sino la superficie i me parece brillante.

—Si usted va al fondo encontrará la luz.

—Lo intento, pero no sé si podré conseguirlo: mi espíritu ha estado siempre dominado por la duda; jamas he podido creer que las almas de los muertos anden por este mundo.

—La ciencia del espiritismo no estriba en las apariciones de los muertos; ella tiene por objeto, poner en evidencia la verdad en el campo de la vida trascendente; ella tiene por base los principios i verdades que siguen: existencia de Dios; inmortalidad del alma; responsabilidad de las acciones en virtud del libre albedrío i la perenne luz de la conciencia; marcha progresiva hácia el bien, bajo la influencia de la lei moral; pluralidad de las existencias del espíritu en diferentes medios mecánicos; habitabilidad en los innumerables mundos que brillan i se mueven eternamente en el espacio infinito.

Del estudio de esta ciencia viene el conocimiento de que siendo Dios el supremo bien i la suprema justicia, el dolor no es inflijido por Él, sino por la criatura misma

cuando ésta quebranta las leyes eternas: el que pone la mano en el fuego, sufre el dolor, porque viola una lei física; el que comete una falta en el órden social, sufre dolor, porque ha quebrantado la lei moral.

—¿De modo que las evocaciones de los espíritus no son importantes?

—Ya he dicho que la ciencia del espiritismo no tiene por base las apariciones, o si usted quiere, las evocaciones espiritistas, pero esto no arguye contra su importancia; la tienen, i de consideracion, puesto que los sorprendentes fenómenos que por ellas se presentan, llaman la atencion de los ignorantes i de los incrédulos, hácia el estudio mas importante para el sér humano, la psicolojía. En la intelijencia de cada uno suele haber anomalías: hai algunos hombres que cierran los ojos del espíritu a la ciencia, i los abren a los sentidos; es decir, que se resisten a la demostracion de una verdad i ceden a la vista de un fenómeno físico, al tacto de una mesa que jira, o de una canastilla qne se mueve bajo la mano. I cosa rara, los hombres que se tienen por mui despreocu-

pados respecto de la creencia de la aparicion de los séres de ultratumba, los hombres que se dicen espíritus fuertes son, por lo regular, los que se rinden a la menor manifestacion que afecte sus sentidos. I no se fijan ni les hacen impresion los multiplicados hechos esplicados por la ciencia i testificados por la historia de todos los pueblos i de todos los tiempos, testificados por personas ilustres. Ya comprenderá usted que no hago alusion a los hechos que se refieren a lafábula; sinembargo, en el fondo de ésta no deja de hallarse alguna verdad, velada con el ropaje de la mitolojía.

A propósito de esto, voi a citarle a usted un hecho histórico, testificado con firmas respetables i que merece que se hagamencion de él porque efectivamente es mui curioso i tiene su relacion con los hechos espiritistas.

En la guerra de la independencia, hallándose encargado Puy, jefe español, del gobierno en Barínas, sacrificaba a los prisioneros patriotas del modo siguiente: cada vez que el número de éstos llegaba a ciento,

o mas, los hacia sacar en altas horas de la noche de la prision i los hacia conducir a la orilla del rio para que los alancearan i luego fueran arrojados sus cadáveres al agua. El año de 1813, hallándose el Jeneral José Antonio Páez en la prision, se llenó el cupo de los prisioneros que debian morir; Puy dió la órden i por la noche, cuando eran conducidos al suplicio, se dió órden de contramarcha a consecuencia de haberse oido un tiro de fusil en la parte del rio, i del informe que a esas horas se le dió a Puy de la aparicion de un ejército de insurjentes en las inmediaciones de la poblacion de Barínas. Todo el mundo se puso en movimiento: la fuerza formó en la plaza con grande algazara; Puy mandó un piquete a que hiciera el reconocimiento al mando de Correa; al llegar éste al punto de esploracion vió un numeroso ejército i habiendo preguntado: "¿Quién vive?" le contestaron: "La América libre, los soldados de la muerte." Volvió Correa con el piquete e informaron a Puy. Este con la guarnicion marcharon inmediatamente huyendo en direc-

cion a San Fernando de Apure, por la vía de Canaguá, dejando a los prisioneros olvidados; tal fué el terror de la sorpresa. I no hubo en realidad tal ejército. Así se salvó el famoso libertador Jeneral José Antonio Páez, quien refiere este hecho en la pájina 39 del tomo 1.° de la obra histórica titulada: "Autobiografía del Jeneral José Antonio Páez, prócer de la independencia," en la que textualmente se halla lo que sigue:

"Fué la causa de aquel movimiento, el haber oido un tiro de fusil de la parte del rio i el haber informado Correa, mandado con un piquete a reconocer el paso, de que al otro lado se hallaba un cuerpo de infantería. Afanado Puy reunió las tropas en la plaza i mandó hacer un nuevo reconocimiento. Al practicarlo i dar Correa la voz de quién vive, se le contestó, segun dijo despues: "La América libre, soldados de la muerte." Entónces resolvió Puy marchar a San Fernando de Apure por la vía de Canaguá. Su primera idea fué hacer matar los prisioneros, como lo habia verificado ántes en Guanare; pero fué tal el terror que

se apoderó de él, que temiendo ser atacado por fuerzas superiores si se detenia mas tiempo, marchó sin disponer la matanza de los presos, procurando únicamente escapar de los soldados de la muerte, que segun aseguró Correa, eran mui numerosos, habiéndole permitido la claridad de la luna hacer un reconocimiento detenido.

"Este soñado ejército fué llamado despues por los mismos españoles, "Ejército de las ánimas."

¿No le ha referido a usted el señor Rafa la multitud de hechos espiritistas de que ha sido teatro su casa, especialmente el del ánjel del bosque?

—Tan solo me ha contado algo sobre las primeras comunicaciones de su esposa i la vision del ánjel.

—Pues debe saber usted que Rafa, a consecuencia de las comunicaciones se dedicó al estudio de la doctrina, i es un verdadero *espiritista*, en el sentido que se debe dar a esta palabra, es decir, un hombre que no solamente cree en la existencia de Dios, en su poder infinito, en su sabiduría, gran-

deza, justicia i misericordia, en la inmortalidad del alma, en la responsabilidad de las acciones humanas, en la lei del progreso indefinido de la criatura, en los innumerables mundos i en los infinitos siglos; sino que practica los preceptos de la moral del espiritismo, es decir, los preceptos de la moral eterna; los preceptos evanjélicos en toda su pureza. Ejerce en todas sus acciones una gran fuerza de voluntad hácia el cumplimiento de la soberana lei de amor: adora a Dios i ama a las criaturas como un verdadero cristiano, sin ostentacion ni fanatismo. Es su lema: caridad i amor; su fe, el progreso; su consuelo, la oracion; su esperanza, Dios; su porvenir, la gloria de los justos. Así, es un hombre que se halla en posesion de las dotes que constituyen la felicidad desde la tierra hasta el cielo: goza en su actual situacion i no se inquieta por los contratiempos de la vida, juzgando que éstos le vienen en expiacion de sus faltas anteriores. Repito, es lo que se llama espiritista en esencia.

Como en todas partes acostumbran a

celebrar honras funerales por los deudos que han muerto, él, en lugar de invertir el dinero en esas ceremonias de luces, cantos i dobles de campanas, da un espléndido banquete a los pobres el dia del aniversario de la muerte de su esposa, i otro el dia del de la muerte de su hijo: es decir, dos cada año i a cada uno asisten cien personas, a las que da un vestido completo.

A propósito de su conducta caritativa, sabrá usted que su benevolencia llega al sacrificio: no hace mucho tiempo que vendió gran parte de sus bienes para pagar una deuda contraida por un padre de familia que fué ejecutado i que iba a quedar arruinado por el remate de sus bienes en que consistia el sustento de sus hijos; se presentó al acreedor i le consignó tres mil pesos i un documento a plazo de tres meses por setecientos, $ 3,700 valor de su acreencia, i dejó libre al pobre padre de familia; ésta i aquél lo bendicen todos los dias. Ningun menesteroso que llega a sus puertas sale desconsolado: es la providencia benefactora de la comarca. Mas, en una funcion pública de co-

lejio a que fué invitado, tuvo la distraccion de no prestar las atenciones de regla a una de las personas que se hallaban en el salon de la fiesta, a un hombre de pasiones fuertes i de exajerado orgullo; falta en que incurrió el señor Rafa involuntariamente. I ese hombre, apesar de habérsele dado esplicaciones, se le declaró enemigo i trataba a todo trance de vulnerar el honor del señor Rafa, i de hacerle todo el daño posible hasta causarle pérdidas considerables en sus intereses. Pues bien: el señor Rafa obró en sentido inverso, hablando siempre en favor de su enemigo. I cuando le informaban que éste no evitaba ocasion de calumniarlo i hacerle daño, manifestaba no creer que le fuera hostil, lo disculpaba i hacia lo posible por encomiar las cualidades i virtudes de su enemigo. I tenga usted en cuenta que el ejercicio de todas sus virtudes es consecuencia de la conviccion profunda que le asiste sobre las verdades que encierra la doctrina del espiritismo. Indudablemente esa doctrina rejenerará a la especie humana. He notado que todo espiritista, por conviccion

de los principios que la constituyen, mejora sus costumbres en el sentido del bien. Yo mismo he variado en mi manera de ser desde que afortunadamente leí con atencion esa filosofía moral. En ésta me hizo grande impresion la novedad de hallar esa doctrina de acuerdo con los principios científicos i en armonía con las ideas mas avanzadas del progreso del siglo. En tanto que los códigos de todas las relijiones del globo pretenden atar el espirítu al poste de la fe ciega: todos ellos embarazan mas o ménos la entrada al templo de la sabiduría interponiendo el sofisma siguiente: "Es prohibido probar el fruto de la ciencia del bien i del mal," en tanto que detienen el vuelo al pensamiento i aprisionan la razon, convirtiendo a los hombres en autómatas; en tanto que intentan asir el carro de la civilizacion a la picota de la barbarie de las pasadas edades; en tanto que en esos códigos se condenan como impíos, cismáticos o herejes a los que se hallan fuera de cada comunion, negando los de la una la miserirordia de Dios para con los de otra, i los de ésta para con los

de aquélla; en tanto que en el sacerdocio de todas las relijiones se halla inmiscuido el interes mundano a escepcion del de los verdaderos cristianos. La doctrina de la filosofía moral del espiritismo abre anchos horizontes a la conciencia humana, i difunde la luz de la verdad para todos los hombres, para todos los pueblos i para todos los siglos. La fe del espiritismo está basada en la razon ilustrada, teniendo abierto el libro de la naturaleza, que ostenta la infinita grandeza de la creacion i las maravillas del progreso en todo sentido, publicando la existencia i el poder del Hacedor.

El lema del espiritismo está concebido en estas palabras: "Amor a Dios i a sus criaturas sin escepcion de razas, de relijiones, de sectas ni de pueblos, aspirando siempre a la solidaridad humana bajo los auspicios de la fraternidad." El sacerdocio del espiritismo no reconoce jerarquías, ni cobra emolumentos: todos los hombres en él, son maestros i discípulos, ovejas i pastores; no tiene en mira los intereses carnales; su mision es la de alcanzar la mejora del sér en la

senda de la virtud, i el progreso del espíritu en el estudio de las ciencias.

Si usted se propone examinar las multiplicadas sociedades espiritistas de ámbos mundos, no hallará en ninguna siervos, ni señores: todos los miembros de ellas son hermanos i una de las primordiales condiciones de éstos es la humildad. Ahora, respecto de hechos notables sobre comunicaciones espíritas, abundan; referiré a usted algunos que se hallan testificados, i sobre su verdad no hai duda. Sea uno de ellos el siguiente:

René Duguay Zouir el breton, nació en Saint-Malo, en 1673. Fué pirata i distinguido capitan de navío.

En una de sus biografías, escrita por don J. Bermúdez de Castro, encontramos la siguiente nota:

"Duguay Zouir tenia la mayor fe en los presentimientos i en la influencia misteriosa de los sueños; i los ejemplos que alega con la mayor injenuidad i del modo mas sincero, unidos a tantos otros del mismo jénero, deberian hacer reflexionar al materialismo escéptico que niega todo lo que no

es evidente. Citemos las mismas palabras del animoso breton:

'Hacia mas de dos meses que cruzaba, apénas me bastaban los víveres para quince dias, no sabia qué hacer de tantos prisioneros, i contaba a bordo nada ménos de sesenta enfermos. Mis oficiales i toda la tripulacion me instaban para que arribase, alegando las órdenes formales del rei. Bien lo sabia, pero al mismo tiempo un *presentimiento secreto* de una aventura dichosa me hacia aplazar de dia en dia el arribo. Cuando las repetidas instancias de mis oficiales llegaron a ponerme en el mayor apuro, reuní toda mi jente, i despues de haberles recitado una arenga tan elocuente como pude, conseguí, mitad por dulzura, mitad por autoridad, a que consintiesen en ver disminuida su racion, asegurándoles que si capturábamos algun buque, se lo abandonaría en recompensa. Presto estoi en convenir en que este partido debe parecer estravagante, i yo mismo no alcanzo a comprender lo que me inducia a hablarles con tal seguridad i de un modo tan afirmativo;

pero me hallaba fatalmente impelido por una voz desconocida a la cual me era imposible resistir.

'Sea como fuere, ello es cierto que al cabo de ocho dias, ví en sueños dos navíos de gran tamaño que venian a nuestro encuentro a toda vela. Esta vision ajitó todos mis sentidos i me desperté con sobresalto cuando apénas comenzaba a rayar el alba. Me levanté sin tardanza, i subiendo al alcázar de popa, recorrí con mi vista el horizonte, i el primer objeto que divisaron mis ojos fué dos navíos reales i verdaderos, en la misma situacion i con las mismas velas que me habian aparecido en sueños.'

"A continuacion cuenta Duguay Zouir el modo como se hizo dueño de estos dos navíos que justificaban sus esperanzas, i comenta en estos términos el acontecimiento:

'Como debo tan rica presa al presentimiento secreto que me movió a pedir ocho dias de crucero a mi tripulacion, no puedo ménos de decir *que he tenido muchos otros del mismo jénero que no me han engañado.* Dejo a los filósofos el cuidado de esplicar

lo que puede ser esta voz interior que tan a menudo me ha anunciado tanto los bienes como los males. Atribúyanla, si les place, a algun jénio que nos acompaña, o a nuestra imajinacion viva i calenturienta, o a nuestra alma que, en ciertos momentos felices, atraviesa al traves de las tinieblas del porvenir para descubrir ciertos hechos; no seré yo por cierto el que me oponga a una esplicacion cualquiera; pero lo que sé decir es que nada guarda en mi sér un sello mas característico que esta voz vaga, si bien distinta i porfiada, que me anuncia a mí mismo i me ha hecho anunciar a otros hasta el dia i las circunstancias de los acontecimientos.'

"En el *Telebo* de Platon, habla Sócrates de un modo análogo, reconociendo en sí la intervencion de un jénio que le aconseja, amonesta i le predice el porvenir, i alega en prueba hechos maravillosos. Los Alejandrinos teorizaban en cierto modo la comunicacion de los hombres con criaturas superiores. Juana de Arco atribuía su mision a las voces secretas que la impelian.

Cazotte, lord Londonderry, i otras muchas personas célebres sin contar las no célebres, que son evidentemente las mas numerosas, contaron sus comunicaciones subjetivas u objetivas con los espíritus."

La noche habia llegado; el Filósofo suspendió su discurso i yo aprovechando su silencio, le dí las gracias por su instruccion i regresé a la casa del señor Rafa. El Filósofo me acompañó hasta una gran distancia de la suya, continuando los encomios a la doctrina del espiritismo. Al despedirnos me dijo:

—Como una prueba de sincera amistad, le aconsejo que no desmaye en ese estudio; él le será provechoso para sobrellevar con paciencia i resignacion las desgracias de la vida i, sobre todo, para ascender con desembarazo en la escala del progreso que conduce al espíritu hácia sus elevados destinos de ultratumba. Adios.

Le dí las gracias, estreché su mano con la efusion de gratitud que inspira el bien que se recibe, i nos separamos.

Llegué al hospitalario albergue. Mi hués-

ped se hallaba ausente, pero se presentó poco despues. Estábamos hablando cuando entró uno de los sirvientes i dijo:

—Solicita a usted Juanico.

—¿Quién? preguntó mi huésped.

—Juanico, el que se llevó el toreton, el que ya no deja gallinas.

—¡Hombre! tú no sabes por qué hace esas cosas; ese es un pobre labrador cargado de familia; dile que éntre.

Salió el sirviente i en seguida se presentó un hombre mal vestido. Su fisonomía era antipática i sus maneras un tanto cerriles. Saludó con el sombrero en la mano i dijo, que habia encontrado un toro muerto en un zanjon i que iba a ver si se lo dejaba aprovechar. Mi huésped con suma afabilidad le contestó que bien podia disponer de él. Luego le preguntó por la familia, i habiéndole informado Juanico que tenia dos hijas enfermas, le dijo mi huésped que iria a verlas; que mandara por lo que necesitara, que deseaba servirle siempre que se presentara la ocasion. El hombre se despidió, diciendo: "Dios se lo pague, señor."

Mi huésped lo detuvo; llamó al sirviente i le dió órden para que le diera dos gallinas, las mas gordas. Esas, dijo, se las comerán a mi nombre, i cuando la familia necesite, puede mandar por otras, pues hai todavía bastantes. Noté que el hombre se sonrojaba, pero la delicadeza i cariño de mi huésped alentaron su ánimo i salió abrumado de reconocimiento.

Yo que presenciaba esto, me decia: es demasiado; para mí, creo, no llegará el dia en que pueda proceder así.

Luego que el hombre habia partido, me dijo mi huésped:

—Este pobre tiene una gran virtud, i es, la de sacrificarse por la familia; todo lo que adquiere lo emplea en el sustento de sus hijos; la desgracia lo conduce algunas veces a sufrir las torturas de la conciencia.

Cada dia, cada instante se me revelaba la superioridad de ese carácter benévolo i caritativo de mi huésped. Socorrer al menesteroso es una de las virtudes mas laudables, pero protejer al mismo que le estaba

hurtando, era para mí la accion mas noble que en mi vida hubiera visto.

—¿No es perjudicial esta conducta de usted? ¿Con semejante jenerosidad no pueden aumentarse los hurtos?

—No, amigo mio, ese hombre va arrepentido de lo que ha hecho i estoi seguro de que no volverá a tomar cosa alguna sin mi consentimiento, i ademas, él procurará pagarme con servicios, lo que se ha llevado a hurtadillas. Este no es el primer caso de esta especie; ya tengo esperiencia. Por otra parte un hombre como éste no comete esas faltas, sino obligado por la necesidad. Si los ricos llegaran a comprender sus verdaderos intereses, obrarian así, como usted ve, i tendrian ménos que temer. El hurto, por lo comun, es hijo de la miseria: un padre de familia que no alcanza a ganar con su trabajo para alimentar a sus hijos i que los oye llorar de hambre, difícilmente domina la tentacion de hurtar cuando por otra parte no halla ausilio. Esta circunstancia debia tenerse presente como atenuante, por lo ménos, en la espedicion de las leyes penales.

Pasado ésto me preguntó si habia hallado al Filósofo en su casa. Le contesté que, afortunadamente sí; le referí que durante la visita, se habia ocupado en hablarme de espiritismo, a consecuencia de haber escitado yo la conversacion sobre esa materia, i añadí que habia oido de sus labios, útiles instrucciones.

CAPITULO XXVI.

Un sueño, los desposorios en la tumba.

Al siguiente dia, sentado con mi huésped a la orilla del lago, cuando empezaba la dulce i apasible luz del crepúsculo de la tarde, hablábamos de la bondad i jenio tolerante i humilde del Filósofo i dijo mi huésped:

—Aprovecho esta ocasion para referir a usted cómo se hizo Lucio espiritista, puesto que lo ofrecí a usted. Cuando salió de la Habana, fué a Jamaica, donde permaneció algun tiempo; luego pasó a Nueva York. En esta ciudad se entregó a los placeres i a la disipacion de lo que poseia en-dinero, i en consecuencia sufrió una cruel enfermedad, resultado preciso de esa conducta de libertinaje i desórden. Seis meses de toda especie de penalidades i dolores, postrado en cama en un hospital, sin parientes, sin amigos, porque éstos se le habian evapo-

rado con los placeres, i sin mas recursos que los de la caridad, pues desgraciadamente habia quebrado un comerciante a quien habia entregado dos mil pesos, unos dias ántes de caer enfermo, lo habian conducido al estado mas deplorable. Seis meses en el lecho del dolor, fueron para él la escuela del desengaño i del arrepentimiento de su disipada vida: hizo propósito de abandonar la senda tortuosa de las aventuras de novela i se prometió vivir juiciosamente en adelante. Luego que recuperó la salud consiguió recuperar tambien mil pesos en pago de su acreencia. La España se habia declarado en república, i se dirijió a ella, con el objeto de reclamar la herencia de su padre i obtuvo, despues de algun tiempo, la fortuna de recabar algunos intereses; entre éstos figuraba el derecho que tenia su padre a unos terrenos de gran valor en este valle del Cauca, como socio que fué de una compañía que se estableció en tiempos atras para esplotar una mina de oro corrido en las inmediaciones de la ciudad de Bugá. Empezó a practicar todas las dilijencias para arreglar sus negocios a fin

de hacer el viaje a este pais. Volvia a sonreirle la fortuna. Pensó hacer el viaje i volver a establecerse en España.

Una noche despues de haber asistido al teatro, notó que álguien le seguia i al llegar a su casa volvió a ver quién pudiera ser, pero no vió a persona alguna; entró, i cuando estaba en su aposento, sintió que habian abierto la puerta de la antecámara. Salió en el momento i la halló cerrada. Se acostó sin parar la consideracion en eso: jamas habia dado crédito a los espantos de los séres de la otra vida, atribuyendo siempre a otras causas lo que se tenia por tal. Esa noche soñó que se hallaba vestido de luto para asistir a unos funerales a que habia sido convidado, pero no sabia a dónde eran, ni por quién se celebraban, i que estando haciendo reflexiones sobre eso, determinó salir a preguntar a dónde debia dirijirse, i al tiempo de acercarse a la puerta de la calle, entró su padre i le dijo: "Debes ir a orar por las almas del príncipe i de María, ¿no oyes dónde están doblando las campanas a muerte?" que se dirijió al templo a dónde oía los

dobles i al entrar a él vió la procesion fúnebre llevando dos catafalcos, i habiéndose acercado, reconoció a María i al príncipe muertos. A la fuerte impresion que le causó la vista de ellos se despertó. Sinembargo de que nunca hacia caso de sueños, estuvo algo preocupado i se fijó en la fecha.

Algun tiempo despues llegó a España en un periódico la noticia siguiente: "Ayer a las siete de la mañana el príncipe Luis de Borbon quitó la vida a la madre monja Sor María de la Encarnacion del convento de carmelitas de la Habana, i luego se suicidó en el mismo teatro del acontecimiento."

El periódico que contenia la noticia llegó a manos de Lucio, i ademas del terrible golpe que sufrió por la muerte de su hermana, la sensacion fué profunda, porque el hecho habia acontecido en la misma fecha de su sueño. ¡Misterio insondable! dijo, hai algo real fuera del mundo de los vivos; o la imajinacion es una especie de sibila que ejerce el arte de la adivinacion durante el sueño.

Luego se tuvieron detalles sobre el acontecimiento: desesperado el príncipe, en el

delirio de su pasion resolvió dar con su amada el paso de este mundo al otro a un mismo tiempo. El hecho fué premeditado, pues dejó escrito lo siguiente en que se evidencia la superioridad del orgullo sobre el amor:

"A los miembros de una dinastía no se burlan impunemente: la que no quiso unírseme en la vida, se me unirá en la muerte."

Se dijo, que despues de haber dejado sobre su pupitre escritas las anteriores frases, dió órden a una mujer de la casa para que fuera al convento e hiciera llamar a la madre María de la Encarnacion al locutorio i, que al verla, le diera un recado. El príncipe siguió a la mujer i cuando ésta entró al locutorio, el príncipe llegó a la pieza contigua. La monja fué llamada i cuando salió i a tiempo que la mujer le hablaba, entró repentinamente aquél i descargando un revólver, dejó en el sitio, herida de muerte, a María, i en el acto se puso él mismo su revólver al pecho i disparó, quedando ámbos tendidos a uno i otro lado de la reja del locutorio.

Una hora despues las campanas del con-

vento i las de la catedral tañian a un mismo tiempo, publicando los desposorios de la tumba.

Se disculpó al príncipe, diciendo que se hallaba hacia algunos dias en completo estado de enajenacion mental, i celebráronse con pompa las exequias.

La muerte de María afectó a Lucio de tal modo que se convirtió por algun tiempo en un misántropo: evitaba la sociedad i estaba constantemente encerrado; sobre todo, ese sueño le habia causado una profunda i tenaz impresion; es decir, el haber soñado, viendo muertos a María i al príncipe; con la circunstancia de habérsele aparecido el padre anunciando el suceso, le impresionó de tál modo, que le parecia hallarse a cada momento acometido por la sombra de los muertos, especialmente durante las horas de la noche. Así empezó a presentir el mundo de los espíritus, pues él no creia en otro mundo que en el visible, ni en mas vida que en la presente.

Aunque iniciado en el estudio de la ciencia i educado en las poblaciones mas

civilizadas de Europa, no habia hecho el estudio mas importante, como ha sucedido a muchos, el estudio del hombre en relacion con su Creador i el fin u objeto de su mision sobre este planeta; ese sabio precepto, consejo o advertencia que se hallaba inscrito en las puertas del templo de Délfos: *nocete te ipsum*, era o habia sido para él indiferente; sus aspiraciones eran las del comun de las jentes: buscar la comodidad terrestre, sin curarse de un porvenir lejano, incierto o nulo: atesorar dinero para gozar placeres, pero placeres fugaces, placeres físicos; hablando propiamente, placeres de ostentacion i de vanidad; placeres que en vez de dejar en el alma la satisfaccion i el contento como cuando se ejerce una obra de caridad, no dejan sino el hastío, el malestar o el fastidio. Era, pues, de los positivistas del siglo, i nada mas que para el siglo.

Habia desistido del viaje a la América; su salud decaía; un malestar i una melancolía profunda afectaban su sér: no hallaba eso que llamamos la paz del alma, ni halago alguno para la vida.

Una fiebre lenta i continuada lo iba aniquilando, el insomnio le acometió i entónces hizo llamar a un médico. Este le recetó, entre otras cosas, una pequeña dósis de morfina, i la primera noche que hizo uso de esta sustancia, vió en sueños un bellísimo paisaje ornado con preciosos lagos poblados de náyades entre las que veia clara i distintamente a María retozando entre perlas i linfas cristalinas. En el campo se ostentaban encantadoras, no las siete colinas de la ciudad eterna,, sino un juego de mil colinas entre bosques de arbustos, árboles i palmas; el aire lo veia poblado de aves i mariposas, exhibiendo en competencia vivísimos colores, en sus plumas aquéllas, en sus alas éstas. Una luz brillante iluminaba el paisaje i el ambiente era fresco, perfumado i delicioso. Fué, nada ménos, que un sueño oriental, con la sola diferencia de que en vez de hallar poblado aquel paraiso por huríes, lo veia habitado por náyades bellísimas, o diosas de los lagos.

En el siguiente dia recordó una a una todas las bellezas de aquella vision i vino

al mismo tiempo a su memoria la descripcion que le habian hecho del paisaje del valle del Cauca i revivió el proyecto de su viaje. Lo consultó con el facultativo i éste lo aprobó.

Mes i medio despues se hallaba navegando en las aguas del Atlántico. Durante la travesía por mar contrajo relaciones con un Coronel suizo. En la intimidad que obtuvo con él, llegó a referirle algunos episodios de su vida, i al fin le dijo Lucio:

—No me atrevo a narrar a usted uno que por lo estraño en el órden de los sucesos, es increible i al cual no he podido dar una esplicacion satisfactoria. Bastará decir a usted que en él figura una revelacion en sueños.

—Le estimaria, dijo e lCoronel, que usted me lo refiriera, aunque el suceso parezca increible.

En consecuencia le refirió la historia de María i concluyó por la vision del sueño en que se le apareció el padre.

—Eso no es increible, eso es natural; dijo el Coronel.

—¿Cómo? Presentársele a uno dormido lo que está sucediendo a muchas leguas de distancia ¿es natural?

—Segun parece, usted no cree en la revelacion, i sinembargo ella es evidente.

—Así es, yo no creo en ella, o por lo ménos, dudo de que la haya habido. Todas las relijiones la tienen como una de sus bases i se sirven de ella como una prueba de la verdad del dogma.

—Pues apesar de esa justa observacion de usted, la revelacion existe i ha existido. El que se hayan valido algunos impostores de ella para hacer pasar por tal alguna superchería, no es razon suficiente para negar que existe. En todos tiempos se han tenido revelaciones, hechas por espíritus superiores, quienes por permision de Dios se han aparecido a los hombres. Otras veces la revelacion ha consistido en hechos que han sido inspirados, tambien por los espíritus de ultratumba.

—Segun lo que usted me dice, cree en que hai espíritus i en que éstos se aparecen a los hombres. Seré franco, yo no he crei-

do en esas fantasmagorías. Siempre he juzgado que los cuentos de brujas i los cuentos de almas de otra vida, corren parejas, i en que tienen un mismo oríjen.

—Pues, señor, en esta época no puede revocarse a duda la revelacion; ella está comprobada hoi en todos los pueblos civilizados con hechos evidentes, por comunicaciones de los espíritus de ultratumba, testificadas por hombres ilustrados i de juicio recto. Pienso que usted está juzgándome como enfermo del cerebro i que están estraviadas mis facultades mentales; mas tarde me hará usted justicia, usted será creyente, como yo lo soi. Así lo espero de su clara intelijencia.

—Hai en el mundo tales anomalías, que no seria estraño. Sinembargo, la opinion que tengo sobre ese respecto, está basada sobre granito: las leyes físicas i los principios de la lójica.

—¿No se hallarán mas sólidos cimientos? ¿Quiere usted acompañarme a mi camarote?

—De mui buena voluntad, contestó Lucio, aunque la brisa aquí sobre cubierta se

siente ahora agradable i la vista del Occidente al hundirse el sol es magnífica.

—Volveremos; ya que estamos tratando de un asunto demasiado importante, deseo que presencie usted uno de los fenómenos que a primera vista parece estraordinario.

Los dos interlocutores bajaron en direccion al camarote del Coronel. Luego que entraron tomó un pliego de papel i un lápiz el Coronel i sentándose al frente de una mesita, dijo:

—Vamos a ver si usted se resiste a la prueba; piense usted en el espíritu de uno de sus parientes muertos i mentalmente hágale usted una pregunta.

Dice Lucio que su primer impulso fué el de resistirse al deseo del Coronel, teniendo como una debilidad el acceder a una especie de juglería, pero le dominó la curiosidad pe saber hasta qué punto llegaba la alucinacion del Coronel, pues advertia Lucio que estaba tratando con un espiritista.

—Mui bien, dijo Lucio, tengo ya en mi pensamiento el alma de un pariente i tengo formulada la pregunta.

Pocos minutos bastaron para que el Coronel escribiera lo siguiente:

"Sí, dos veces en sueños.

"María, tu hermana."

La sorpresa i la admiracion se dibujaron en el semblante de Lucio; habia pensado en el espíritu de su hermana i la pregunta mental habia sido esta: "María, despues de tu muerte has venido cerca a mí?"

—Esto es maravilloso! esclamó, pero no concibo, sino que se verifica un fenómeno magnético. Usted por medio del magnetismo puede penetrar el pensamiento. ¿Podria usted evocar un espíritu en que yo no piense ahora i que me diga algunas palabras que comprueben la identidad?

—Ensayaremos.

El Coronel se concentró; puso el lápiz sobre el papel e inmediatamente empezó a escribir con suma lijereza. Despues que llenó una de las caras del papel cesó de escribir i leyó el contenido que era el siguiente:

"Pobres ciegos del espíritu! pretendeis

esplicarlo todo por lo que veis con los ojos de la carne.

"Pobres intérpretes de la materia! intentais elevaros al cielo i para ello prestais alas a la carne porque os imajinais que todo debe ser material. ¿No pensais que los ánjeles tienen la figura de un niño, con alas, semejante al Cupido de la mitolojía? ¡Pobres hijos de la carne! despertad del letargo, abrid los ojos del alma i tomad el camino de la virtud, que conduce a las bellísimas i esplendorosas moradas de esos mundos que ruedan en los cielos.

"¡No os asimileis el universo, criaturas miserables! pensais que el mundo en que hoi os hallais es el todo i que el universo infinito es su accesorio; pensais que vosotros, solos, sois los hijos privilejiados por el Creador i que su luz, su gloria i las gracias de su amor, solo i únicamente son para vosotros; pobres egoistas! No advertis que el planeta que habitais es, delante de la jigantesca masa sideral que forma la nebulosa a que pertenece, ménos que un grano de arena comparado con el mismo globo terres-

tre, i sinembargo llega vuestro orgullo hasta el punto de querer sojuzgar al Santo de los Santos, atribuyéndole las pasiones hijas de la carne: decis, que Dios castiga vuestros vicios, vuestras faltas, vuestras maldades? pues blasfemais, porque Él es todo bondad i suprema e infinita misericordia. Meditad i hallareis que vosotros mismos sois la causa de vuestras penalidades, quebrantando las leyes eternas. Si entrais en el camino de los abrojos, por vuestra propia voluntad ¿por qué os quejais de los dolores que os causan las espinas? ¿No llevais siempre en vosotros mismos esa luz del cielo, esa luz divina que alumbra todas las sendas con nítida claridad, esa vívida luz que se os ha dado para que podais salvaros de los precipicios, esa luz perenne dc la conciencia? Por qué os estraviais del camino recto i tomais los desechos que conducenal abismo?

"Oid mis consejos:

Tolerad para que os toleren; servid para que os sirvan, amad para que os amen. Pero esto no es lo bastante para desempe-

ñar la mision que debeis cumplir en la tierra i la obra de labor que ha de servir de escala para ascender a las elevadas rejiones de LA LUZ ETERNA, no; es necesario hacer el bien, siempre i a todos, sin aspirar a recompensa i sin hacer ostentacion. Imitad al Padre celestial. Ejerced la caridad a cada paso que deis. Amad, en todo i por todo, por que el amor es el lazo que une al hombre con el hombre en deliciosa armonía i pone en relacion a la criatura con su Creador. Si quereis alcanzar la dicha, orad, creed i amad.

"Lucio, para que deis crédito a mis palabras i que al mismo tiempo sirva esta comunicacion de prueba en lo que estais presenciando por curiosidad, traed a la memoria que juntos libamos en la misma copa, algo como el opio que adormece, algo como la cicuta que mata: ámbos bebimos de una misma fuente la falsa filosofía del materialismo. Salid, Lucio, del error, orad, creed i amad.

"JIL TEODORO ROCA."

La admiracion de Lucio llegó al estremo. Jil Teodoro Roca fué su condiscípulo de co-

lejio i amigo íntimo en la juventud i hacia mas de diez años que habia muerto en Italia. El Coronel era, como he dicho, suizo; Roca era español, por lo mismo era bien difícil que el Coronel tuviera conocimiento de su vida, de su amistad con Lucio i de su muerte, i sobre todo de sus ideas filosóficas. Ademas, al hacer la evocacion no hizo Lucio la menor reminiscencia de Roca, ni pasó por su pensamiento cosa alguna con relacion a él.

Lucio se quedó pensativo; sufria un trastorno en sus ideas: empezó a dudar de sus anteriores convicciones filosóficas; mas, no cedia a la prueba: habia leido en alguna obra, que no recordaba, que entre los magos del Oriente era comun la adivinacion, i por otra parte sabia que por medio del magnetismo se obtienen tales prodijios, que aparecen como verdaderos milagros. Despues dijo:

—Verdaderamente hai en esto un fenómeno admirable, pero, aún no puedo creer que sea obra extranatural.

—Tiene usted razon: no hai, en lo crea-

do, cosa alguna que no esté en el órden de la naturaleza. La comunicacion de los espíritus de ultratumba con los hombres, es tan natural como la comunicacion entre los vivos. Haga usted abstraccion de la materia i tendrá usted que, en sustancia, las comunicaciones se hacen de espíritu a espíritu; entónces no hai por qué estrañar la comunicacion con los espíritus de los muertos, pues son, nada ménos, que los espíritus desencarnados. Los hombres se comunican entre ellos por el espíritu, no por la materia; esta únicamente sirve de instrumento, como sirve el alambre eléctrico para trasmitir la idea. La materia es nada mas que una envoltura del sér esencia, un vestido que se gasta con el tiempo i que tarde o temprano hai que abandonarlo.

—El fenómeno es sorprendente, repitió Lucio. Es preciso examinar, inquirir, averiguar la causa. ¿Cómo podré averiguar la conviccion de la verdad espiritista?

—Si usted se refiere a la comprobacion de los hechos o comunicaciones de los espíritus de ultratumba, bastaria que usted con-

curriera algunas veces a uno de los centros o grupos espiritistas que se ocupan de esas manifestaciones de un modo serio; pues hai reuniones de neófitos del espiritismo donde domina la frivolidad, teniendo los asistentes por objeto divertirse con eso como con un pasatiempo o bien como una mera curiosidad. Pero si usted me habla de la conviccion de la verdad filosófica del espiritismo, le diré que puede conseguirla dedicándose al estudio de las ciencias, con especialidad a los ramos siguientes: la lójica, para deducir con entereza los hechos: la física i la química, para conocer la naturaleza i propiedades de los cuerpos, las leyes de sus evoluciones, ya en el mundo microscópico, ya en el universo sideral; la astronomía, para elevarse al espacio infinito, contemplando la regularidad del movimiento de los astros dentro de sus órbitas precisas, su estension, sus distancias recíprocas i la armonía que los preside; la medicina, en lo relativo al conocimiento del organismo animal i especialmente la fisiolojía i la patolojía para darse razon de las varias manifestaciones del alma segun

el estado de los instrumentos de que se sirve (los órganos); la psicolojía, para penetrar en los sucesos del mundo trascendente; la filosofía moral, para reconocer que la mision del hombre en la tierra es, en último análisis, el trabajo en el campo científico i en el camino del bien para ir ascendiendo en la escala del progreso hácia su felicidad futura, hácia Dios. Así, con el estudio de estas ciencias puede conseguirse la conviccion de la verdad de la doctrina del espiritismo; así es como se obtiene por lo visible, el conocimiento de lo invisible; así es como puede entrarse al templo de la luz, al santuario de la verdad.

Sinembargo, para los que tienen una clara intelijencia i deseos de adquirir algunas nociones sobre el mundo trascendente i sobre la doctrina espiritista, pueden dedicarse a la lectura de las obras de Allan Kardec (Leon Hipólito de Nizar Rivaille), de Camilo Flammarion, de Eujenio Pelletan, de Pezzani, de Reynaud, escritores distinguidos que han rasgado el velo que ocultaba a los mortales de la tierra las bellezas del cielo como

las ciudades de la patria del espíritu. Ellos, mas atrevidos que Franklin arrebatando a Júpiter el rayo; mas intrépidos que Colon desafiando las tempestades a merced de las olas de un Océano desconocido para descubrir un mundo nuevo; i mas felices que Morse, el inmortal inventor del lazo de comunicacion instantánea entre todos los pueblos del planeta, dando el paso mas avanzado hácia la union fraternal de la especie, se han elevado al espacio infinito para mostrarnos innumerables continentes de luz, bañados por las olas del océano etéreo, soles coronados de estrellas, para mansion de las almas de los buenos. I aun mas han hecho esos mensajeros celestes, al elevarse a las rejiones siderales: han dejado en su ascension una estela refuljente que sirve de vía al espíritu investigador; vía que conduce a la morada de esos mundos que forman el ornato, la belleza i la armonía del abismo infinito i luminoso de los cielos.

En las obras de estos sabios hallará usted el destello del sol de la verdad eterna: ellos como enviados por Dios, han difun-

dido la luz de la moral en armonía con los resplandores de la ciencia, hermanando la relijion con la filosofía, la fe con la razon, el hombre con el hombre i la ciencia con la virtud.

Lo que usted acaba de presenciar no es la nueva idea, no es el espiritismo, no es ni una parte de la doctrina, no; es nada mas que una manifestacion de la facultad de que gozan los espíritus desencarnados para comunicarse con los hombres. Si usted desea ser verdadero espiritista, no busque usted la senda de las evocaciones de los espíritus, pues en ella mui poco o nada adelantaria usted, porque el presenciar hechos maravillosos, admirables o sorprendentes, sin darse cuenta de la causa de ellos, a nada conduce. Lo esencial es el trabajo, el estudio i la observacion para alcanzar a ver en la nocion científica la luz de la verdad moral. Lo que usted ha presenciado en esta vez, lo hallará como un hecho ordinario sin faz alguna de sobrenatural o milagroso el dia que usted haya penetrado en este santuario de la vida inmortal. Para un ignorante

¿no seria un milagro ver trasformar las telas de nuestros vestidos en pan para el alimento? I sinembargo, la operacion es hoi un juego químico. Los prodijios que se hacen por medio de esta ciencia que se llama química, dejan absorto al que no conoce los principios de ella i juzga cada hecho sorprendente como un hecho sobrenatural. Los retratos, los paisajes, los cuadros fotográficos o de daguerrotipo que se obtienen por la preparacion de una plancha con productos químicos que afijan a ésta los rayos de la luz que reflejan los objetos, se habrian reputado en la Edad Média, como hoi se juzgan los fenómenos espiritistas por algunas jentes: como una obra diabólica o de hechicería; hoi que el arte se ha vulgarizado, nos parece tan natural todo esto como la fabricacion de las bujías. Así es todo; los fenómenos de las evocaciones espiritistas son tan naturales como los fenómenos físicos. Pero vuelvo a repetir a usted que éstas no constituyen la doctrina del espiritismo: se puede ser verdadero espiritista sin haber evocado jamas a los espíritus. Esta doctrina

tiene por fundamento los principios de la moral eterna, sin misterios, sin ceremonias, ni secreto alguno. Ella abre las puertas del cielo i atenúa los dolores de la tierra ; está condensada en el amor a Dios i en la caridad al prójimo; es a un mismo tiempo fuente de consuelo i esperanza, de resignacion i de ventura. La parte filosófica que da el conocimiento del jénesis, de la pluralidad de las existencias i de la pluralidad de los mundos habitados, no es sino la confirmacion de lo que se ha traslucido en las especulaciones de los sabios de todos los siglos de la humanidad sobre los destinos de las criaturas. En ella se halla la solucion de las graves cuestiones que han atormentado constantemente a los libres pensadores. Su esplendorosa luz disipa las tinieblas del materialismo, del panteismo, del antropomorfismo i todas las dudas que han torturado el espíritu respecto de la vida trascendental.

Es en vano decir que despues de esto Lucio emprendió el estudio, empezando por la filosofía moral desarrollada en las obras de

Allan Kardec i que en el dia es un verdadero espiritista.

Luego que terminé la lectura de la obra de Flammarion titulada "Maravillas celestes," emprendí el estudio de todas las otras del mismo autor i luego las de Allan Kardec, Pezzani &.ª sobre filosofía trascendente, i cesaron mis dudas; la luz de la verdad penetró en mi espíritu i ví con claridad cuál era el destino del sér intelijente en el universo: comprendí el *por qué* de mi existencia actual, ese *de a dónde vengo i para dónde voi.* Hallé la razon de la desigualdad de condiciones de los hombres en presencia de la soberana justicia de Dios. Llegué a persuadirme que la peor calamidad del hombre es el egoismo, pasion que lo conduce al absurdo de asimilarse todo lo de la tierra para sí i todo lo del cielo para la tierra, como si pudiera hallarse la felicidad en el aislamiento, sin advertir que las condiciones de la existencia de todos los séres son recíprocas. Reconocí el poder, la sabiduría i la misericordia del Creador i lo adoré i lo adoro i trato de amar a sus cria-

turas con la abnegacion de que soi capaz. El espíritu de mi esposa no me abandona, i el espíritu de mi padre, que es mi ánjel guardian, i el espíritu de mi hijo que es mi jénio tutelar, me fortifican en el sendero de la vida.

Despues me habló el señor Rafa de la aparicion del ánjel del bosque, diciéndome que el espíritu de su esposa le habia dado la esplicacion, manifestándole que la figura aérea que habia visto sobre la cuna de su hijo era su ánjel guardian i que el ánjel del bosque era el espíritu de su mismo hijo, que velaba por ellos.

De aquella morada de paz i de ventura que servia de habitacion al señor Rafa, regresé a mi hogar rejenerado, sintiendo la dulzura de los afectos i llevando en mi espíritu el consuelo i la esperanza. Me habia convencido de que la vida en este planeta es una peregrinacion momentánea en presencia de la vida eterna del espíritu i que para ir a mejores mundos despues de la mansion terrestre, basta orar, creer i amar. Amar siempre, amar a Dios i amar a sus

criaturas, porque en ese amor están comprendidas todas las virtudes que constituyen la lei moral."

Conclusion.

El viajero terminó su narracion a tiempo que el sol enviaba a nuestro hemisferio sus postreros resplandores en despedida; en la hora en que las nubes de Occidente reciben sus rayos de oro i ostentan el hermoso brillo de sus mantos, con los vívidos colores del topacio i del coral, del ópalo i del rubí, como obligadas a cubrir con ellos la majestad del rei del dia en su lecho de nácar i de rosas. Así (dijo el viajero, estendiendo su brazo i señalando con su dedo índice hácia el Ocaso,) así debe morirse, entre aureolas i destellos de luz, despues de haber iluminado el mundo durante la jornada de la vida.

FIN.